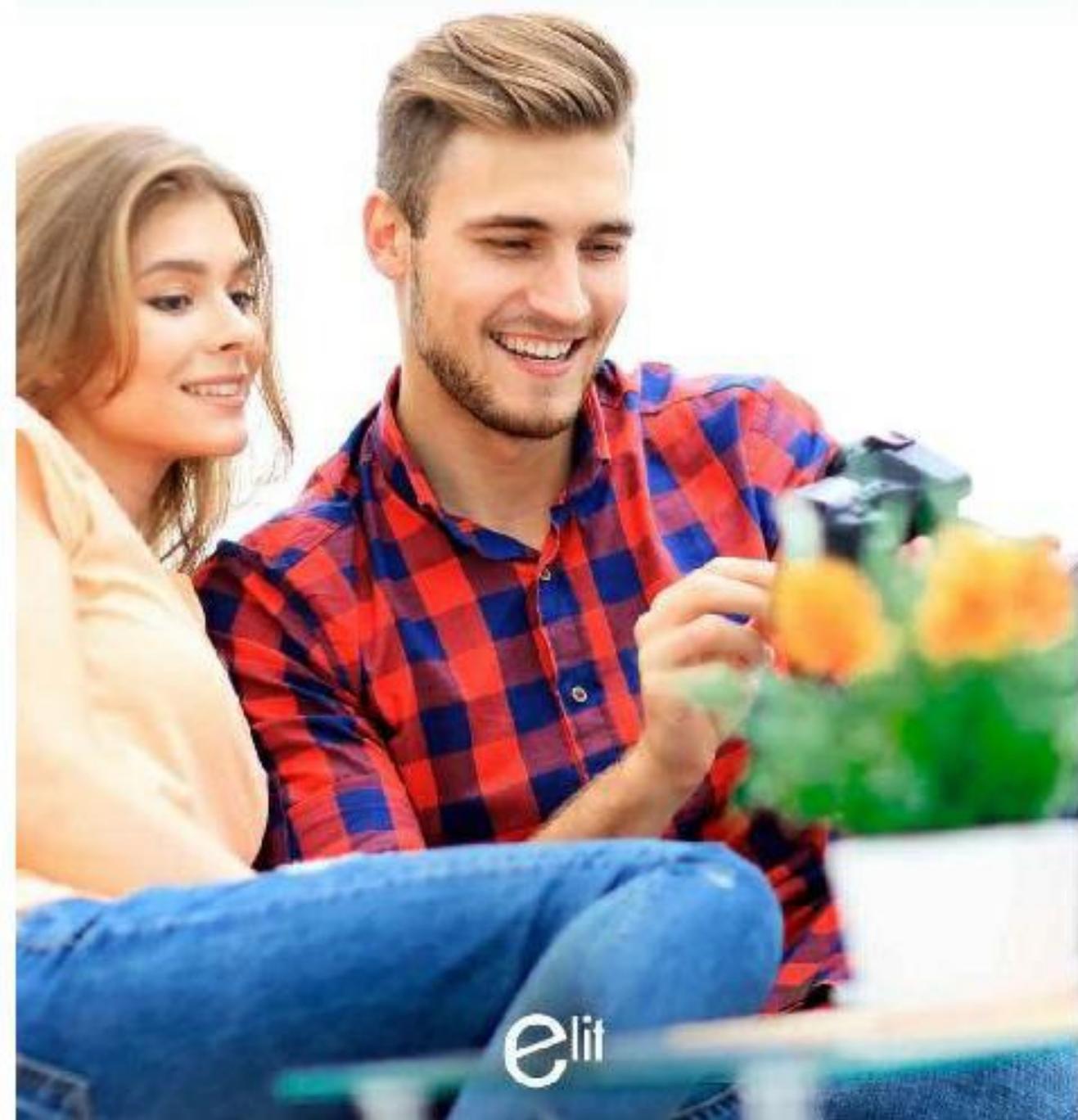


Debra Webb

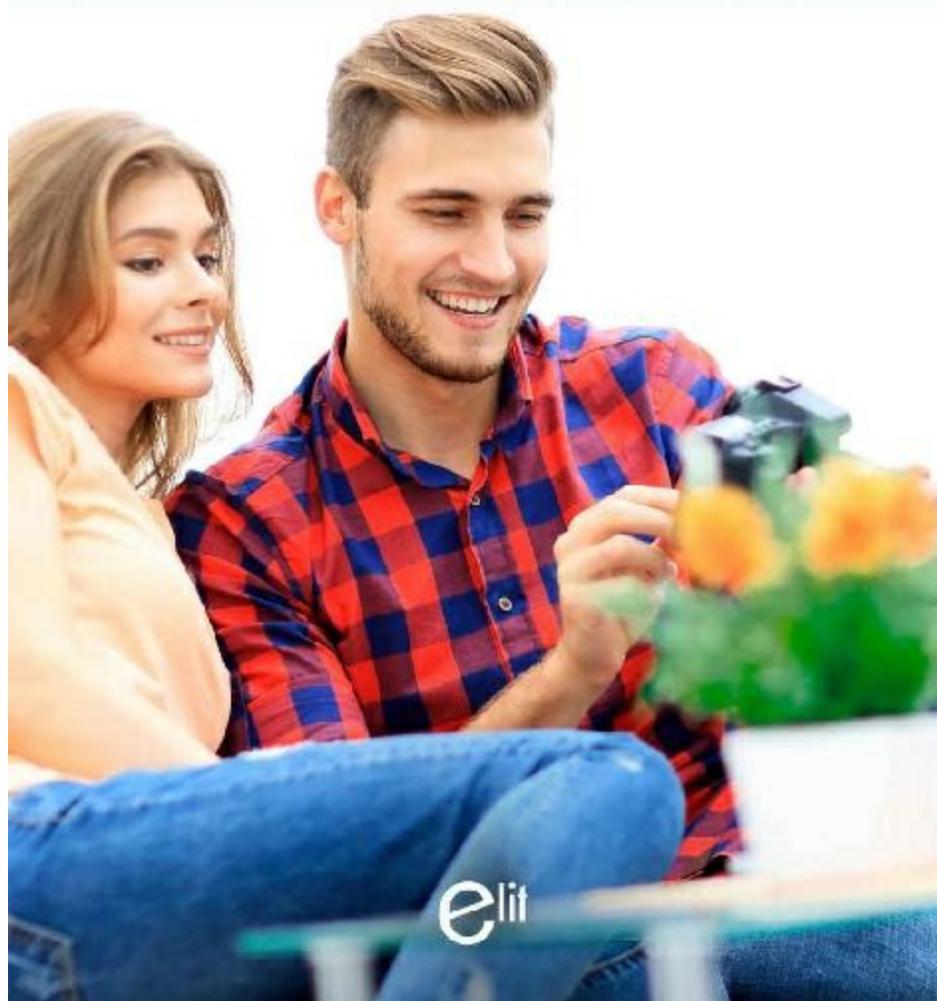
Algo privado



eLit

Debra Webb

Algo privado



e lit

ALGO PRIVADO

Debra Webb



Índice

[Algo privado](#)

[Argumento](#)

[Personajes](#)

[Acerca de la autora](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Epílogo](#)

Argumento

Ella era la misión más emocionante y deliciosa de su vida...

La periodista más apreciada de Atlanta quería que despidieran a su cámara.

¿Por qué? Pues porque con sólo mirar a aquel atractivo latino se moría de ganas de tocarlo y comprobar si realmente era tan ardiente como aparentaba. Aquel hombre era una distracción que no se podía permitir... cuando su principal preocupación era mantenerse viva.

Pero había algo que Piper Ryan no sabía y que podía salvarle la vida.

Resultaba que Ric Martínez era algo más que un cámara guapo y altanero capaz

de hacerla derretir y empeñado en protegerla. En realidad era un agente de incógnito al que le habían encomendado la misión más importante de su vida.

Personajes

Piper Ryan: La periodista más excitante de todo Atlanta. Una organización terrorista americana quiere verla muerta. Y sus miembros tienen planes muy especiales para ella.

Ric Martínez: Es su primera misión de importancia para la Agencia Colby.

Tiene que permanecer muy concentrado, pero la bella y misteriosa Piper se lo pone difícil.

Victoria Colb: La máxima autoridad de la Agencia Colby.

Lucas Camp: El director ejecutivo de una organización secreta dependiente del gobierno. Piper es su única sobrina.

Jack Raine: Un confidente de confianza para Victoria y para Lucas.

Townsend y Green: Agentes del FBI encargados de la seguridad de Piper Ryan.

Dave Sullenger: El director de informativos de WYBN Televisión.

Keith: El nuevo secretario del director de WYBN Televisión.

Senador Rominski: El presidente de los Estados Unidos lo ha puesto a la cabeza de la nueva división antiterrorista. Y también tiene planes para Piper.

Jacob Watts: Ayudante personal del senador. Quiere labrarse un nombre.

Alex Preston: Una de las mejores agentes de la Agencia Colby.

Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2002 Debra Webb. Todos los derechos reservados.

ALGO PRIVADO, N.º 73 - 3.9.10

Título original: Personal Protector

Publicada originalmente por Harlequin Enterprises Ltd.

Este título fue publicado originalmente en español en 2005.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin

Books S.A.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-9170-853-7

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Acerca de la autora

Debra Webb nació en Alabama. Empezó a escribir a los nueve años. Con el tiempo se casó con el hombre de sus sueños y se dedicó a diversos trabajos, como vender aspiradoras, trabajar en una fábrica, en una guardería, un hospital y unos grandes almacenes. Su marido entró en el ejército y se trasladaron a Berlín, donde Debra trabajó como secretaria en el despacho de un general. En 1985

volvieron a Estados Unidos y se instalaron en Tennessee, en un pueblo donde todo el mundo se conoce. Con el apoyo de su esposo y de sus dos hijas, Debra volvió a escribir e hizo realidad su sueño de publicar sus libros.

Prólogo

-Espero que no me estés ocultando algún detalle importante, Lucas.

Victoria fijó la mirada en su antiguo y querido amigo. Las sienes encanecidas y el malicioso brillo de sus ojos grises hacían verdaderos estragos en su habitual impassibilidad.

La sugerencia le arrancó una sonrisa.

-¿Acaso no confías en mí, Victoria? -apoyó el bastón en un brazo de la silla y ladeó la cabeza, subrayando su pregunta.

Victoria arqueó una ceja, escéptica.

-Yo no confío en nadie que haya trabajado para la Agencia y para Operaciones Especiales. Y tú tampoco, por cierto.

-Bueno, supongo que no puedo culparte por ello. Pero sabes perfectamente que yo jamás te engañaría, Victoria.

El sonido de su nombre en sus labios logró conmoverla profundamente. Sí, sabía que le estaba diciendo la verdad. Lucas jamás haría nada que pudiera perjudicarla. Él siempre había estado a su lado, y en aquel momento ella tenía la oportunidad de compensarlo mínimamente por todo lo que le debía.

-De acuerdo entonces. Creo que tengo al hombre perfecto para el trabajo-.

Victoria pulsó el botón del intercomunicador-. Mildred, por favor, dile a Ric Martínez que entre.

-¿Martínez? -Lucas frunció el ceño-. No lo conozco.

-Sí, es nuevo. Pero bueno. Y posee el perfil adecuado.

-¿Te importa si lo someto a una pequeña prueba? -inquirió, ya serio-.

Después de todo, estamos hablando de la única sobrina que tengo.

Victoria se encogió levemente de hombros.

-Como quieras.

Se abrió la puerta y Ric Martínez entró en la sala. Alto, moreno, guapo, su belleza latina y su capacidad de seducción le habían reportado notables éxitos en su trabajo. Ric podía seducir o engañar a cualquiera.

-¿Querías verme? -le preguntó a Victoria.

-Sí. Por favor, toma asiento -le señaló la silla libre delante del escritorio.

Pero antes de que Ric pudiera sentarse, Lucas se puso en movimiento.

-Cierra los ojos, Martínez -levantándose rápidamente, le encañonó la sien con su pistola.

A pesar de su cojera, conservaba una gran agilidad.

-¿Qué diablos le pasa?

-Cierra los ojos.

Victoria le hizo una seña con la cabeza y Ric obedeció la orden.

-De acuerdo -pronunció fríamente-. Tranquilo.

-No, si yo estoy muy tranquilo -Lucas acercó aún más el cañón a su sien-. La pregunta es si lo estás tú.

-Ahora mismo estaré como usted quiera que esté, eso se lo garantizo.

-¿Qué es lo que viste cuando hace un momento entraste en esta sala?

Con los ojos aún cerrados, Ric frunció el ceño.

-¿Qué?

-Dale a tu jefa una descripción de mi persona. Tienes treinta segundos.

-Pelo negro, gris en las sienes -empezó Ric, aparentemente relajado-. Alto, musculoso. Cincuenta años, más o menos. Ah, y tiene una pequeña cicatriz en la

mejilla, debajo del ojo derecho. Obviamente, usa bastón.

-¿Algo más? -le espetó Lucas impaciente.

-Ah, sí -añadió con tono burlón-. Lleva un reloj deportivo, un traje barato de

color azul marino y los mismos zapatos que solía llevar mi abuelo.

A Victoria no le pasó desapercibida la sonrisa que asomó a los labios de Lucas. Ella también sonrió.

-Muy bien, Martínez -Lucas bajó el arma-. Ya puedes sentarte. A no ser, por supuesto, que quieras cambiarte de pantalones.

-Oh, no hay problema -y se sentó.

-Tenías razón, Victoria. Es bueno.

-¿Te importaría explicarme la broma? -inquirió Ric con tono irritado-. Sabía que existía una cierta dosis de riesgo cuando firmé el contrato, pero lo que no esperaba era que lo correría en tu despacho.

-Ric, te presento a Lucas Camp. Trabaja en una organización secreta de operaciones especiales de la que no puedo darte detalles. Y además es un gran amigo mío.

Vio que Ric la miraba incrédulo, como si se estuviera preguntando de qué podía conocer a un hombre como Lucas. Lo cierto era que sabía demasiadas cosas de las que él, como novato, ni siquiera alcanzaba a imaginar.

En cuanto a Ric, estaba seguro de que no olvidaría fácilmente aquella reunión. ¿Qué diablos estaba haciendo aquel tipo allí? A pesar de su incomodidad, le tendió la mano.

-Le diría que es un placer conocerlo, señor Camp, pero no quiero mentirle.

-Si me lo dijeras -se la estrechó-, tendría que cambiar mi opinión sobre ti.

-Ric, tengo una misión para la que estás singularmente bien capacitado -le espetó Victoria.

-Estupendo -repuso, expectante.

Por fin Victoria había empezado a reconocer sus capacidades.

-Esta es Piper Ryan -le explicó Victoria mientras le entregaba una carpeta-.

Es una nueva corresponsal para la cadena de televisión de Atlanta.

Ric abrió la carpeta, sin dejar de escucharla.

Su atención se vio instantáneamente atraída por la fotografía de una mujer joven y extraordinariamente hermosa.

-¡Vaya! ¡Menudo bombón!

-Piper es la sobrina de Lucas -se apresuró a señalarle su jefa.

Ric maldijo para sus adentros. Alzó los ojos y se encontró con la fulminante mirada de Lucas.

-Lo he dicho con el mayor de los respetos.

Lucas se volvió hacia Victoria:

-¿Y dices que éste es el hombre adecuado para el trabajo?

Ric se tensó. Y volvió a maldecir para sus adentros. Su primera gran oportunidad y la desaprovechaba por bocazas...

-Lo es, sin lugar a dudas.

Suspiró de alivio. Quizá, después de todo, no fuera demasiado tarde...

-Hace un mes -empezó a explicarle Victoria-, Piper y cinco periodistas más fueron invitados a una conferencia de prensa secreta convocada por un grupo terrorista denominado Soldados de la Unión Soberana, SUS.

Ric asintió. Aunque no había visto a Piper en los informativos, sí que estaba al tanto de aquella clandestina conferencia de prensa. Recordaba que los periodistas, con una venda en los ojos, habían sido trasladados a un remoto paraje. El líder del grupo había confiado en ganarse las simpatías de la prensa.

Pero en lo que finalmente los medios habían publicitado, había brillado por su ausencia cualquier tipo de simpatía por aquella causa.

-Vi alguna de esas informaciones.

-Entonces sabrás que tres de aquellos periodistas han fallecido de muerte violenta a manos de aquella gente. El FBI está investigando y garantizando protección a los restantes, incluida Piper.

-¿Qué papel quieres que juegue yo en todo esto?

-Lucas se ha encargado de los detalles. Con tu experiencia como técnico de vídeo, harás un buen papel como cámara recién asignado a Piper. Tu misión consistirá en seguirla como una sombra.

-¿Qué pasará con mis horas de trabajo?

-Ya me he ocupado de eso también -se adelantó Lucas-. Conseguí que el vecino del apartamento contiguo al de Piper se ganara unas merecidas vacaciones en Hawai. Se ha marchado hoy mismo. Tú le guardarás el apartamento mientras tanto.

Ric arqueó una ceja.

-¿Y su sobrina no sospechará de mi súbita aparición en su vida como vecino y nuevo cámara suyo?

-Mi sobrina es una profesional muy ocupada. No perderá el tiempo

haciéndose preguntas por un tipo como tú.

Ignorando aquel despreciativo comentario, esbozó una fría pero cortés sonrisa.

-Ya. Sin embargo, no deja de extrañarme que no confíe lo suficiente en el FBI como para asignarle la protección de su sobrina. ¿Alguna razón en particular?

Victoria intentó advertirle con un carraspeo. Se estaba metiendo en un terreno peligroso.

-Si no hubiera tomado precauciones suplementarias no habría conseguido sobrevivir durante tanto tiempo en este negocio, Martínez. Yo nunca dejo nada al azar.

-¿Tiene el FBI a alguien dentro? -quiso saber Ric.

-Tienen a un hombre infiltrado en el SUS, un topo -Lucas apoyó las dos manos en el puño de su bastón-. Y a alguien muy especial preparado para apoyarlo en caso de que lo necesite.

-Jack Raine vuelve a estar en activo -añadió Victoria-. Es el mejor que hay.

Podrás contar con él -se volvió hacia Lucas-. Aunque me sorprende que lo hayas

convencido de que vuelva. Últimamente estaba completamente dedicado a su esposa y a su hijo recién nacido.

Ric recordaba bien a Jack Raine. Su caso era legendario.

-La cuestión, Martínez -prosiguió Lucas -es que quiero a alguien vigilando a

mi sobrina las veinticuatro horas del día. Quiero que comas, duermas y respires con Piper Ryan hasta que yo pueda pararle los pies a esos canallas.

-Podré hacerlo -le aseguró Ric.

-Eso espero -le lanzó una mirada de advertencia-. Porque te hago personalmente responsable de la seguridad de mi sobrina. No me defraudes.

-Puede estar tranquilo, señor Camp. Se lo aseguro. Esta misión será un paseo para mí.

Capítulo 1

-Llego tarde -masculló Piper Ryan con tono irritado.

Aferrada al volante, contempló las interminables filas de coches que invadían los tres carriles de la carretera. Detestaba la hora punta de la mañana.

Especialmente los lunes. Y sobre todo cuando ya llegaba tarde.

Las eternas obras de aquella zona del centro de Atlanta sólo contribuían a empeorar la situación. Y el hecho de que la temperatura hubiera rebasado ya los treinta grados a las nueve de la mañana, tampoco ayudaba en nada.

Miró por el espejo retrovisor. El Sedán oscuro que no se despejaba de ella se hallaba tres coches más atrás, en el carril derecho. Seguro que no era la única en quejarse del tráfico de aquella mañana. Los dos agentes del 17131 asignados para vigilarla tampoco debían de estar muy contentos. El hecho de saber que estaban allí era un consuelo, por mucho que le molestara admitirlo.

Resopló frustrada, se recostó en el asiento y se dedicó a reflexionar sobre el caótico panorama que se extendía ante ella. La vida en la gran ciudad. ¿No

había sido precisamente el otro día cuando se había jactado de lo entusiasmada que estaba de vivir en una de las más florecientes y bulliciosas ciudades del país? “A excepción del tráfico”, debería haber matizado.

Sonaron varias bocinas y algunos conductores protestaron a gritos. Los motores no eran lo único en calentarse en un día como aquél. De repente, para su sorpresa, alguien intentó abrirle la puerta del coche, por el lado del conductor.

Cuando giró la cabeza, vio el negro cañón de una pistola. Parpadeó varias veces, incrédula. Como en una película a cámara lenta, alzó la mirada y se encontró con una mirada llena de odio.

Antes de que tuviera tiempo de gritar, otro hombre se abalanzó sobre su agresor. Sonó un disparo y el estallido de un cristal. El miedo la envolvía, robándole el aire de los pulmones.

-¡Huye! -gritó una voz masculina.

Sin pensárselo dos veces, hundió el pie en el acelerador. Esperó escuchar el crujido metálico del choque contra otro vehículo, pero para su asombro no fue así. Los coches se estaban moviendo justo a tiempo. El pulso le atronaba en los oídos. Miró por el espejo retrovisor y vio a dos hombres forcejeando en la mediana de dos carriles, con las dos filas de coches en marcha.

¿Y si el hombre que la había salvado resultaba atropellado? Por cierto...

¿quién diablos sería? Seguro que no era uno de los federales asignados a su vigilancia.

Justo cuando se disponía a llamar a la policía por su móvil, el Sedán frenó en seco un par de coches por detrás de ella, interrumpiendo el tráfico. Los agentes del FBI, claramente reconocibles por sus trajes negros y gafas oscuras, salieron rápidamente y corrieron hacia los dos hombres que seguían peleando en el suelo.

“Tranquila”, se dijo Piper, soltando un profundo suspiro. “Maldita sea, esta

vez te has librado de milagro”. Su tío Lucas se pondría hecho una furia cuando se enterara. Sintió ganas de gritar. Ni siquiera podía dirigirse tranquilamente a su trabajo sin que alguien se acercara para atacarla.

Intentó hacer acopio de la poca fuerza interior que todavía le quedaba. Lo ocurrido durante aquel último mes había conseguido mermar sensiblemente su capacidad para afrontar aquella locura. No tenía forma alguna de reconocer al enemigo. Podía ser cualquiera.

“No te rindas”, murmuró, apretando los dientes. No podía derrumbarse en aquel momento. Después, cuando estuviera sola y en casa, daría rienda suelta a

su desahogo. Pero no ahora. Tenía trabajo que hacer.

Cuando por fin entró en el aparcamiento de la cadena de televisión WYBN, el terror había ido cediendo paso a una rabia sorda. No se rendiría. No se convertiría en una cautiva en su propio hogar o en alguna casa de seguridad, tal y como pretendía su tío.

Bajó del coche y contempló el cristal destrozado. Le encantaba su pequeño deportivo rojo. Llamar a la agencia de seguros y al taller de reparación sería lo primero que tendría que hacer esa mañana. Pero al menos no se encontraba en una ambulancia, camino del hospital. Se acordó de su anónimo salvador.

Esperaba que no hubiera resultado herido.

Ojalá hubiera alguna manera de esconderle el episodio a su tío y de paso a su jefe, pensó mientras se dirigía hacia las escaleras del fondo donde la esperaba el vigilante. Pero era inútil. Seguro que alguno de los agentes del FBI ya le habría telefonado para informarlo. Y Dave, el director de informativos, probablemente también lo sabría.

Sonriendo, el vigilante le abrió la puerta y la siguió. Abatida, subió las escaleras hasta la redacción de informativos. Tres de los periodistas que habían asistido a aquella maldita rueda de prensa estaban muertos: sólo quedaban ella y dos más. Quizá el tío Lucas tuviera razón. La imagen de aquel negro cañón de

pistola volvió a asaltar su mente. Tal vez debería hacerle caso y esconderse hasta que todo aquello hubiera pasado...

-Ni hablar -murmuró, cuadrando los hombros y alzando la barbilla.

-Detenla justo aquí -le pidió Piper mientras contemplaba las imágenes de la pantalla-. Ahora pon el horizonte de fondo y difumínalo.

-Ya está -los ágiles dedos de Ned se movieron sobre las teclas y la secuencia terminó justo como ella la había imaginado. El reportaje ya estaba listo para ser emitido.

-Perfecto -se levantó de su asiento, satisfecha-. Dave quiere emitirlo hoy a mediodía. Y repetirlo en las noticias hora punta de la tarde.

-Se lo-pasaré cuanto antes -le sonrió Ned-. Buen trabajo, Piper. A la audiencia le encantará.

-Gracias. Le diré a Jones que te ha gustado. No habría podido hacerlo sin él.

-Jones es un auténtico crack. Y tú también.

Satisfecha, Piper atravesó la redacción de informativos de WYBN

Televisión. Jones era el mejor cámara que había existido nunca, como él mismo

se ocupaba de recordárselo de vez en cuando. No habían dejado de trabajar juntos desde el día en que entró en la agencia como periodista, cuatro años atrás.

Dave, el director de informativos, había acertado al seleccionarlos para que formaran equipo, algo de lo que siempre le estaría agradecida. Por muy bueno que fuera el trabajo de un periodista, resultaba imprescindible una perfecta sintonía con el cámara.

Finalizado el reportaje sobre las bandas de delincuentes de la ciudad, Piper se acordó de que le debía a Jones una cena en Ray's. Se sonrió. Una mesa en Ray's con una espléndida vista del río Chattahoochee sería un cambio muy agradable comparado con la comida rápida que habitualmente tenían que engullir en la furgoneta mientras se dirigían a rodar. En un trabajo como aquél, el tiempo era siempre un bien escaso.

El constante timbre de los teléfonos y el rumor de las conversaciones eran la nota característica de la redacción de informativos, siempre sumida en una actividad frenética. Las noticias desfilaban por las pantallas de los monitores durante las veinticuatro horas del día. Los periodistas se apresuraban a tomar nota de cualquier dato que pudiera convertirse en noticia. Sonrió de nuevo. Era el corazón de la cadena.

Y Piper Ryan se sentía inmensamente satisfecha de formar parte del mismo.

Según su agente, su reciente popularidad entre los telespectadores era el primer y exitoso paso hacia responsabilidades más importantes. Dave no la retendría mucho más tiempo allí. Y ella echaría de menos aquello.

Su agente ya estaba apostando por mercados más amplios. Pero Piper no estaba dispuesta a marcharse a ninguna parte sin Jones. Formaban el equipo ideal. Tal vez ella se hubiera hecho muy popular en Atlanta, pero era Jones quien lo capturaba todo en película, para que el mundo lo viera. Llegado ese momento, Dave Sullenger tendría que resignarse a perderlos a los dos.

-¡Piper!

-Hablando del rey de Roma -musitó mientras desviaba la mirada hacia la puerta del director.

Allí estaba, haciéndole señas para que se acercara. Ya habían tenido su reunión de plantilla del lunes por la mañana: nada podía haber cambiado durante la última hora. No le había mencionado su retraso, y le había sorprendido bastante que no le hubiera preguntado al respecto. Al parecer los federales no le habían dicho nada, y ella tampoco había querido preocuparlo a una hora tan temprana de la mañana. Ya se enteraría del suceso, de eso estaba segura. Tan pronto como el FBI lo pusiera al tanto de todo, Lucas llamaría a Dave para regañarle una vez más por consentir que Piper continuara trabajando para él.

Desechó ese pensamiento. Lo que tenía que hacer era localizar a Jones y largarse. Tenía una entrevista apalabrada con varias familias de residentes de Hope Place, la zona que últimamente estaba padeciendo más ataques vandálicos.

-¿Qué pasa? -preguntó, deteniéndose en el umbral.

-Tengo que hablar contigo de una cosa que no quise mencionarte en la reunión de esta mañana.

Dave parecía demasiado serio. Piper tuvo un mal presentimiento.

-¿De qué se trata?

-Jones ha tenido que marcharse por una emergencia. Estará fuera de la ciudad un par de semanas.

Piper parpadeó varias veces, sorprendida.

-Pero si anoche mismo estuve hablando con él y no me dijo nada...

-Él mismo no se enteró hasta esta mañana.

-Es un asunto personal sobre el que no quiso extenderse mucho. Así que tomó el primer avión para Detroit.

Piper se dijo que tenía que haberse tratado de una emergencia muy seria.

Nunca antes se había marchado de esa forma, sin avisarla. Más que

colaboradores, eran amigos.

-Lo llamaré por si puedo ayudarlo en algo -dijo más para sí misma que para Dave.

-No... no creo que sea una buena idea. Jones me dio la impresión de que era un asunto íntimo... e insistió en que nos llamaría cuando pudiera.

Piper estaba perpleja. Todo aquello le parecía demasiado misterioso, además de absurdo.

-Bueno, de acuerdo, si eso fue lo que te dijo...

-Mientras tanto, te he conseguido un nuevo cámara -continuó Dave. Ante la angustiada expresión de Piper, se apresuró a tranquilizarla-: No te preocupes. Será sólo un cambio provisional, hasta que regrese Jones.

-Vaya, no sabía que tuviéramos sustitutos -no había visto caras nuevas en la redacción.

-Hace unos minutos he entrevistado a un tipo -le explicó Dave-. Está aquí ahora mismo -miró a alguien detrás de ella, en la redacción-. Martínez, te presento a Piper Ryan.

“Estupendo. Justo lo que necesitaba”, pensó. Un fichaje recién recogido de la calle. Pero al volverse para mirarlo, se quedó con la boca abierta. Un tipo alto, moreno y extraordinariamente guapo caminaba lentamente hacia ella.

Tenía el pelo negro, muy corto. La mandíbula cuadrada y los rasgos

exquisitamente cincelados le recordaron inmediatamente el rostro de una

estatua clásica. El canon mismo de la perfección.

Y luego estaba su cuerpo... Piper estaba sin aliento. Unos hombros muy anchos, destacados por una camisa de seda blanca, con los faldones por encima

de un pantalón ancho y negro. Aquel hombre parecía recién salido de una revista de moda masculina.

Definitivamente no se parecía a ningún cámara que Piper hubiera conocido

antes. Para empeorar las cosas, cuanto más se acercaba a ella, más obvio resultaba que era perfectamente consciente de su atractivo. Exudaba confianza por todos sus poros. Una confianza, de tan descarada, escandalosa. Como si le estuviera diciendo con la mirada: “cierra la boca, pequeña, porque ya sé lo guapo que soy”. Aquel hombre no había nacido para estar detrás de una cámara, sino

delante.

-Ric Martínez -le tendió la mano-. Es un placer conocerla, señorita Ryan -su voz profunda y vibrante tenía un leve acento sureño.

Transcurrieron varios segundos antes de que Piper recuperara la presencia de ánimo suficiente para estrecharle la mano, y cuando lo hizo se sintió flotar. Al cerrarse sobre los suyos, sus largos dedos le provocaron un delicioso estremecimiento.

-¿Podría disculparnos un momento, señor Martínez? -le espetó de pronto, retirando la mano con la misma brusquedad. Acto seguido, hizo entrar a su jefe en el despacho y cerró la puerta de cristal-. No puedes hablar en serio - susurró.

Dave frunció el ceño antes de mirar a Martínez, que esperaba pacientemente al otro lado.

-Yo no le veo el problema. Diablos, es un tipo debidamente cualificado.

Revisé todas sus referencias antes de entrevistarlo.

-Mira cómo va vestido... -lo miró de reojo-. Si parece que va a desfilarse por una pasarela de moda masculina... No tiene aspecto de cámara. O, al menos, del

cámara que yo necesito -camiseta y vaqueros era el atuendo favorito de Jones.

Dave seguía frunciendo el ceño, impaciente. Detestaba los conflictos, sobre todo entre miembros de su plantilla.

-Ya sabes que yo jamás me he metido con la vestimenta de nadie en esta empresa, a excepción de los que se ponen delante de la cámara. Al tipo le gusta vestir bien. ¿Qué tiene eso de malo?

-¡Pero si parece un... un gigoló de categoría! -un gigoló increíblemente guapo, eso tenía que admitirlo-. Esto no va a funcionar. ¿Me ves a mí por el barrio de Hope Place con un tipo así siguiendo mis pasos? ¿Cómo conseguiré atraer la atención de la gente? Todos se lo quedarán mirando embobados. Esto no va a funcionar...

En aquel preciso instante, como si hubiera dicho algo absolutamente gracioso, una gran sonrisa se dibujó en el enjuto rostro de Dave:

-No me digas que tienes miedo de que ese listillo te robe la atención...

Piper rabió ante aquel comentario, pero se tragó la primera respuesta que le vino a la cabeza. Después de todo, Dave era su amigo. Y su jefe.

-Voy a hacer como si no hubiera oído nada. Sabes perfectamente que no era eso lo que quería decir...

Pero Dave le lanzó una mirada ligeramente acusadora.

-Si crees que no podrás arreglártelas con él... -se encogió de hombros con gesto indiferente-... esto es, si crees que puede existir algún tipo de atracción extra profesional entre vosotros que...

La mirada que le lanzó Piper lo dejó con la palabra en la boca.

-No sigas por ahí -le advirtió. Tenía un contrato y un agente que velaba por sus intereses. No era una cualquiera en la empresa. No estaba obligada a hacer nada que la hiciera sentirse incómoda. Y definitivamente no estaba dispuesta a que la acusaran... de lo que su jefe estaba insinuando.

Dave suspiró, cansado, y se pasó una mano por la cara.

-Sólo serán dos semanas. Además, esto se me escapa de las manos -se sentó en el brazo de un sillón-. Martínez debe de estar relacionado con las esferas altas de la cadena, porque me ordenaron que lo contratara.

Piper alzó los ojos al cielo, expresiva. Aquello estaba mejorando por momentos.

-Genial. Así que se supone que voy a tener que hacer de niñera de ese Casanova durante dos semanas, gracias a la larga mano de un pariente suyo. Es perfecto. Por si no tenía ya bastante con los federales siguiéndome a todas partes, ahora además tendré que entretener a este galán de película -se interrumpió, vacilante, al evocar el episodio de aquella mañana. Se negaba a pensar en ello. Si cedía a la tentación, se derrumbaría. Tenía que ser fuerte-. Te lo digo una vez más, esto no va a funcionar, Dave. Ese tipo no es el adecuado.

Sobre todo su... su atuendo.

-A mí me parece bien. ¿Qué diablos quieres que lleve? ¿Un traje de tres piezas? Estamos en agosto, por el amor de Dios...

Piper se quedó callada, asaltada su mente por una perturbadora imagen de Martínez vestido de traje. Otra oleada de calor interno la barrió por dentro, irritándola aún más.

-Tú intenta llevarte bien con él, ¿de acuerdo? -le rogó Dave--. Me gusta el trabajo que tengo y quiero seguir así.

Procurando sosegar, Piper se alisó la ligera chaqueta de rayón que llevaba y adoptó la actitud de “calma tensa” que tanto la caracterizaba. Al fin y al cabo, sólo serían un par de semanas. Podría soportarlo. Tampoco tenía sentido complicarle la vida a su jefe.

-De acuerdo. Me aseguraré de que haga un trabajo decente hasta que vuelva Jones.

-Sus credenciales son impecables -añadió, esperanzado.

Piper forzó un amago de sonrisa en beneficio de su jefe. Todo aquello no era culpa suya. Mientras pudiera garantizarle su plaza a Jones, estaría contenta. Dos semanas no era tanto tiempo.

-Bien, seguiremos como hasta ahora, entonces.

-Piper.

-¿Sí? -se volvió hacia él antes de abrir la puerta.

-Quiero que lleves mucho cuidado cuando salgas fuera -la miró a los ojos-.

Martínez ha sido informado de la situación, pero estoy muy preocupado por ti.

Sabes que me sentiría mucho mejor si consintieras en quedarte en la redacción hasta que todo esto haya pasado.

-¿Quién dice que vaya a pasar alguna vez? -objetó ella-. No voy a dejar de

vivir, ni a dejar de ser quien soy sólo porque un maldito canalla ha decidido condenarme a muerte -sonrió, esa vez con sinceridad. Dave se preocupaba por ella, y se sentía agradecida por ello-. No te preocupes, jefe. Para eso están los federales, ¿no? Que se preocupen ellos de mantenerme a salvo. Dios sabe que no

se apartan ni un metro de mí.

Esa mañana, sin embargo, lo habían hecho. Aunque no podía culparlos por ello. Frunció el ceño al recordar al tipo que la había salvado. ¿Quién diablos sería? ¿Simplemente un buen samaritano, de paso por allí? Se le antojaba demasiado improbable. Tal vez se tratara de otro federal, o de alguno de los amigos de su tío. Sabía que Lucas nunca dejaba nada al azar.

Después de darle una tranquilizadora palmadita en el brazo, se volvió nuevamente hacia la puerta.

-Todo saldrá bien -lo único que tenía que hacer era permanecer alerta. Lo ocurrido esa mañana era un perfecto ejemplo de que no debía bajar jamás la guardia, ni alejarse demasiado de sus protectores.

-No se lo hagas pasar muy mal a Martínez -le pidió Dave-. Tengo la sensación de que esconde algo de valor tras esa frívola apariencia.

-Eso espero yo también.

Ric soltó un suspiro de alivio cuando Piper salió del despacho de su jefe y lo miró. Por un momento había temido que fuera a montar un escándalo. En cualquier caso, más enfadada que su cámara no podía estar. El tipo se había puesto hecho una furia cuando lo mandaron de vacaciones forzadas a Hawai.

Disimuló una sonrisa al recordar lo muy persuasivo que podía llegar a ser Lucas Camp...

-Tenemos una entrevista preparada para las diez -dijo ella, mirando su reloj-.

Será mejor que nos pongamos en marcha.

-Mi equipo ya está en la furgoneta.

Se lo quedó mirando por un momento.

-Bien.

Ric se dijo que había llegado la hora de desplegar su capacidad de persuasión. No estaba dispuesto a estropear aquel trabajo. Si Piper Ryan dudaba que pudiera hacer el trabajo normal y regular de un cámara, le demostraría que

estaba equivocada. Y la convencería de que sus recelos eran infundados. Sólo en ese momento se permitió una leve sonrisa. Todavía no había conocido a la mujer

que pudiera resistírsele. Y esa vez no sería diferente.

La siguió a través de la redacción y después escaleras abajo, hasta el aparcamiento. Los dos agentes del FBI asignados a su vigilancia se adelantaron

para revisar el garaje y la furgoneta de la cadena. Para sorpresa de Ric, en la actitud de Piper no quedaba el menor rastro de temor por el dramático episodio

de aquella mañana. Ric no pudo evitar preguntarse si sería tan dura como aparentaba ser. Se necesitaba ser de hierro para mirar cara a cara a la muerte y luego caminar tranquilamente como si nada hubiera sucedido.

También decidió que Piper era aún más guapa en persona que en foto. El contoneo de sus caderas era deliciosamente seductor, así como su manera de vestirse. No explotaba sus armas de mujer, pese a lo cual no podía esconder unos atributos que por fuerza tenían que haberla ayudado en su carrera. El traje de corte conservador que llevaba no lograba disimular su sensualidad.

Llevaba el cabello, casi tan negro como el suyo, peinado con un estilo sofisticado a la vez que sexy. Pero eran sus ojos el rasgo más notable de todos: tan azules como un cielo de verano. El tipo de azul cristalino que jamás

se habría esperado en una morena. Cuando lo miraba, una marea de calor, de excitación, lo barría por dentro. La atracción estaba ahí, presente, pero nada podía hacer al respecto. Estaba inmerso en una misión, y aunque no hubiera sido así, Lucas Camp lo mataría por albergar siquiera cualquier tipo de pensamiento carnal hacia su sobrina.

-Hope Place está cerca del Memorial Drive -le informó Piper mientras abría la puerta del conductor-. Si nos damos prisa, podremos estar allí a tiempo de rodar un poco de metraje antes de la entrevista.

-Sólo tienes que indicarme el camino -repuso, disponiéndose a cerrársela.

-¿Es que no lo sabes? -lo miró entre sorprendida y acusadora.

-Este es mi primer día en Atlanta -repuso con una sonrisa confiada-. Pero aprendo rápido.

-Estás de broma, ¿verdad? -rió sin humor-. ¿De veras no sabes orientarte en la ciudad? -su incredulidad se convirtió en algo peligrosamente parecido al pánico al ver que no contestaba-. Oh, Dios mío, hablas en serio...

Ric le dedicó una de aquellas esplendorosas sonrisas con las que habitualmente siempre conseguía lo que quería.

-No te agobies, querida. No te fallaré.

El pánico de sus ojos azules se convirtió en indignación. Pero antes de que pudiera adivinar sus intenciones, Ric extendió una mano y le delineó suavemente el ceño con un dedo.

-Eres demasiado bonita para fruncir el ceño de esa manera, querida.

Retrocedió un paso, sorprendido, cuando ella bajó rápidamente del asiento y se le encaró. Era auténtica furia lo que brillaba en aquel momento en sus ojos.

-Dejemos esto claro, Martínez. Yo no soy tu querida ni ningún otro nombrecito de tu vocabulario de seductor. Me llamarás por mi nombre o no me llamarás en absoluto. Y nada de ponerme las manos encima, ¿entendido?

Ric tenía una mano apoyada en la puerta abierta y la otra en la furgoneta. De repente se inclinó hacia ella. Estaba cada vez más cerca.

Sonrió al ver el brillo de incertidumbre que asomó a su mirada, pese a que se mantenía clavada en el sitio.

-¿Entendido? -insistió.

No le pasó desapercibida la agitación que le aceleraba el pulso. Antes de apartarse, se tomó su tiempo en estudiar sus ojos, su nariz deliciosamente respingona y sus sensuales labios. Detectaba un rastro de perfume, tan sutil como invitador. Estaba tan cerca que podía ver hasta la cicatriz casi imperceptible que tenía en la barbilla. Quería saber su origen, y más aún, quería tocarla. Pero eso habría sido un colosal error. Así que finalmente se apartó,

reacio.

-Después de ti -le indicó el asiento que acababa de abandonar.

Piper se sentó de nuevo. Sólo entonces Ric cerró la puerta y rodeó la furgoneta para subir a su vez. La señorita Ryan tal vez se considerara una mujer dura, pero no lo era. Él tenía suficiente experiencia al respecto. Una niña rica y mimada. Tal vez fuera la locutora más sexy de la televisión local de Atlanta, pero fuera del estado de Georgia no era más que una chica guapa más, como tantas.

Sonrió mientras se sentaba al volante. Estaba dispuesto a llevar en todo momento la iniciativa. Ya se lo había dicho a su tío: aquella misión iba a ser un paseo. Encendió el motor y se volvió hacia su callada acompañante:

-¿Y bien? ¿Qué ruta tomo?

Piper no se dignó a mirarlo.

-A la izquierda nada más salir del aparcamiento -de repente esbozó una sonrisa dulce. Demasiado dulce-. Ya te iré indicando. Tienes veinte minutos.

-No te preocupes, jefa. Llegaremos a tiempo.

Pisó a fondo el acelerador y salieron del garaje con un chirrido de neumáticos. Una vez que salieron al tráfico, la miró de reojo. Si era una batalla de voluntades lo que la señorita Ryan tenía en mente, estaba dispuesto a satisfacerla.

Iba a disfrutar de cada momento.

Capítulo 2

Mientras su nueva cámara recogía el equipo, Piper se preguntó qué zona de

Hope Place elegiría para rodar. Al contrario que le ocurría con Jones, muy probablemente tendría que indicarle cada plano que quería que tomara. Tuvo que

reprimir una nueva punzada de irritación. Le había prometido a Dave que soportaría a aquel tipo y lo haría. Si por lo menos no fuera tan creído y prepotente...

Sus dos guardaespaldas del FBI permanecían al margen, pero sin alejarse demasiado. Por primera vez desde que empezó aquella pesadilla, se sentía agradecida de su presencia. Aunque había sido un desconocido quien la salvó aquella mañana, sabía que los dos agentes estaban completamente entregados a

su trabajo. Una vez más expulsó de su mente el recuerdo de aquel largo cañón

negro apuntándole la cabeza... No podía pensar en eso en aquel momento; con ello sólo conseguiría mermar su capacidad de autocontrol.

Martínez se volvió hacia ella, colocándose la cámara al hombro. Había algo

en la manera que tenía de moverse que le resultaba vagamente familiar. Pero era imposible. No lo conocía, jamás lo había visto desde que se lo presentaron apenas una hora atrás.

Se concentró en el asunto que tenía entre manos. Tenía varias entrevistas que

hacer. Seis residentes habían aceptado hablar ante la cámara sobre el incremento de la violencia en el vecindario. Lo cual no dejaba de tener mérito, ya que se exponían a recibir represalias. La iniciativa había partido de ellos mismos, ya que Piper jamás le habría pedido a nadie que arriesgara su vida haciendo aquellas declaraciones. Su último reportaje había abordado el tema de las llamadas “propinas anónimas”. Al parecer, la gente de Hope Place había decidido plantarse para defender sus derechos y anunciar públicamente sus intenciones.

Hope Place se había levantado diez años atrás, en un elogioso esfuerzo del

ayuntamiento por proporcionar viviendas a familias de bajos ingresos. En su momento sirvió para ayudar a mucha gente. En opinión de Piper, sin embargo, el

plan del alcalde había carecido de las medidas necesarias que pudieran proteger la zona de la delincuencia de los barrios adyacentes. Como resultado la delincuencia se había extendido también a aquel barrio de reciente construcción, en una especie de imparable epidemia.

-Dime lo que quieres que te saque, jefa - le dijo en aquel momento Martínez, risueño, con su ya característico tono insinuante.

-Me llamo Piper -le recordó, firme.

-Piper. Intentaré recordarlo.

Era demasiado guapo. Estaba demasiado cerca. Y era demasiado irritante.

-¿Por qué no me dices lo que sacarías tú, Martínez?

-Será un placer -inclinó la cabeza, aceptando su desafío.

Quería gritarle, pegarle... Pero lo que más quería era tocarlo. Maldijo para sus adentros. Detestaba sentir aquella desaforada atracción...

-Barrería los bloques con la cámara -sugirió él, haciendo un gesto con una mano fuerte, ancha, abarcando los coches abandonados y los cubos de basura derribados-. Centraría la imagen en los rascacielos sin remozar, en los tendederos con ropa de las ventanas y en las avenidas llenas de gente. Con eso debería bastar.

Ya no sonreía. Piper incluso advirtió una sombra de tristeza en su mirada, que sólo duró una fracción de segundo. Frunció el ceño.

Aquella especie de Casanova no podía ser un sentimental...

De repente, la voz del señor Jackson interrumpió sus reflexiones. La estaba llamando y se dirigía hacia ella, acompañado de los demás residentes que deseaban ser entrevistados.

-Me parece bien, Martínez -le dijo antes de volverse.

De hecho, le parecía mejor que bien: era precisamente lo que habría hecho ella misma. Pero no estaba dispuesta a admitirlo para no alimentar todavía más

aquel egocentrismo hiperdesarrollado.

-Fenomenal, querida.

Piper ignoró la aceleración de su pulso, efecto al parecer inevitable del tenaz empleo de aquella palabra española. Aquel vanidoso Casanova no se le metería

debajo de la piel. Por nada del mundo.

-La situación está bajo control, señor Camp -Ric se quitó los zapatos mientras atravesaba el salón de su apartamento provisional para bajar el volumen del televisor-. No, ya le he dicho que en todo momento controlé la situación...

Soltó un suspiro mientras Lucas Camp continuaba relatándole el episodio de aquella mañana. Jack Raine había estado perfectamente preparado para neutralizar al agresor, pero él llegó primero. Lo cual había sido una suerte, porque de esa manera Raine conservaba su anonimato y el agresor seguía vivo para ser interrogado. En cualquier caso, a Lucas Camp no le había gustado nada

que el canalla hubiera conseguido acercarse tanto a su sobrina sin encontrar resistencia.

Pero aparte de obligar a Piper a moverse en un vehículo blindado, no había forma de evitar que el suceso pudiera repetirse. Y ella se negaba a cambiar su rutina. Permitir que los federales la siguieran a todas partes era la máxima concesión que había estado dispuesta a hacer.

Si llegaba a descubrir que su querido tío había contratado no a uno, sino a dos guardaespaldas más para vigilarla, se pondría hecha una furia. Porque la mujer no tenía ninguna intención de facilitarles el trabajo. Estaba decidida contra viento y marea a mantener su rutina normal. Y por mucho que detestara admitirlo, Ric admiraba esa valentía suya.

Cualquier persona, hombre o mujer, se habría encogido de miedo en semejantes circunstancias. Pero Piper Ryan no. Se sonrió. Para ser una niña rica y mimada, era ciertamente muy dura.

-Ella no sabe que fui yo -le aseguró a Lucas cuando le preguntó si Piper lo había reconocido como el hombre que la salvó aquella mañana-. No sospecha nada. Me ha tomado por una especie de Casanova... -sólo entonces se dio

cuenta

de que no había elegido el término más afortunado-. No, por favor, no estoy flirteando en absoluto con su sobrina...

Mentía. Por lo que hasta el momento había podido ver, flirtear con Piper Ryan era la única manera que había descubierto de mantenerla alerta, con la guardia alta. Evidentemente no permitía que nadie se le acercara demasiado. Se

preguntó por qué. Era una chica joven, hermosa, muy popular entre su audiencia.

Pero también muy introvertida...

-Sí, señor. No le quitaré el ojo de encima -dijo en respuesta a la advertencia final de Camp.

Apagó el móvil y lo lanzó sobre el sofá. El agresor de aquella mañana no tenía antecedentes. Y tampoco estaba soltando nada en los interrogatorios. Dado que no lucía el habitual escudo tatuado en el bíceps derecho, no había forma de saber si lo había enviado el SUS o si por el contrario estaría relacionado con las bandas de delincuentes que Piper denunciaba en sus reportajes. Aunque también

podía tratarse de un simple trastornado con ganas de aparecer en televisión.

Estaba empezando a fastidiarle profundamente su negativa a quedarse

encerrada en su casa, o en la redacción de la cadena. De hecho, se había pasado

la última hora intentando convencerla de que se tomara unas vacaciones en el trabajo.

-Eres una dama muy tozuda, querida -murmuró Ric con gesto distraído mientras se desabrochaba la camisa.

Esa mañana había destrozado una de sus favoritas en el forcejeo con el agresor, y había tenido que ponerse otra para ir a la cadena de televisión. Ya había dejado la camisa en el respaldo del sofá y estaba empezando a desabrocharse los pantalones cuando el rostro de Piper apareció en la pantalla del televisor. El reportaje duraba apenas unos cuatro minutos, pero era muy bueno. Se felicitó por su trabajo como cámara.

Se dirigió al cuarto de baño, pensando que siempre podría ganarse la vida como cámara si al final Lucas Camp lo despedía de la Agencia Colby por flirtear con su sobrina. Esa vez donde apareció su rostro fue en su pantalla mental, con aquellos labios tan dulces y sensuales...

Necesitaba una ducha. Si no podía dejar de pensar en su vecina, tendría que tomar una ducha fría. No tenía nada que temer: la alarma sonaría bien alto si a Piper se le ocurría salir del apartamento mientras él estaba en el cuarto de baño, así que la oiría. De todas formas, no estaba previsto que se marchara a ninguna parte durante una hora por lo menos. Tenía tiempo. Además, le había llenado la

casa de micrófonos para poder controlar cada movimiento suyo... o el de cualquiera que pudiera burlar la vigilancia de los federales y acercarse a ella.

En beneficio de su hombro dolorido, se decantó finalmente por una ducha caliente. Se había hecho daño cuando derribó al agresor de Piper y cayó con él

en el asfalto. La imagen de Piper Ryan asaltó su mente una vez más. No había esperado que la atracción física fuera tan intensa.

Había estudiado meticulosamente su historial. Piper se había criado en un ambiente de lujos, había recibido una educación exquisita e incluso había disfrutado de un gran éxito en la televisión. Los telespectadores la habían aclamado como una de las periodistas más populares de Atlanta.

El historial de Ric no podía ser más diferente. Se había criado en Projects, al

sur de Chicago. Había tenido que luchar mucho para salir de aquel barrio, y sólo una extraña fuerza nacida de la desesperación lo había salvado. En su mundo, ella no habría durado ni cinco minutos.

Apoyado en la pared de azulejos, Ric se obligó a desterrar aquella amargura

de sus pensamientos. No envidiaba a la gente como Piper, simplemente le irritaba su forma de pensar, de comportarse. Sabía lo que probablemente

pensaría de él. Aunque obviamente se sentía atraída en un sentido físico, lo veía como un ser inferior simplemente porque no había estudiado en su misma selecta

universidad. Porque no era el refinado caballero con quien habría preferido relacionarse.

Cerró el grifo. No era culpa suya que lo hubiera tenido todo de pequeña, como tampoco él era culpable de no haber tenido nada. Además, tenía un trabajo

que hacer: proteger a la princesa que vivía al lado.

Justo en aquel instante sonó la sirena del detector de movimientos,

advirtiéndolo de que el objeto de sus preocupaciones acababa de abrir la puerta.

Mascullando entre dientes, se ató una toalla a la cintura. Se suponía que por lo menos en cuarenta y cinco minutos no tenía que moverse de casa. Camp le había

asegurado que le comunicaría cualquier cambio imprevisto de planes.

Antes de que pudiera pensar en algo para retenerla, corrió hacia la puerta y la abrió. Para su sorpresa allí estaba Piper, luciendo un ajustado vestido negro que le llegaba hasta medio muslo. Y calzando unos zapatos de tacón de estilo muy sexy. Si para entonces se le había ocurrido algo, se le olvidó nada más verla.

Por segunda vez en aquel día, Piper se lo quedó mirando embobada. Sólo que

en esa ocasión no llevaba ningún atuendo a la moda.

Esa vez estaba desnudo, a excepción de una toalla descuidadamente

enrollada a la cintura. Gotas de humedad salpicaban su piel dorada, que le provocaban a ella extrañas y turbadoras sensaciones... Cuando finalmente logró

apartar la mirada de su magnífico pecho, pudo ver que el cabello también lo tenía húmedo. La ducha. Había estado en la ducha. ¿En la ducha?

Tuvo que sacudir la cabeza para salir de su aturdimiento. La realidad la golpeó con toda su fuerza. ¿Qué estaba haciendo aquel tipo en el apartamento del señor Rizzoli, y además duchándose?

¿Y por qué la estaba mirando de esa manera? Era deseo lo que ardía en sus ojos. Y él debía de haber visto lo mismo en los suyos. Parpadeó varias veces y

cuadró los hombros, en un intento por disimular aquella reacción.

-¿Qué estás haciendo aquí? ¿Dónde está el señor Rizzoli?

¿Por qué no se había fijado antes en el maravilloso corte de su nariz recta, en sintonía con su mandíbula perfectamente cincelada? ¿O en el sensual hoyuelo de

su barbilla?

Su cámara. Trabajaban juntos. Se suponía que no debería fijarse en esas cosas cuando estaba delante de un colaborador, de un compañero de equipo. Se

suponía que no debería sentir todas aquellas cosas por un hombre con el que no tenía absolutamente nada en común, y que además ni siquiera le gustaba. Y

sobre todo con un hombre que la irritaba tanto. Pero aquellos hombros tan increíblemente anchos y aquel rostro tan bello a la vez que varonil le estaban haciendo perder la perspectiva.

Sexo. Todo se reducía a sexo. Y ella no había tenido sexo en... casi un año.

Abrió mucho los ojos. ¿Un año? ¿Tanto tiempo había pasado? No le extrañaba que se pusiera a babear con el primer latin lover que se cruzara en su camino. No era nada personal: sólo un problema de hormonas.

-El señor Rizzoli se ha ido a Hawai, de vacaciones -respondió al fin Martínez.

¿Hawai? Piper frunció el ceño.

-Pero si a mí no me dijo nada.

-Fue una decisión repentina. Ganó un concurso y tuvo que marcharse de inmediato.

No pudo evitar sospechar. Eran demasiadas casualidades.

-Pero eso no explica por qué estás tú en su apartamento. Además, ¿de qué conoces al señor Rizzoli?

Vio que se humedecía aquellos increíbles labios suyos y a punto estuvo de desmayarse. Se maldijo en silencio. Tenía que dominarse. Había estado tres años trabajando codo a codo con Jones y jamás le había sucedido nada parecido.

-Le estoy cuidando el apartamento -se encogió de hombros-. Regándole las plantas, dando de comer a los peces, cuidando del jardín. Mi tía y el señor Rizzoli se conocieron precisamente en una clase de jardinería.

Piper asintió con la cabeza, aunque lo cierto era que no entendía nada. ¿Le habría mencionado alguna vez el señor Rizzoli algo sobre clases de jardinería?

No lo recordaba. Pero aunque así hubiera sido, no le parecía propio de él. En realidad casi no salía de su apartamento. Y las pocas veces que lo había hecho

había sido porque ella casi había tenido que obligarlo, necesitada de pareja para asistir a algún evento social.

Como la subasta de arte con fines benéficos de esa misma noche.

Oh, Dios.

Alzó los ojos al cielo y esa vez nada tuvo que ver con el cuerpo desnudo de

Martínez, ni con sus hormonas, ni con sus sospechas. No tenía acompañante para

la gala de esa noche. Y era demasiado tarde para llamar a alguien más. Nadie, nadie se presentaba solo a ese tipo de eventos. Si a alguien se le ocurría hacerlo, sería pasto de los cotilleos de todas las radios y televisiones locales.

-¿Necesitabas algo? -Martínez la estaba mirando ya con verdadera

preocupación, como si temiera que fuera a desmayarse de un momento a otro.

-Se suponía que el señor Rizzoli iba a... a acompañarme a la gala benéfica de esta noche -balbuceó al fin-. Supongo que se olvidaría de ello.

Una maliciosa sonrisa asomó a los labios de Ric.

-No hay problema -murmuró con tono suave-. Yo lo sustituiré gustoso.

-Esto... es una gala para ir de punta en blanco. No tienes tiempo para...

Vio que se acercaba levemente, con su fresco aroma a jabón inflamando sus

sentidos, confundiendo sus pensamientos. Desde luego, el señor Rizzoli nunca había olido así...

-No te preocupes, querida. ¿Crees que yo no sé vestirme para ese tipo de actos? -se burló-. Dame cinco minutos -se giró en redondo y desapareció en el pasillo, dejándola plantada en el umbral.

Mirándolo, se quedó sin el poco aliento que todavía le quedaba. La toalla blanca no podía contrastar más y mejor con su piel morena. Sacudió la cabeza varias veces y se obligó a avanzar un paso para poder cerrar la puerta. Se apoyó contra ella. Una profunda aspiración más y pudo recuperar la capacidad de raciocinio. Lo único que tenía que hacer era conservar una apariencia tranquila, que no dejara entrever el caos de sus sentidos.

Tragó saliva y miró a su alrededor, fijándose en los familiares detalles del apartamento. Desde que su esposa murió el año pasado, había jugado muchas tardes a las cartas con el señor Rizzoli. En más de una ocasión le había llevado la cena. Era un hombre bueno, de gran corazón. Nunca le habría pedido a alguien

que le cuidara el apartamento si no hubiera confiado plenamente en esa persona.

Y si conocía a la tía de Martínez...

Lo que significaba que podía confiar en Martínez.

Se detuvo al lado del antiguo escritorio del señor Rizzoli. Su vieja máquina de escribir parecía extrañamente abandonada sin un papel en el carro. Con una carta a medio terminar. Siempre se estaba carteando con algún amigo o familiar

al que no había visto en años. El señor Rizzoli escribía cartas con la misma frecuencia con que la mayoría de la gente usaba el teléfono. Se sonrió al imaginárselo en Hawái. Quizá se divirtiera allí. El nombre de un complejo

turístico junto con un número de teléfono estaba anotado en el cuaderno de notas del escritorio, con el enérgico trazo de su letra. Probablemente para que Martínez contactara con él si surgía alguna emergencia.

Sólo para asegurarse de que Martínez estaba haciendo bien su trabajo, atravesó el salón para acercarse al acuario. Todo parecía en orden. Se volvió hacia el viejo y cómodo sofá. Por un instante, el impulso de tumbarse en él

para dormir hasta que su vida recuperara la normalidad resultó verdaderamente abrumador.

-No seas ridícula -se recriminó en un murmullo-. No vas a esconderte ahora -

se acercó decidida al macetero de orquídeas. No parecía que estuvieran marchitadas... por ahora. Al parecer Martínez estaba haciendo lo que su vecino

le había pedido.

Seguía sin entender por qué el señor Rizzoli se había marchado sin dejar nota ni recado alguno. Frunciendo el ceño, se volvió a tiempo de encontrarse frente a frente con un Martínez bien vestido y trajeado. De esmoquin.

-¿A dónde damos exactamente? -preguntó mientras avanzaba lentamente hacia ella-. Espero no desentonar con esta ropa -añadió, señalando su atuendo.

-Está... -se aclaró la garganta-... bien -apretó nerviosa su pequeño bolso de lentes, consciente de que el calificativo no era en absoluto el más adecuado-. Pedí que la limusina viniera un poco antes. Pensé que así el señor Rizzoli y yo... tendríamos más tiempo para cenar, pero... -apartó la mirada, intentando desterrar aquella imagen de Martínez en esmoquin. Si ya le había parecido guapo con traje de calle, en aquel momento estaba sencillamente devastador. Sí, esa era la palabra. El esmoquin le sentaba como un guante-.

Podemos ir directamente a la sala de exposiciones, donde tendrá lugar la subasta benéfica -respondió al fin, recordando su pregunta.

-Suena interesante.

Piper se dio cuenta de que, por primera vez en su vida, se sentía

completamente abrumada por el aspecto y la presencia de un hombre. Tenía que

dominarse. Cosas así no podían sucederle a ella. Era demasiado lógica, demasiado profesional. No tenía tiempo para esa clase de distracciones.

De alguna manera tenía que convencer a Dave de que aquel nuevo cámara no era el adecuado, de que no funcionarían bien juntos. No estaba dispuesta a arrojar años de trabajo duro por la borda por perder la cabeza por un tipo como Martínez. No sabía nada sobre él. Dave ni siquiera le había dicho de dónde era, sólo que estaba relacionado de alguna manera con el director de la cadena.

Apenas aquella misma mañana se había enterado de que no era de Atlanta.

De repente la asaltó un pensamiento inquietante: quizá Martínez había calculado que la mejor manera de asegurarse un puesto en la cadena era precisamente relacionándose con ella. Piper tenía una reputación intachable. Lo último que necesitaba era que un tipo como aquél fuera por ahí diciendo que se

había acostado con ella.

No permitiría que ocurriera algo semejante. Jamás volvería a entregar su futuro o su corazón a ningún hombre. Esa lección ya la había aprendido. Había visto a su madre venirse abajo. Su padre llevaba varios meses desaparecido cuando su tío se presentó un día para comunicarles que había muerto en una misión secreta, en un lugar del que Piper nunca había oído hablar. La carrera profesional de su padre siempre había sido su máxima prioridad. Había amado y

muerto por su gobierno, dejando abandonadas a una esposa y a una hija. Lucas, en cambio, siempre había estado a su lado. Piper se sentía tan agradecida hacia su tío como resentida por el egoísmo de su padre.

Pero todo eso pertenecía al pasado. Hacía mucho tiempo que lo había asimilado para mirar hacia adelante. Aun así, las cicatrices la prevenían, a

ella y a su madre, de volver a confiar en alguien. Miró al hombre que le ofrecía el brazo para acompañarla a la limusina. No cambiaría ahora. Especialmente ahora.

¿Por qué habría de entregar su corazón a ningún hombre? Y con su trabajo sucedía lo mismo. No estaba dispuesta a entregar su carrera a nadie que no fuera su agente, al que pagaba muy bien para que defendiera sus intereses.

-Para tu información, Martínez... -dijo mientras abría la puerta-... las orquídeas del señor Rizzoli no son unas simples flores: para él son como sus hijas. Será mejor que se las cuides bien -le advirtió.

-No te preocupes, querida -repuso con una sonrisa irónica-. He heredado la buena mano de mi tía para las plantas.

Cuando salieron del apartamento, Ric elevó su nivel de alerta. Salir a aquellas horas siempre entrañaba un peligro. Aunque Piper no lo sabía, Raine sería su chófer aquella noche. Utilizar otro era demasiado arriesgado. Dejó que uno de los agentes del FBI se encargara de inspeccionar el terreno antes de avanzar por el sendero de entrada, hacia la limusina, sin despegarse en ningún momento de ella. El otro aguardaba en el coche, dispuesto a seguirlos.

No le pasó desapercibido el suspiro que soltó Piper nada más subir al vehículo. Pensó que todo aquello tenía que resultarle singularmente duro. Por lo que había averiguado hasta el momento, tanto a partir de los informes como de

su observación personal, la señorita Piper Ryan tenía un carácter muy independiente. Desde que salió de la casa familiar para empezar su propia vida, ni una sola vez acudió a su madre en busca de ayuda. Verse obligada a admitir

que necesitaba que alguien la protegiera tenía que haber sido un duro golpe.

Mientras se acomodaba en el asiento, la falda del vestido se le deslizó hacia arriba y Ric por poco perdió su capacidad racional. Rápidamente desvió la

mirada. Era el momento menos indicado para concentrarse en aquellas piernas largas y bien torneadas, o en aquellos firmes senos que se adivinaban bajo su vestido ajustado. Tampoco se dejaría distraer por su delicado y sensual moño, que le dejaba la nuca al descubierto...

Cuando se cerró la puerta, la mirada de Ric se cruzó por un instante con la de

Raine en el espejo retrovisor. Se maldijo para sus adentros. No estaba dispuesto a hacer un ridículo profesional. La vida de Piper dependía de que hiciera bien su trabajo. Tenía que concentrarse únicamente en su misión.

-Tomaremos una ruta alternativa -anunció Raine en su papel de chófer.

Ric volvió a ponerse alerta.

-¿Problemas? -conocía la respuesta.

Lo normal era que se hubieran dirigido directamente a la sala de exposiciones, sin rodeos.

Apoyando un brazo en el respaldo del asiento, se volvió para echar un vistazo al Sedán oscuro que los seguía.

-Un inesperado retraso debido al tráfico, señor. Nada de importancia.

Los seguían. Ric miró nuevamente hacia atrás, con la mayor discreción posible. Un coche los estaba siguiendo por el carril derecho. Piper parecía preocupada.

-Estarán de obras en la carretera -dijo Ric en un intento por despejar el brillo de ansiedad que veía en sus ojos-. No hay motivo para preocuparse -añadió.

Sabía que era demasiado inteligente para no adivinar que algo extraño estaba sucediendo-. ¿Te apetece champán? -echó mano de la botella que estaba enfriándose en un cubo de hielo.

-Sí, gracias -murmuró mientras desviaba la vista para mirar a través de los

cristales tintados.

Ric se encontró una vez más con la mirada de Raine en el espejo retrovisor y sirvió una copa. Aquella mirada era un mal presagio. Ni Piper ni él podían arriesgarse a bajar de la limusina con un vehículo sin identificar tan cerca. Se imponía una maniobra de despiste. Miró a Piper rezando para que no se enfureciera, con aquella expresión que parecía reclamar una respuesta a todo lo que estaba pasando... o más bien estaba a punto de pasar. Lo último que necesitaba en aquel momento era discutir con una mujer furiosa, sobre todo con

una tan terca y tan sagaz como Piper Ryan. Y descubrirle su verdadera identidad en aquellas circunstancias sería un error colosal, porque a partir de aquel momento se desentendería de él...

Raine dio un repentino volantazo a la derecha. A Ric por poco se le derramó el champán. El chirrido de neumáticos del coche del FBI le indicó que habían hecho un movimiento táctico para bloquear el paso a su perseguidor. Piper apuró su copa, la dejó a un lado y se volvió para ver lo que sucedía, pero Raine fue más rápido.

Antes de que ella pudiera entender algo de lo que estaba pasando, Raine detuvo la limusina en la misma puerta de la sala de exposiciones y bajó para abrirle la puerta. Fue algo visto y no visto. Ric, a su vez, barrió la zona con la mirada y la ayudó a bajar.

-Me quedaré aquí, señor.

Ric asintió con la cabeza y acompañó a Piper escaleras arriba, por el portal del edificio. En el instante en que entraron en el vasto salón, soltó un hondo suspiro de alivio. Aquellos tipos del SUS se estaban arriesgando cada vez más.

No tenían intención de abandonar. Seguirían insistiendo, esperando una

oportunidad para acercarse lo suficiente y asesinar a un nuevo periodista. Miró a la mujer que iba a su lado y sintió una punzada de indignada furia. Antes tendrían que pasar por encima de su cadáver. Porque no tenía intención de ponérselo fácil.

Capítulo 3

Ric barrió el salón con la mirada una vez más, alerta a cualquier movimiento brusco. Se habría sentido mil veces mejor si Piper se hubiera quedado tranquilamente en su apartamento. Era obvio que estaba las veinticuatro horas del día bajo vigilancia tanto de los buenos como de los malos.

El agente Townsend había podido leer a medias el número de matrícula del coche que los había estado siguiendo. En aquel momento, una hora después, lo único que Ric sabía era que podía proceder de dos vehículos de la zona de Atlanta. Uno pertenecía a una anciana que se hallaba ausente de la ciudad, vehículo incluido, y otro había sido robado a primera hora de la tarde. Hacía apenas unos minutos que lo habían encontrado abandonado. El ladrón lo había utilizado para seguirle el rastro a Piper antes de evaporarse en el aire.

Por supuesto, no encontrarían ninguna huella. La gente del SUS era demasiado inteligente para cometer un error tan simple. Buscó a Piper con la mirada. Se había relajado completamente, o había fingido relajarse, desde que entraron en la gran sala de exposiciones, atestada de gente. Se movía en aquel ambiente tan selecto con una gracia y una confianza en sí misma que no pudo menos de admirarlo. Lo había presentado solamente por su nombre de pila, sin mencionar que era su cámara, evitando preguntas molestas. Y sorteando la curiosidad de numerosos invitados, sobre todo invitadas.

Durante la última hora Ric había recibido más tarjetas de mujeres con números de teléfono particulares de los que podía recordar. Estudió la acuarela de un artista local valorada en un precio de salida de varios miles de dólares.

Aquella era la primera subasta silenciosa a la que asistía. A un lado se levantaba un atril donde los asistentes podían consultar las pujas de cada cuadro y elevarlas, si así lo deseaban, apuntando su nombre y una cantidad al lado.

Personalmente, Ric no le veía el atractivo a aquella obra en particular, pero tampoco era un gran aficionado a la pintura. Durante su infancia, lo más parecido a una obra de arte que había visto eran los grafitis y pintadas de su humilde barrio, demasiado peligroso para que alguien equivocara sus pasos y acabara perdiéndose en él.

Una rubia alta y esbelta se acercó en aquel instante y Ric se volvió hacia ella con una sonrisa. Estaba seguro de que había llegado con el nuevo y brillante sheriff de Fulton County. En las presentes circunstancias, no le apetecía nada que se pusiera a flirtear con él. Entre otras razones, porque sabía que al sheriff no iba

a gustarle nada. -

-Una gran obra -comentó la mujer, contemplando la acuarela-. ¿Ha hecho ya su puja? -bebió un sorbo de vino y se humedeció lentamente los labios con la punta de la lengua, antes de acercarse un poco más-. El artista que la pintó falleció hace poco. Estoy seguro de que las pujas subirán mucho, muchísimo...

-En realidad -explicó Ric, sosteniéndole la mirada-, no ha sido el interés por el arte lo que me ha traído aquí.

La rubia esbozó una sonrisa felina, sensual.

-Estaba segura de ello -le tendió la mano-. Me llamo Sally Carter. Me encargo del programa Atlanta vive para Canal Nueve. Y tengo entendido que usted es Ric Martínez. Hace tiempo que quería sacar la cara oculta de Piper Ryan, su lado íntimo -alzó la barbilla y le susurró al oído-: Me encantaría entrevistarle para la sección de crónicas sociales de mi programa. La audiencia se lo comería vivo.

“Y tú también”, pensó Ric. Retrocedió un paso, poniendo cierta distancia entre ellos. Así que aquella especie de barracuda hembra pretendía ensuciar la reputación de Piper... Vio que sacaba una tarjeta de su bolso.

-Llámeme cuando tenga un rato libre, señor Martínez -lo miró de pies a cabeza, esbozando una sonrisa de aprobación-. Me encantaría tener un cara a cara con usted.

Antes de darle tiempo a responder, la mujer se giró en redondo para alejarse

hacia el otro extremo de la sala. Sacudiendo la cabeza, Ric se guardó la tarjeta en el bolsillo interior de la chaqueta.

-¿Qué te ha dicho?

La brusca pregunta lo hizo volverse. Allí estaba Piper, hirviendo de rabia.

¿Serían celos lo que estaba viendo brillar en aquellos maravillosos ojos azules?

A él así se lo parecía...

-Me dijo que quería acostarse conmigo -respondió con tono inocente.

-¿De veras? -preguntó, abriendo mucho los ojos.

Ric encogió los hombros con indiferencia, sonriendo.

-Sí, pero primero quería saber si me había acostado contigo y cómo había sido la cosa.

Piper se lo quedó mirando con la boca abierta antes de estallar, indignada:

-Esa maldita zo....

-No te preocupes -alzó una mano para interrumpirla-, la he puesto en su sitio

-se inclinó para susurrarle al oído-: Le dije que no nos habíamos acostado...

todavía.

Le gustó su expresión de estupor. Hasta que se dio cuenta de que se estaba burlando.

-Estás mintiendo.

-Me temo que sí -admitió, deslizando un dedo por el borde de su copa. De repente se preguntó cómo sería acariciar aquellas mejillas suyas de seda... Por un instante bajó la mirada a sus labios-. No le dije nada semejante. Pero ella me entregó su tarjeta y me pidió que la llamara para que tuviéramos un cara a cara.

Esa fue la expresión que utilizó.

-Esa mujer es peligrosa. Le encanta destrozar la reputación de la gente.

Mantente alejado de ella, Martínez. No es una buena persona.

-No te preocupes, querida. Tiraré su tarjeta a la basura, con las demás. No tengo ninguna intención de llamar a nadie.

-¿Las demás, has dicho? ¿Quieres decir que todas esas mujeres con las que has estado charlando te han pasado sus números de teléfono?

-Todas no -le divertía que lo hubiera estado vigilando. O, más exactamente, le complacía, y mucho-. Pero la mayoría sí.

Piper alzó los ojos al cielo y soltó un bufido de impaciencia.

-Lo sabía. Ya le dije a Dave que esto no funcionaría -apuró su copa y se la entregó-. Tenía razón. Así que las mujeres se han pasado toda la velada acosándote... Muy bien. Discúlpame -le espetó antes de girar sobre sus talones

y alejarse a toda prisa.

Ric se apresuró a dejar las copas en la bandeja que llevaba un camarero y la siguió. La vio entrar en un pasillo mal iluminado y desaparecer por la primera puerta a la izquierda, posiblemente un lavabo. Decidió esperarla. Al fin y al cabo, tendría que salir en algún momento. Cruzándose de brazos, se apoyó contra la pared. Cuando saliera, le exigiría una explicación. Se sonrió. Aquello iba a ser pero que muy entretenido...

Al recordar su estallido de furia, supuso que una rabieta semejante tendría más que ver con las apariencias y con el sentido de la propiedad que con cualquier otra cosa. Sencillamente no le habría parecido apropiado que su acompañante, su pareja formal en la velada, hubiera aceptado o recibido tarjetas de otras invitadas. Pero resultaba agradable imaginarse que podía haber habido

algo más detrás de aquella actitud. Y que por tanto la altiva señorita Piper Ryan había empezado a verlo como un hombre, y no como un simple “colaborador”.

Inmediatamente desterró aquel pensamiento. Aquello era una misión y nada más. Piper era un sujeto amenazado y él su protector, su guardaespaldas. Su misión era mantenerla a salvo. Ésa era su prioridad.

Piper soltó otro profundo suspiro y se miró en el espejo enmarcado del lavabo en el que acababa de entrar. Era una imbécil redomada. ¿Cómo podía tener celos de Martínez?

Innegablemente estaba increíble con aquel esmoquin. Y desnudo también.

Pero se suponía que no tenía que fijarse en aquellas cosas. En el pasado, había evitado a conciencia a los hombres guapos y atractivos. Daban problemas. Eso era lo que le decía siempre su madre, y la propia Piper sabía que era verdad. Su padre había sido un hombre extraordinariamente guapo. Y hasta la última de sus

amigas había tenido alguna mala experiencia con un hombre de esas características.

Cuadró los hombros. Ella no sería una conquista más en la larga lista de Martínez. Pero... ¿y si era tan amable y cariñoso como guapo y sexy? Su decidida expresión se marchitó un tanto. Durante la entrevista de aquel día, había conquistado a la gente de Hope Place. Había sintonizado, conectado con ellos a

un nivel inalcanzable para Piper. Y en la velada de la subasta benéfica también se había sentido a sus anchas, en el elemento donde ella había nacido y se había criado. Había demostrado tener un gran talento para la conversación cortés e inteligente. Había desplegado aquella sonrisa que tanto atraía a las mujeres. ¡Y

aceptado incluso sus tarjetas de presentación, teléfonos incluidos!

Piper cerró los ojos con fuerza, añorando a Jones. No le gustaba sentirse tan confusa, y Ric Martínez la confundía. De alguna manera tenía que conseguir bloquear el efecto que ejercía sobre ella. Una semana y seis días. Ese era el tiempo que le quedaba de estar con él. ¿Podría ignorarlo durante tanto tiempo?

Para entonces Jones regresaría, y lo mismo el señor Rizzoli. Y su vida volvería a la normalidad. Lo único que tenía que hacer era mantener sus emociones bajo control.

Contó hasta diez, con los ojos todavía cerrados. Tenía que volver allí y enfrentarse con Martínez... y con los demás.

-Hola, Piper -susurró una voz inequívocamente masculina.

Un brazo se cerró al instante en torno a su cuello. Piper abrió los ojos. Las luces se apagaron. El lavabo quedó sumido en la oscuridad más absoluta.

Unos dedos como garfios de acero le taparon la boca antes de que pudiera

chillar.

-No grites.

Piper se esforzó por identificar la voz. ¿La habría oído aquella noche? ¿Se trataría de alguien conocido? El corazón le latía acelerado. No. No lo conocía.

No era un amigo, ni un conocido.

Lo había enviado la gente del SUS. Iba a morir. Había llegado su turno. La imagen de los tres periodistas muertos relampagueó en su mente. Ella sería la cuarta víctima. Debería haber hecho caso a su tío...

-Alguien va a morir esta noche, pero no serás tú -le aseguró la voz, como si le hubiera leído el pensamiento-. Todavía tienes tiempo, Piper. Tiempo para defender nuestra causa y corregir parte del daño que nos han hecho los tuyos.

Clavó instintivamente los dedos en el brazo que la estaba ahogando. Un gemido de dolor resonó en la sala a oscuras. El gemido había brotado de su garganta. Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas. Piper no lloraba nunca. Ni siquiera lloró cuando su tío le comunicó la muerte de su padre. Pero ahora era diferente. No quería morir.

-Controlamos tus movimientos. Esa gente que te protege cree que lo está haciendo bien, pero como puedes observar... -le apretó aún más el cuello-...

sigues estando a nuestra merced. Podríamos matarte, al igual que hicimos con los otros tres, en cualquier momento. Ahora mismo, si así lo quisiéramos...

Dejó de estrangularla. El aire entró en sus pulmones abrasados. Necesitaba toser, pero la mano seguía sin retirarse de su boca, acallándola.

-Qué alivio poder respirar otra vez, ¿verdad? Entérate de esto, Piper Ryan.

Morirás a tu debido tiempo, en la ocasión adecuada -rió en voz baja, amenazante-. Nadie podrá protegerte de nosotros. Nadie podrá salvarte. Nadie.

La sangre se le congeló en las venas. El impulso de gritar, de luchar, fue abrumador. Pero antes de que pudiera hacer algo parecido, la mano pasó a presionarle la garganta, justamente en la carótida. ¡Necesitaba escapar!

Dejó de pensar cuando se desmayó, dejándose caer contra su agresor.

Ric miró su reloj una vez más. Siete minutos enteros habían pasado desde que Piper desapareció detrás de aquella puerta. Siete minutos era demasiado tiempo. ¿Y qué había pasado con la otra mujer, con la rubia que había entrado al lavabo cinco minutos antes? Llamó decidido.

-Piper, ¿estás bien?

Le daba igual interrumpirla, si acaso estaba hablando con la otra mujer. Tenía que asegurarse de que estaba a salvo.

No respondía. Frunciendo el ceño, repasó sus opciones. Llamar otra vez o abrir la puerta y averiguar por sí mismo lo que estaba sucediendo. Tenía una mano apoyada en la puerta cuando algo llamó su atención. Por la rendija no se veía luz alguna, como si la habitación estuviera completamente a oscuras.

Maldijo entre dientes.

Sacó su arma e intentó entrar. La puerta estaba cerrada. La adrenalina se disparó por sus venas. La golpeó con el hombro una, dos veces, hasta que la derribó. El lavabo estaba sumido en la más completa oscuridad. No se oía nada.

Pulsó el interruptor con la mano izquierda. Parpadeó varias veces, cegado instantáneamente por la luz.

Empuñando la pistola con ambas manos, revisó la gran sala con sus lujosos

lavabos y cubículos. Fue avanzando lentamente, aguzando los oídos, hasta que vio a Piper tirada en el suelo. El miedo le cerró la garganta. Alerta a cualquier movimiento que pudiera producirse, se arrodilló a su lado e intentó sentarla. La sostuvo con un brazo, oyéndola quejarse con una especie de sollozo ahogado.

-¿Estás bien? -le preguntó, mirándola atentamente a la busca de cualquier herida. Estaba despeinada, colorada, pero no parecía haber sufrido un daño grave-. ¿Qué ha pasado? -insistió al ver que no contestaba de inmediato.

¿Dónde diablos estaría la rubia? ¿Sería ella la responsable de la agresión? La furia corrió como un torrente por sus venas. Debería haber revisado bien el lavabo antes de dejarla entrar. Pero ella no le había dado oportunidad de hacerlo.

-Él... él... -Piper se llevó una mano a la garganta-... me hizo algo en el cuello y me desmayé -le brillaban los ojos de miedo-. ¿Lo has visto? ¿Dónde está?

Antes de que Ric pudiera detenerla, intentó incorporarse.

-¿Estás segura de que era un hombre? -mientras la ayudaba a levantarse, pensó en la posibilidad de que la rubia que había visto entrar en los lavabos fuera un hombre disfrazado.

-Era un hombre -insistió Piper con voz ronca-. Llevaba un pasamontañas de lana. Sentí el tejido contra la mejilla -ahora que se había recuperado un tanto, el miedo estaba cediendo en favor de la furia.

-No te muevas -le ordenó Ric. Nadie había salido de los lavabos.

Necesariamente la rubia, o el hombre disfrazado, tenían que seguir allí. Empezó a abrir cada puerta, preparado para disparar al menor movimiento.

Pero los cubículos estaban vacíos.

-Estuvo aquí -declaró Piper-. Apagó la luz e intentó estrangularme. No me lo he imaginado.

-Ni yo lo dudo -la miró, todavía preocupado de que hubiera sufrido una lesión seria, pero imperceptible a primera vista-. ¿No viste a la mujer? -alzó la mirada y la fijó en los grandes azulejos del techo, justo encima de los lavabos.

En la esquina del fondo había uno ligeramente fuera de lugar, como si lo hubieran movido.

-¿Qué mujer?

Ignorando su pregunta, sacó su móvil y marcó el número especial de Townsend.

-Estamos en el lavabo de señoras del corredor.

No esperó la respuesta del agente y colgó.

-¿De dónde diablos has sacado esa pistola? -le espetó Piper, como si sólo en aquel momento acabara de descubrirla.

-Allí de donde yo vengo, el riesgo y el peligro están a la orden del día - contestó en español.

Piper se lo quedó mirando durante unos segundos antes de responder.

-Lo entiendo -repuso en el mismo idioma.

Su respuesta lo sorprendió. Lo entendía. ¿Cómo podía saber que había tenido que aprender a sobrevivir, y a protegerse solo, desde que era un crío? Que había tenido que evitar todo riesgo innecesario con tal de seguir vivo. Los chicos más listos y avisados, como su hermano y él, habían aprendido a defenderse por sí

mismos, con cualquier medio a su alcance.

-Pégate a esa pared de allí -le ordenó, rompiendo el tenso silencio. Le indicó el fondo de la habitación-. Townsend está en camino.

-¿Qué vas a hacer? -inquirió mientras obedecía rápidamente.

Ric se subió al mostrador de mármol que corría todo a lo largo de los lavabos y empujó el gran azulejo del techo que había visto suelto, sin encajar del todo. Asomó la cabeza dentro y vio una pequeña polea sujeta a una viga de acero, a varios metros de altura. Había acertado en sus sospechas.

-¿Por ahí fue por donde entró?

-Eso parece. Y al parecer fueron dos.

-No lo entiendo -se llevó de nuevo la mano a la garganta-. Yo no oí a nadie más. Ese tipo me estaba agarrando del cuello cuando las luces se apagaron.

¿Cómo pudo apagar el interruptor de la puerta y reunirse de nuevo conmigo tan rápidamente?

-Una mujer entró un par de minutos después que tú.

-¿Qué mujer? -lo miró confundida.

-La mujer que apagó la luz -señaló la puerta-. La misma que probablemente te estuvo vigilando durante toda la velada y que avisó al tipo de que te dirigías hacia aquí para que pudiera prepararse.

-Pero no había nadie aquí cuando entré.

-Estaría escondido dentro de alguno de estos cubículos, esperando el

momento adecuado para salir a escena -volvió a guardarse el arma en la cintura

del pantalón.

-Esto es una locura. Ni siquiera puedo ir al baño sin que... -se tambaleó de pronto, como si fuera a desmayarse.

Ric se apresuró a sujetarla. Piper no protestó. Incluso se abrazó a su cintura.

Townsend entró en aquel momento en la habitación, con el arma levantada, seguido de su compañero.

-¿Qué ha pasado?

-La señorita Ryan ha sido atacada. Eran dos, un hombre y una mujer. Yo vi a la mujer, pero a él no lo vimos ninguno de los dos. La cara al menos.

Green, el compañero de Townsend, se subió al mostrador para explorar la abertura del azulejo.

-¿Seguro que estás bien? -murmuró Ric al oído de Piper-. ¿No te hizo daño?

Negó con la cabeza, apretando la mejilla contra su pecho.

-Simplemente me dio un susto de muerte, eso es todo.

-¿Qué fue lo que dijo? -quiso saber Townsend.

Ric lo fulminó con la mirada. Todavía estaba temblando, estremecida. Ese tipo de preguntas podían esperar.

Pero Piper decidió responder:

-Me dijo que nadie podría protegerme de ellos, y que... moriría cuando me

llegara el momento.

Empezó a temblar de nuevo. Ric volvió a abrazarla.

-Yo no dejaré que eso suceda -le aseguró en voz baja-. Le prometí a Dave que cuidaría de ti.

-También me dijo... -se apartó para poder mirarlo a los ojos-... que hasta ahora no habían intentado matarme en serio. Que querían que los federales creyeran que me estaban protegiendo bien. Que todo esto no ha sido más que un

juego... -sacudió la cabeza-. Van a matarme, Martínez, sólo que no esta noche.

Antes de que Ric pudiera prometerle de nuevo que eso no ocurriría jamás, el terror se dibujó en sus ojos mientras se volvía hacia Townsend:

-Ese tipo me dijo que alguien moriría esta noche, pero que no sería yo.

¡Avisen a quien haga falta, rápido!

El otro agente, que se había metido en la abertura, saltó al mostrador.

-Han usado este agujero para salir al servicio de caballeros, al otro lado del pasillo. Habrán escapado de allí con toda tranquilidad mientras nosotros estábamos aquí, investigando...

-¿Dónde están los otros dos periodistas esta noche? -preguntó Ric a

Townsend, temiendo ya que fuera demasiado tarde.

El agente marcó de inmediato un número en su móvil.

-Me gustaría irme a casa.

Ric miró a la mujer que todavía sostenía en sus brazos. El miedo había dejado sus secuelas. Tenía el presentimiento de que Piper Ryan jamás se había sentido

tan vulnerable. Parecía extremadamente frágil, como si fuera a romperse en cualquier momento...

-Nos iremos ahora mismo -pronunció con tono tranquilo antes de dirigirse nuevamente a Townsend-. ¿Hay alguna razón por la que no podamos salir de aquí en seguida?

El agente federal negó con la cabeza.

-No veo ninguna necesidad de quedarnos. Llamaré a la policía para pedirles un dibujante por un par de horas. Necesitamos un boceto y una descripción completa de la mujer. Pero primero tenemos que asegurarnos de que Weaver y

Sorrel se encuentran bien.

Piper yacía en la cama, aturdida y completamente exhausta. Se llevó una mano al cuello. Aquel tipo podía haberla matado aquella noche, pero no lo había hecho. Cerró los ojos y contuvo las lágrimas. No volvería a llorar.

Querían asustarla, obligarla a esconderse. Pero ella no se escondería. Al día siguiente estaría de vuelta en las calles, informando como siempre. Al diablo con aquellos canallas. No cedería. El terrorismo y la violencia se alimentaban del miedo. Ceder era perder la partida.

Se incorporó para sentarse en el borde de la cama. Se pasó los dedos por el pelo mientras revivía el episodio de aquella noche. Debería haberse resistido, forcejeado. En lugar de ello, se había quedado paralizada de terror. Apretó los dientes. Eso no volvería a suceder. La próxima vez lucharía. No se resignaría a jugar el papel de víctima. Mordería, soltaría patadas, gritaría con toda la fuerza de sus pulmones.

El teléfono sonó en aquel momento, sobresaltándola. Piper aspiró profundamente.

¿Cómo podía prepararse para luchar cuando el inesperado timbre del

teléfono la inquietaba de esa manera? No sonó dos veces: Martínez debía de haberlo contestado. Había insistido en quedarse a pasar la noche en su apartamento... en el sofá, por supuesto. En aquel momento se había sentido demasiado alterada para discutir, con él. Se preguntó si el dibujante de la policía seguiría trabajando aún.

Oyó unos pequeños golpes en la puerta, seguidos de la voz del propio Martínez:

-Piper, tenemos que hablar.

Se dispuso a decir algo, pero antes tuvo que aclararse la garganta. Aún seguía asustada.

-Adelante.

Ya sin la chaqueta de esmoquin, entró en la habitación y se sentó a su lado, en la cama. Llevaba abierta la camisa almidonada, revelando parte de su pecho

bronceado. Piper se sintió repentinamente desnuda. Aunque llevaba un discreto

camisón, él estaba en su dormitorio, sentado en su cama. Cuando fijó su mirada

en ella, una oleada de calor la recorrió por dentro, empeorando aún más las cosas.

-El dibujante ya se ha ido. Pero la llamada era de Townsend -dijo Martínez en voz baja, y añadió con tono vacilante-: Edgar Sorrel ha muerto.

El periodista de Savannah. Recordó las palabras del hombre del

pasamontañas: "alguien va a morir esta noche, pero no serás tú". Se le encogió el estómago. La oleada de calor que había sentido antes se vio sustituida por un helado escalofrío. Las lágrimas le quemaban los ojos. Edgar Sorrel dejaba

esposa y dos hijos.

-Townsend piensa que deberías plantearte entrar en el programa de protección del FBI esta misma noche. Ahora mismo.

Sorrel se había trasladado a una casa de seguridad. Y aun así lo habían matado. Se encontró con la mirada preocupada de Martínez. Incluso su nuevo cámara temía por ella. Se humedeció los labios con la lengua y lo miró fijamente a los ojos, para que no albergara la menor duda acerca de lo que iba a decirle.

-Dile a Townsend que ni hablar.

Sólo había una manera de detener a un loco. Y la próxima vez estaría preparada. El siguiente canalla que se le acercara se convertiría, él mismo, en la próxima víctima.

Capítulo 4

-Piper Ryan -sujetó el teléfono entre la mejilla y el hombro mientras navegaba por Internet en busca de alguna información sobre el SUS. Según el FBI, cada vez que cerraban una página web del SUS, surgía otra nueva. No dejaba de ser sorprendente la tenacidad de aquellos grupos a la hora de defender sus respectivas causas.

Frunció el ceño cuando no oyó a nadie al otro lado de la línea. Dejó de teclear. Quienquiera que la hubiera llamado, se había quedado callado.

-¿Diga? -pronunció en medio de aquel extraño, casi fantasmal, silencio. No era una falta completa de sonido. Era como si el autor de aquella llamada estuviera esperando, callado-. ¿Diga? -repitió entre irritada e inquieta.

-¿Tienes miedo, Piper? -era la misma voz masculina de su sobrecogedor encuentro de la noche anterior, en el servicio de señoras.

El punzante miedo que había experimentado menos de doce horas antes le

recorrió la espalda hasta reventarle en el pecho. Instintivamente se llevó una mano al pañuelo que se había puesto en el cuello para esconder las

magulladuras. Era el mismo hombre que había tenido su vida en sus manos durante unos pocos pero interminables segundos. Uno de aquellos enigmas sin cara y sin nombre que se auto titulaban Soldados de la Unión Soberana. Y que

habían matado a Edgar Sorrel una hora después de haberla aterrorizado a ella.

-Vete al diablo -le espetó, apretando con fuerza el auricular.

Estaba roja de cólera. Ya se disponía a colgar cuando el hombre habló de nuevo:

-Tenemos más cosas en común de lo que crees, Piper. Mucho más de lo que

podrías imaginar nunca -rió entre dientes. Era una risa siniestra, ominosa-. Pero te prometo que te enterarás de todo antes de morir. Me pregunto si nos suplicarás que te perdonemos la vida, como hizo Sorrel. Una manera tan patética de morir...

-soltó una carcajada-. Pero bueno, la mayor parte de los periodistas sois criaturas muy patéticas, ¿verdad? Alardeáis con mucha valentía de vuestras opiniones cuando estáis delante de una cámara, pero en la vida real en seguida os venís abajo.

Como cuando su mirada había tropezado con el cañón de aquella pistola, pensó Piper. Colgó el teléfono con rapidez. El corazón le latía acelerado,

dolorosamente. Aspiró y espiró profundamente varias veces en un intento por dominarse. No se dejaría arrastrar por el pánico. Querían que tuviera miedo, y definitivamente lo tenía. Pero no se rendiría. Sorrel lo había hecho. Se había escondido por miedo y aun así ahora estaba muerto. No les daría aquella satisfacción a esos maníacos.

Recuperó la compostura y se obligó nuevamente a concentrarse en la

pantalla. Tenía trabajo que hacer.

Necesitaba un arma. Aquel repentino pensamiento le hizo aminorar la velocidad con que sus dedos se movían por el teclado.

Martínez tenía un arma.

Pensó en Ric Martínez, su cámara provisional. Ahora comprendía por qué había conectado tan bien con la gente de Hope Place. Obviamente había pasado

parte o toda su juventud en un ambiente similar. Pero Piper había visto una faceta distinta de su persona en la subasta de arte. Tenía una buena educación y encajaba de manera innegable en aquellos círculos. Como resultado, le resultaba difícil etiquetarlo. Era más duro, más confiado, más creído y más prepotente que cualquier otro hombre que hubiera conocido. Normalmente aquellos atributos tan masculinos le habrían repelido... pero había algo en él que neutralizaba aquel efecto.

Una deliciosa oleada de calor sustituyó al escalofrío provocado por la llamada anterior. La imagen de Martínez desnudo, apenas cubierto con una breve

toalla, le aceleró el pulso. Quizá Dave tuviera razón. Quizá hubiera en él algo más de lo que se podía ver por fuera. La siguiente imagen que asaltó su mente fue la de Martínez de esmoquin...

-Ya, y quizá tú has perdido la cabeza -rezongó antes de volver a concentrarse en la pantalla de ordenador.

Un grupo terrorista estaba intentando matarla y ella se dedicaba a fantasear con un hombre con quien no tenía intención alguna de relacionarse. Y al que dejaría de ver en unos pocos días. Jones terminaría su trabajo como cámara provisional y todo volvería a la normalidad.

El teléfono sonó de nuevo y Piper dio un respingo. ¿Cómo podría volver a

llevar una vida normal si cada vez que sonaba el teléfono de la oficina se moría del susto? Intentando dominarse, se apresuró a descolgarlo.

Como al principio de la vez anterior, sólo escuchó un tenso, profundo silencio.

-Mira, si no tienes nada interesante que decirme, deja de llamarme de una vez -iba a tener que hablar con la operadora de la cadena para que le filtrara las llamadas. Estaba a punto de colgar cuando una voz se lo impidió.

-Espere. Tengo algo que decirle. Aquella no era la voz de su agresor.

-Usted dirá.

-Ha tenido la valentía de venir aquí para dar una mala imagen de Hope Place

-por la voz parecía un joven, con el habla y la entonación característicos de las barriadas de las afueras-. Pero nosotros hacemos lo que podemos para sobrevivir.

Algo de lo que usted no tiene ni la más remota idea.

-En eso tiene razón. No lo comprendo -buscó lápiz y bolígrafo-. ¿Me está sugiriendo que le gustaría darnos nuestro punto de vista, señor...?

Pero el interlocutor no reveló su nombre.

-Quizá -contestó al fin, aparentemente dispuesto a aceptar su desafío.

Con el bolígrafo en la mano, Piper se preparó para tomar nota.

-Mi lema es que el público tiene derecho a conocer las dos versiones de cualquier historia -intentó convencerlo-. Déme su nombre y una cita para que nos veamos. Me encantará escucharlo -lo apuntó rápidamente todo-. Muy bien, señor Taylor. Allí estaré.

La adrenalina corría por sus venas ante la perspectiva del encuentro. ¿Qué querría decirle aquel hombre?

-Pero nada de polis. No apareceré si veo a alguno.

-Nada de policía -le aseguró ella-. Quiero que se sienta perfectamente cómodo para hablar de lo que quiera, señor Taylor.

Y sin añadir otra palabra, el joven dio por terminada la llamada. Piper colgó a su vez el auricular y se lo quedó mirando por unos segundos. Experimentó una

punzada de temor al reflexionar sobre la promesa que acababa de hacer. En el pasado no se habría pensado dos veces lo de acudir sola, con Jones. Siempre hacía todo lo necesario... para conseguir una historia. Pero los terroristas, al atentar contra su vida, habían intentado arrebatarse dos cosas preciosas, inherentes a su ser: confianza y seguridad.

Y casi lo habían logrado.

-Al diablo con el SUS -masculló, furiosa. Tenía un trabajo que hacer y estaba decidida a seguir adelante. Martínez tenía un arma. Y quizá ella se consiguiera una propia. Tenía los contactos necesarios para ahorrarse los trámites legales.

Barrió con la mirada la sala de prensa hasta que encontró a Martínez. En aquel momento estaba ocupado con su equipo.

Lo único que tenía que hacer era convencerlo de que aprobara su plan.

Porque nada podría hacer sin su cámara.

-Aquí tiene su café, señorita Ryan.

Piper alzó la vista al joven sonriente que le ofrecía la taza. El nuevo secretario. ¿Cómo se llamaba? Kyle... Kevin... no, Keith.

-Gracias, Keith.

-Si necesita algo más, avísame -y se marchó tras lanzarle una última sonrisa.

Recordó que ella misma había empezado así. Había hecho de todo, desde servirle el café a Dave hasta recoger su ropa para llevarla a la tintorería. Frunció el ceño. ¿Se había mostrado tan amable y entusiasta como Keith cuando se vio

obligada a hacer todas esas cosas? Sí. Había sonreído como él. Se había sentido tan contenta de entrar a formar parte del equipo que no le había importado realizar cualquier tarea, por ingrata o poco brillante que fuera.

Volvió a concentrarse en el problema que tenía entre manos. Su mirada buscó a Martínez una vez más. Si sus poderes de persuasión no se habían enmohecido,

lo ganaría para su causa particular.

-¿Es que has perdido el juicio? -Ric la fulminó con la mirada-. Mierda - exclamó en español, sacudiendo la cabeza ante lo absurdo de su propuesta.

Había subestimado claramente a la dama. No sólo era una mujer independiente,

sino además temeraria-. ¿Crees que te voy a llevar a ese lugar para que te compres clandestinamente un arma?

-Baja la voz -le espetó y miró a su alrededor, asegurándose de que nadie los estaba escuchando-. No quiero que nadie más se entere de esto. Ni siquiera Dave.

-No hay nada de lo que enterarse, puesto que no vamos a ir a ninguna parte sin Townsend ni Green. Y menos aún a esa casa de empeños que has sugerido. Si

quieres un arma, solicita tu licencia y cómpratela como todo el mundo en este país en el que, por cierto, ya hay demasiadas.

-Maldita sea, Martínez, no puedo esperar, no tengo tiempo. Necesito

protección ahora - se le acercó aún más. Tenía el rostro a unos centímetros del suyo, nariz contra nariz-. No quiero esconderme de esa gente, pero tampoco soy

tonta. Necesito algo para defenderme.

Hablaba en serio. Aquella niña rica y mimada tenía intención de asumir el control de su seguridad personal como si fuera una profesional del ramo. ¿Por qué aquello no lo sorprendía?

Yo tengo un arma, querida -le recordó-. Y la usaré si alguna vez la necesito para protegerte.

Piper alzó los ojos al cielo.

-Muy bien, Martínez, ¿pero qué pasará por las noches, cuando esté acostada?

¿Quién me protegerá entonces si alguno de esos maníacos se cuele en mi apartamento?

-Oh, yo no tendría ningún problema en dormir contigo, querida -sonrió malicioso-, si así te sintieras más segura.

Piper puso una cara de ofendida incredulidad.

-Pon los pies en la tierra, Martínez. No me acostaría contigo por nada del mundo -y desvió la vista con aparente indiferencia, cruzándose de brazos.

Pero no apartó la mirada lo suficientemente rápido como para que Ric no detectara un curioso brillo en sus ojos azules. La idea de acostarse con él se le había pasado por la cabeza, y muy seriamente. Estaba seguro. Amplió su sonrisa, esa vez de satisfacción.

Mientras la miraba detenidamente, la sangre se le escapó del cerebro para concentrarse en otras zonas. Aunque llevaba la ropa formal y discreta de costumbre, estaba lo suficientemente cerca como para percibir sus

vibraciones: esa esencia tan deliciosamente femenina a la que era tan sensible. Y su maravilloso perfume no contribuía a amortiguar el efecto, sino todo lo contrario.

Inclinándose hacia ella, murmuró:

-No te preocupes, querida. No pienso dejar que te suceda nada.

Piper se apartó y lo miró directamente a los ojos.

-¿Y por qué habrías de hacerlo, Martínez? Ni siquiera me conoces -se pasó

una mano por su sedosa melena-. Por supuesto, supongo que no te convendría dejar que la periodista estrella de la cadena terminara herida o algo peor, estando a su lado. Imagino que tu tío o quienquiera que sea tu padrino en la cadena se sentiría muy decepcionado.

-Mi primo -la corrigió, representando su falso papel como pariente del director de la cadena-. Pero tienes razón. No se pondría muy contento. Y yo tampoco -le dio unos golpecitos en la nariz con un dedo, resistiendo el impulso

de delinearle de paso el contorno de los labios-. Además, Jones probablemente me mataría si algo malo te sucediera durante su ausencia.

Vio que su expresión se iluminaba ante la mención de su colaborador. Ric

deseó de repente haber sido él y no Jones el inspirador de aquella mirada, pero desechó al instante aquel estúpido pensamiento.

Piper no significaba para él más que una cosa: su misión. Su primera misión

importante para la Agencia Colby. Además, Piper Ryan terminaría liada con alguno de esos tipos que habían asistido a la gala benéfica de la noche anterior.

Cualquier atracción que pudieran sentir el uno por el otro en aquellas circunstancias era puramente física... y definitivamente nada recomendable. Al menos si Ric quería conservar la vida, porque Lucas Camp lo asesinaría si

llegaba a enterarse de que estaba mirando a su sobrina de manera... equivocada.

-Armada o no, no quiero que ni Townsend ni Green me estropeen la entrevista que tengo preparada con el tal señor Taylor, así que... ¿qué es lo que me sugieres, compañero?

¿Compañero? Estaba lanzando la pelota a su tejado. Su sugerencia de que asistieran a aquella entrevista sin los sabuesos del FBI no podía ser más imprudente.

-No te preocupes, querida. Ya se me ocurrirá algo.

Martínez conducía lentamente la furgoneta hacia el lugar de la cita.

Townsend y Green se habían situado en su puesto cuarenta y cinco minutos antes, siguiendo sus instrucciones. Esperaba que ese maldito encuentro no se prolongara demasiado. No le gustaba correr riesgos de ese tipo, pero tenía la sensación de que si no hubiera aceptado ayudarla, Piper se habría salido con la suya de todas formas.

Hope Place le recordaba su antiguo barrio.

Casas en ruinas, calles problemáticas y niños corriendo y jugando al béisbol tan despreocupadamente como si estuvieran en Disneylandia, y no en un lugar donde sonaban tiros a diario.

-Ése debe de ser -dijo Piper, señalando un joven blanco que había salido de un callejón y estaba tranquilamente apoyado en la pared de un edificio, desierto.

Ric aparcó al lado. El chico llevaba unos vaqueros rotos, botas de cuero y cadenas colgando por todas partes. El color del pañuelo que llevaba al cuello lo señalaba como miembro de la banda que gobernaba aquella zona, la misma de la

que Piper había informado en sus dos últimos reportajes sobre aquel barrio de Atlanta. Mientras Ric lo observaba, el joven dio una larga calada a su cigarrillo y tiró el resto. Durante unos tres segundos, en medio de una nube de humo, le sostuvo la mirada.

-Tengo un mal presentimiento -murmuró Ric, sin apartar los ojos del chico.

Lo había visto en su cara. Aquello no presagiaba nada bueno-. Creo que deberíamos marcharnos ahora mismo. Townsend y Green no están lo bastante cerca para ayudarnos si el asunto se pone feo...

Pero Piper se volvió hacia él con una expresión de férrea determinación:

-Quiero escuchar lo que tiene que decirme ese tipo, Martínez. ¿Entendido?

Así que no me des problemas. Tú límitate a hacer tu trabajo y tu primo y yo nos quedaremos contentos.

Ric se dijo que iba a arrepentirse de aquello. Tenía un mal presentimiento, y ésa era una capacidad que había desarrollado durante su infancia en uno de aquellos barrios del sur de Chicago. La agarró del brazo al ver que se disponía a bajar.

-Yo iré primero. Y nada de discusiones. No salgas hasta que yo te abra la puerta.

Piper se lo quedó mirando, pero al final optó por no discutir:

-De acuerdo.

Ric abrió la puerta y bajó de la furgoneta. Rápidamente se escondió la pistola bajo el faldón de la camisa y barrió la zona con la mirada. Sólo entonces rodeó el vehículo y abrió la puerta corredera para sacar su equipo.

Townsend estaba apostado en un apartamento perteneciente a uno de los antiguos entrevistados de Piper, que vivía justamente al otro lado de la calle.

Green se hallaba al final de la calle, en un coche. Ambos vigilaban todos y cada uno de sus movimientos, pero... ¿sería suficiente?

Raine también estaba al tanto. Nunca divulgaba sus planes a no ser que tuviera verdadera necesidad de hacerlo. Pero estaba cerca, eso seguro. Y no aparecería mientras no sugiera una emergencia.

Ric recogió la cámara y se volvió hacia el joven, que esperaba a unos metros de allí.

-¿Tú eres Taylor?

-Sí -respondió el chico y escupió al suelo, como si la palabra le hubiera dejado un amargo sabor de boca.

-¿Estás solo? -inquirió mientras estudiaba su lenguaje corporal, sus más pequeños gestos.

Necesitaba asegurarse de que estaba diciendo la verdad.

-Desde luego, pero a ti no tengo nada que decirte, amigo.

Estaba mintiendo. La adrenalina empezó a fluir como un torrente por sus venas. Había advertido la incomodidad de Taylor, su sutil cambio de postura. El sonido de un portazo desvió su atención hacia Piper. Había bajado de la furgoneta y se dirigía hacia el joven. Ric maldijo para sus adentros. Le había dicho que no se moviera hasta que él no le abriera la puerta.

-Hola, señor Taylor, soy Piper Ryan -le tendió la mano mientras sujetaba el micrófono con la izquierda-. Me alegro de que haya querido compartir su versión de los hechos con WYBN Televisión.

Ric no tuvo más remedio que levantar su cámara y empezar a rodar la entrevista. Entrevista que Piper manejó con habilidad, llevándolo a donde ella quería llevarlo. En ningún momento Taylor fue consciente de ello. Pese a su irritación, Ric no pudo evitar una sonrisa. Aquella mujer conocía bien su trabajo.

Era una fuera de serie.

De repente el joven, alarmado, señaló un coche al final de la calle.

-Hey, usted me dijo que no habría polis...

Ric miró hacia allí. Green debía de haber asomado la cara. Justo lo que necesitaban. Piper intentó calmar la situación asegurándole que no pasaba nada, pero su táctica no tenía visos de funcionar. Así que bajó la cámara y le dijo, tenso:

-Vámonos de aquí.

Ella lo ignoró.

-Señor Taylor, me gustaría que continuáramos. Esta entrevista podría explicar muchas cosas sobre...

-Me has mentado, zorra.

Ric soltó la cámara y puso a Piper fuera del alcance del joven justo a tiempo.

Antes de que pudiera meterla en la furgoneta, tres amigos de Taylor salieron de un edificio en ruinas. Uno recogió la cámara, que había caído al suelo, mientras que los otros dos, junto con el propio Taylor, se encararon con Ric.

-Sube a la furgoneta y cierra bien las puertas y las ventanillas -le ordenó a

Piper por encima del hombro, esperando que obedeciera aunque sólo fuera por esa vez.

-Pero...

-¡Hazlo!

Ric oyó el portazo, seguido del click de las cerraduras de seguridad.

-Muy bien, Townsend -masculló para sí mismo-. Te estoy esperando. Ya

tardas.

Piper buscó frenéticamente la pistola que solía llevar Jones en la furgoneta.

No podía dejarlo en la estacada. Parecía que ni Townsend ni Green iban a llegar a tiempo. No tardó en escuchar los primeros ruidos de la pelea.

-Oh, Dios mío... -sacó el gato de hierro que Jones guardaba detrás del asiento del conductor, abrió la puerta corredera y bajó de la furgoneta. Sin pensárselo dos veces, golpeó a uno de los atacantes en la espalda con todas sus fuerzas.

-¡Sube a la maldita furgoneta! -gritó Martínez antes de recibir un fuerte codazo en el estómago.

Estaba aterrada, pero en lugar de paralizarla, el miedo le infundía nuevas fuerzas. Golpeó a ciegas a otro de los atacantes de Martínez, acertándole en un hombro. El chico cayó redondo al suelo, gritando de dolor.

Townsend apareció de pronto en medio de la calle, apartándola de la pelea. Y

Green se encargó de meterla de nuevo en la furgoneta.

-Déme eso -le quitó el gato de las manos, cerró la puerta y se volvió para hacerse cargo de otro miembro de la banda, que acababa de aparecer de repente.

Martínez lanzó un gancho de derecha, derribando al último que quedaba en pie. Sólo entonces salió Piper del vehículo para correr hacia él. Esbozó una mueca al ver el labio partido y el moratón de la mejilla.

-Sube a la maldita furgoneta, Ryan.

Intimidada por su mirada glacial, obedeció.

Martínez no dijo una sola palabra durante el trayecto de regreso a su apartamento. Al parecer estaba demasiado furioso para hacerlo. Pero ella

también, se dijo Piper, apretando los labios y cruzando los brazos. Había dejado caer la cámara al suelo y uno de aquellos gamberros se la había llevado.

-¿Sabes? El seguro de la cadena nos proporcionará una cámara, pero la entrevista está perdida -su irritación crecía por momentos, según iba hablando-.

Necesitaba esa cinta de vídeo y tú la perdiste.

Martínez aparcó la furgoneta y se volvió hacia ella:

-¿Quieres que me ponga a llorar por ello?

-Bueno, pues deberías -recogió su bolso y abrió la puerta-. Al fin y cabo, se trata de tu trabajo.

Echó a andar por el sendero de entrada. Townsend ya estaba en el portal, vigilando los alrededores. Estaba colérica. Su vida era un desastre. Si los del SUS no hubieran amenazado con matarla, Green no habría asomado la cabeza, Martínez no habría soltado la cámara y perdido la cinta de vídeo... y al final no le habrían golpeado. Se le hizo un nudo en la garganta al recordar la escena de la pelea. Martínez estaba herido y la culpa era de ella. Y lo que más la irritaba no eran los remordimientos que sentía... sino otros sentimientos que no lograba identificar.

Subió las escaleras del portal, seguida de Martínez. ¿Y, para colmo, tendría que aguantarlo como vecino? Maldijo para sus adentros. No deseaba más que alejarse de él y de aquella absurda reacción que le suscitaba.

Townsend salió de su apartamento para indicarle que todo estaba en orden y que podía entrar. Que podía entrar... ¡en su propia casa! Detestaba vivir así.

Detestaba que un puñado de locos hubieran hecho eso con su vida. Aquel último

acceso de humillación acabó de una vez por todas con sus últimos restos de sentido común.

-¿Sabes una cosa? -se giró hacia Martínez, sabiendo que estaba justo detrás de ella-. Jones jamás habría perdido su cámara.

El duelo de miradas se prolongó durante unos segundos hasta que, incapaz de soportarlo más, se metió en su apartamento. El portazo que oyó a su espalda

le indicó que Martínez la había seguido.

Piper se volvió una vez más hacia él y lanzó despreocupadamente su bolso sobre la silla más cercana.

-Sal de mi apartamento, Martínez. No tengo nada más que decirte.

Si el brillo de sus ojos era un indicio de cólera, él también había perdido todo control de sí mismo. Piper sintió una punzada de aprensión. El corte del labio y el moratón de la mejilla le daban un aspecto aún más fiero.

-Te he dicho que te vayas -repitió con menos convicción.

Ric desvió la mirada, suspirando.

-No seas pendeja.

-¿Qué me has dicho? -exigió, irritada. Aunque hablaba bastante bien el español, no había entendido bien aquel comentario. ¿La habría llamado

estúpida? Fuera lo que fuera, estaba segura de que no había sido un término muy halagador.

Se acercó hacia ella, con las manos en las caderas.

-Te he dicho que no seas estúpida, Piper Ryan. Acabas de arriesgar tu vida y

la mía por una maldita historia de la que nadie se habría acordado de aquí a dos semanas.

Toda su rabia se evaporó de repente, como si alguien la hubiera apuñalado y se le hubiera escapado por la herida abierta. Se apresuró a desviar la mirada, dolida.

-No sabes lo que estás diciendo.

La respuesta de Martínez no pudo sorprenderla más:

-Tienes razón -se pasó una mano por el pelo, despeinándose-. Eso ha estado fuera de lugar. Sé lo mucho que tu trabajo significa para ti.

Piper suspiró profundamente y cerró los ojos. Había sido un día muy largo.

En aquel momento, ninguno de los dos estaba pensando con un mínimo de coherencia.

-Lo que te he dicho yo también ha estado fuera de lugar, supongo -intentó explicarle lo que sentía, pero no pudo. Al final dejó caer los brazos a los lados y admitió la verdad-: Me asusté mucho, Martínez. Realmente temí que fueran a matarte.

Ric se quedó de piedra. ¿Por qué aquel reconocimiento había sonado tan... personal?

-¿Estabas preocupada por mí? -extendió una mano para acariciarle una mejilla con un dedo. La sonrisa que iluminó su rostro tuvo un efecto hipnótico.

Esbozó una mueca de dolor al mover el labio partido-. Puedo cuidar de mí mismo. Pero me sorprendiste cuando blandiste aquel gato...

Piper se puso colorada. ¿De verdad había hecho eso?

-Y fue una suerte -se frotó la mejilla dolorida-. Las cosas habrían terminado bastante peor si no hubieras intervenido. Hiciste bien, Ryan, a pesar de que debiste haberte quedado dentro de la furgoneta. _

-Nunca me han gustado las órdenes -pronunció, contrita.

-Eso ya lo he notado.

Sus miradas se encontraron una vez más. El deseo que veía brillar en sus ojos la hacía temblar por dentro.

-Tú, eh... -se aclaró la garganta y lo intentó de nuevo-... necesitas ponerte un poco de hielo ahí -le señaló la mejilla, temerosa y a la vez ansiosa de tocarlo. El corazón se le subía a la garganta sólo de imaginar la sensación de su piel bajo los dedos.

Ric le capturó la mano y se la acercó al rostro, como si le hubiera leído el pensamiento. Tenía la piel exquisitamente suave y cálida... Acto seguido la tomó de la cintura, atrayéndola hacia sí. Y hundió los dedos de su mano libre en su sedosa melena.

-Sé que me voy a arrepentir de esto...

Antes de que ella pudiera protestar, la besó. Sus labios eran firmes y ardientes, a la vez que maravillosamente tiernos, delicados. Piper tuvo la sensación de que el corazón se le detenía mientras deslizaba las manos por su camisa, por su cuello, hasta alcanzar el pelo corto e hirsuto. Su cuerpo parecía derretirse por momentos, apretándose contra aquellos contornos duros,

masculinos. Una explosión de necesidad, de puro deseo, la asoló por dentro.

Ric le delineó los labios con la punta de la lengua y ella los abrió todavía más, deleitada. La sensación de aquella parte de su ser en su interior acabó con las pocas inhibiciones que pudieran quedarle. Se puso de puntillas y, cuando profundizó el beso, lo oyó gruñir de placer. El amargo sabor de la sangre le recordó su labio herido, pero ni aun así se apartó. No podía.

El teléfono sonó en aquel preciso instante. Ric se dispuso a apartarse pero ella se lo impidió, ávida de su contacto, de prolongar aquellas caricias. Deslizó a su vez la lengua en el interior de su boca, privándolo de todo pensamiento racional. La alzó en vilo, acorralándola contra la pared. Sus manos empezaron a moverse por todo su cuerpo, tocando, explorando, tentando, excitando. Mientras

tanto, a su vez, las manos de Piper encontraron los botones de su camisa. Quería saborear aquella piel tan maravillosa.

El contestador automático se activó en el momento en que logró tocar la piel desnuda de su pecho. Ric soltó otro gruñido, apretándola con fuerza contra sí. La sensación de su excitación presionada contra su vientre la hacía estremecerse, debilitándola por dentro.

-Piper, soy Lucas. Tenemos que hablar ahora mismo -pronunció la voz del mensaje, resonando en la habitación.

Ric dejó entonces de besarla. Apartándose instantáneamente, retrocedió un paso. Piper parpadeó varias veces, asombrada. Su cuerpo entero protestaba a gritos por aquella interrupción.

-Tengo que irme -dijo él, con la voz todavía ronca de deseo. La necesidad nublaba su mirada, pero aún así se giró en redondo.

Antes de que ella pudiera pronunciar una palabra, se marchó.

La primera reacción fue de humillación. Se dijo que era una estúpida redomada. Había besado a Martínez como una ninfómana en abstinencia, y él se

había largado tranquilamente, como si nada hubiera sucedido. La segunda reacción fue de ira. Tal vez hubiera bajado la guardia por esa ocasión, pero eso no volvería a suceder. De hecho, si ella podía hacer algo al respecto, Martínez se vería a sí mismo trabajando con otro periodista... lo antes posible.

Capítulo 5

-Esto no está funcionando -Piper se encontraba de pie frente a su jefe, mirándolo con las manos en las caderas y la expresión más dura que había podido adoptar. Prefería seguir así a sentarse, en un evidente intento por intimidarlo. Intento que, mal que le pesara, sabía que estaba condenado al fracaso.

Recostado en su cómodo sillón, Dave la miró durante unos segundos antes de hablar. Piper detestaba que hiciera eso. Era un indicio seguro de que no tenía la menor idea de lo que iba a decirle, y menos aún de cómo manejar la situación.

Con mucha frecuencia, indicaba además que no iba a hacer absolutamente nada para resolver el problema, aparte de negar su existencia.

-Personalmente -pronunció al fin-, no veo dónde está el problema. Parece que Martínez está haciendo un buen trabajo.

-Pero abandonó su cámara. Y con la cinta.

Dave arqueó una ceja.

-Pero para salvarte a ti el pellejo, según tengo entendido.

Soltando un resoplido de impaciencia, Piper se dejó caer en la silla más cercana.

-Sabes tan bien como yo que la historia es siempre lo primero. Los buenos periodistas se arriesgan todo el tiempo. Esa cita con Taylor no fue distinta.

Estamos en el negocio de las noticias, no en el de los héroes.

Dave se inclinó hacia delante, apoyándose en la mesa y sosteniéndole la mirada.

-Piper, llevo treinta años en este negocio y eso yo lo sé mejor que nadie.

Pero... -se quedó en silencio, buscando un efecto dramático para sus palabras-...

mi perspectiva sobre el tema ha cambiado recientemente. A veces creo que quizá

hacemos demasiados sacrificios en nombre de las noticias y para mantener informada a la gente. Y quizá la gente no necesite saber algunas de las cosas que les mostramos.

Piper no podía dar crédito a lo que estaba oyendo. Dave Sullenger, el gran periodista que le había enseñado todo lo que sabía, se estaba ablandando. Algo

no encajaba. Estaba segura de ello.

-¿Qué diablos está pasando, Dave? -inquirió, desconfiada-. ¿Ha estado hablando Lucas contigo?

-Pues sí -admitió, suspirando. Antes de que Piper pudiera protestar por la injusticia de una intromisión de su tío, Dave pulsó el botón del

intercomunicador-. Keith, tráenos dos cafés, ¿quieres?

Un instantáneo “sí, señor” reverberó a través del aparato. Y Dave volvió a fijar su solemne mirada en Piper.

-Mira, sé que no es justo, pero estoy de acuerdo con tu tío -alzó una mano

para adelantarse a sus protestas-. No es seguro que sigas andando por ahí, en las calles. Así que voy a pedirte una vez más que te tomes unas vacaciones hasta que todo esto haya terminado.

-Ni hablar -parpadeó varias veces para contener las lágrimas que le anegaban

los ojos. Se negaba a llorar-. Admito que todo este asunto del SUS me está poniendo muy nerviosa, porque no sé de dónde vienen los golpes. Pero no estoy

dispuesta a rendirme. Me lo he pensado mucho, Dave, y no me echaré atrás.

¿Qué ganó Sorrel con esconderse de ellos?

Keith entró en aquel momento con las dos tazas de café. Primero sirvió a su jefe y después se volvió hacia Piper.

-Se lo he traído con leche, como a usted le gusta, señorita Ryan -sonrió como si aquella sencilla tarea le proporcionara un inmenso placer.

-Gracias, Keith -tomó la taza y bebió un sorbo. Necesitaba algo, cualquier cosa, para tranquilizar los nervios. Y una pequeña dosis de cafeína no le haría daño, teniendo en cuenta las pocas horas que había dormido aquella noche.

Cuando el secretario se hubo retirado, Dave continuó:

-Muy bien, Piper, no insistiré más -bebió a su vez un sorbo y se quedó pensativo-. Llevo esperando tres días a contarte algo con la esperanza de que cambiaras de idea, pero como no piensas hacerlo, no veo razón para ocultártelo

por más tiempo.

Piper casi se atragantó con el café.

-¿De qué se trata?

-Supongo que sabes que hace tres días el presidente de la nación creó su propia unidad de combate contra el terrorismo en este país.

-Por supuesto que lo sé. Precisamente yo preparé la noticia poco después del

anuncio oficial.

-Han elegido al senador Rominski, de Georgia, como responsable de la organización. Piper asintió. La noticia no era nueva. Había sido anunciada más de una semana atrás.

-El senador visitará Atlanta la semana que viene para coordinarse con las autoridades locales.

Piper se irguió, expectante.

-¿Tenemos a alguien dentro para cubrir la noticia?

-Mejor que eso. El senador ha aceptado que lo entrevistemos para nuestra cadena. Y ha pedido que la entrevistadora seas tú.

-¿Qué? -dejó la taza sobre la mesa-. ¿Me ha pedido... a mí?

-El senador dice que dado que fuiste invitada a la rueda de prensa clandestina del SUS, por fuerza tenías que estar también ahí. Pero yo todavía no he dado el visto bueno.

-Espero que no se te haya pasado por la cabeza negarme esta oportunidad -le advirtió Piper. Aunque quería mucho a su tío Lucas, detestaba que interfiriera en su carrera profesional. En el pasado, Dave jamás habría vacilado a la hora de asignarle una entrevista semejante.

-La entrevista tendrá lugar en un estudio, bajo estrictas condiciones de seguridad. Pero existe el riesgo de que el SUS atente contra ti, e incluso quizá también contra el senador. Piénsalo bien, Piper. ¿Estás segura de que quieres hacerlo?

-Sabes de sobra que sí.

Dave asintió, sonriendo levemente.

-Lo imaginaba. Dado que todo está dispuesto, sólo una cosa más. Todavía no puedo hacerte promesas, pero es muy posible que alguna de las grandes cadenas

nos compre la entrevista.

-¿Una gran cadena? ¿A nivel nacional?

-Sí. Hay muchas posibilidades.

Piper apuró el resto de su café. Ese día iba a necesitar de toda la cafeína que pudiera asimilar. Tenía que documentarse muy bien sobre la nueva unidad antiterrorista. Y estaba decidida a hacer una entrevista memorable.

-¡Señorita Ryan! -Keith irrumpió en el despacho justo cuando Piper se disponía a marcharse. Parecía entusiasmado.

-¿Qué pasa?

-He recibido esta llamada para usted -le entregó un largo mensaje-. Era una mujer. Le pedí que esperara para pasársela, pero me dijo que no podía e insistió en que tomara el recado.

Piper frunció el ceño cuando leyó la palabra “SUS” en el texto del mensaje.

-Es la madre de un miembro del SUS. Quiere hablar con usted. Está muy preocupada por su hijo -Keith señaló una dirección en la nota-. Aquí es donde vive. Al parecer está dispuesta a hablar y a contar su historia a la prensa para evitar ese sufrimiento a otras madres.

Un torrente de adrenalina empezó a circular por las venas de Piper. Aquella podía ser la noticia del siglo.

-¿Dónde está Martínez?

-Está examinando la localización con los agentes del FBI y comprobando que

es segura.

-¡Vaya! Como si él tuviera algo que ver en esto... -masculló.

-Piper. Haz caso a Martínez -le ordenó Dave-. Él sólo tiene en mente tu seguridad.

Se mordió la lengua para no ilustrarle acerca de lo que había tenido en mente

la noche anterior. O del beso del que llevaba intentando en vano olvidarse durante toda la mañana. O del sabor, del contacto de sus labios contra los suyos... Apenas había podido pegar ojo en toda la noche mientras revivía aquellos instantes.

Pero no podía pensar en eso ahora. Por nada del mundo se permitiría que algo semejante volviera a ocurrir. Ella era una profesional. Martínez era su cámara. En una semana Jones estaría de vuelta y Martínez sería asignado a otro

periodista. No estaba dispuesta a arriesgar su puesto en la cadena, o su reputación, por una noche de sexo con un tipo así.

De manera automática su mente conjuró la imagen de su cuerpo esbelto, moreno, moviéndose contra el suyo. Apretó los dientes, obligándose a desterrar

aquella fantasía. Definitivamente no daría ese paso. Nada de besos, ni de tocamientos. A partir de ese momento su relación sería estrictamente profesional.

Lo que había sucedido la noche anterior no volvería a repetirse.

Por mucho que su traicionero cuerpo así lo quisiera...

-Me temo que no la estoy entendiendo bien, señora Olsen -dijo Piper, interrumpiendo el largo monólogo de la mujer.

Ric permanecía de pie muy cerca del sofá donde se hallaba sentada Piper. La mujer había insistido en que la entrevista no fuera grabada en vídeo. Se había

mostrado tan firme que Ric había vuelto a guardar la cámara en la camioneta para que se sintiera más cómoda. La entrevista había tomado un giro inesperado.

Nada de lo que les estaba diciendo tenía que ver con el recado que había dejado por teléfono.

-Usted no lo entiende, señorita Ryan -insistió la mujer-. Nosotros queremos que este país sea lo que siempre habría debido ser... lo que todavía puede ser.

A Ric no le pasó desapercibida la expresión mezclada de sorpresa y disgusto que se dibujó en el rostro de Piper. Todo aquello había sido una completa pérdida de tiempo. Townsend y Green habían revisado bien el lugar. Allí no había nadie

excepto la propia señora Olsen. Y sin embargo, Ric tenía un mal presentimiento.

No podía sacudirse la sensación de que habían caído en una trampa.

-Pero cuando llamó a la cadena, usted dijo que estaba preocupada por su hijo.

-Y estoy preocupada -mantuvo la señora Olsen, con las manos entrelazadas en el regazo-. Pero mis temores se dirigen a esos detestables periodistas -un brillo de maldad iluminó por un instante sus ojos grises-. Ellos hablan de mi hijo como si fuera un criminal, cuando lo único que hace es defender sus ideas -ladeó la cabeza y la miró de una manera extraña, como si fuera una demente-: A usted

no se le ocurrirá decir nada malo sobre mi hijo, ¿verdad?

Ric se dispuso a intervenir si llegaba a producirse alguna escena de violencia. Pero Piper puso una mano sobre las de la mujer, en un gesto de confianza y consuelo.

-Tiene mi palabra de que no diré nada falso ni mentiroso acerca de su hijo.

Yo sólo intento comprender sus motivaciones, así como las del resto de sus compañeros. Y de momento no las entiendo, porque... ¿qué es lo que pretenden conseguir matando a gente inocente?

Piper esbozó una mueca. Y Ric se tensó, sobre todo cuando vio que la expresión de dolor de la señora Olsen se profundizaba. Pero la mujer continuó hablando:

-Tenemos planes, señorita Ryan. Planes que la incluyen a usted. Habíamos confiado en que usted y los demás seleccionados contemplaran con simpatía nuestra causa, pero no lo han hecho...

-Yo informé de lo que vi y oí, así como de los actos que observé de primera mano -explicó Piper, eligiendo cuidadosamente sus palabras-. El SUS parece decidido a eliminar a cualquiera que no vea las cosas desde su punto de vista.

¿Dónde ha quedado la libertad que dicen defender, señora Olsen? En este país se supone que somos libres y que elegimos nuestras creencias, nuestras opiniones.

Pero aquellos que apoyan al SUS querrían arrebatarnos la libertad al resto.

¿Acaso es eso democrático?

La señora Olsen se limitó a sonreír pacientemente.

-Pero nos darían tanto a cambio... Acabarían con la pobreza. ¿Cuándo fue la última vez que no ha tenido nada que llevarse a la boca, señorita Ryan? Este país se ha perdido a sí mismo por acoger a demasiados extranjeros. ¿Por qué los refugiados de otros países reciben comida y medicinas cuando buena parte de los nacidos aquí carecen de todo lo necesario? Es hora de que los ciudadanos puros

de este país tengan lo que les corresponde, lo que se merecen.

-Por “ciudadanos puros”, supongo que usted se referirá a los ciudadanos de

sus mismas creencias, ¿verdad? -quiso saber Ric.

La señora Olsen lo miró de reojo, despreciativa.

-Por supuesto, querido. ¿Qué se había pensado?

Ric ignoró aquel desaire. Aquella mujer no era la primera persona fanática e intolerante con la que se encontraba, ni sería la última.

-Yo creo que... -Piper iba a decir algo, pero de pronto se puso pálida. Se levantó bruscamente-. Perdona, ¿puedo usar el servicio?

-Claro que sí -la señora Olsen le señaló el pasillo, detrás de ella.

Piper se dirigió apresurada hacia allí. Ric resistió el impulso de seguirla para asegurarse de que se encontraba bien. Dudaba sin embargo que ella le agradeciera el gesto. Tal vez esa mañana había comido algo que le había sentado mal, porque de camino hacia allí no habían probado bocado.

La señora Olsen lanzó otra de sus desaprobadoras miradas a Ric, pero éste la ignoró. Se removió, incómodo, evocando el episodio de los lavabos en el hotel

de la gala benéfica.

Afortunadamente, Piper apareció justo cuando ya había decidido ir a buscarla.

-Muchas gracias por el tiempo que nos ha dedicado -pronunció, todavía muy pálida, tendiéndole la mano.

La otra mujer se puso en pie y, tras una corta vacilación, se la estrechó. Pero en lugar de retirarla, se la retuvo mientras añadía con tono de advertencia:

-No sea estúpida, señorita Ryan. Abraza nuestra causa y quizá el Señor tenga

piedad de usted.

-No se trata de lo que yo crea o deje de creer -insistió Piper-. Yo informo sólo de lo que veo y lo que oigo. Es la audiencia quien debe formarse una opinión.

Para su sorpresa, la señora Olsen la atrajo hacia sí y la abrazó.

-Que Dios la perdone, hija, por no conocer su verdadero destino.

Fue Ric quien la libró de aquel incómodo abrazo.

-Vamos.

Piper no se resistió mientras se dejaba empujar suavemente hacia la puerta.

Ric lo tenía claro: aquella mujer estaba loca y no pensaba permanecer allí ni un segundo más.

-Espera -le pidió de pronto ella, deteniéndose, y se volvió hacia la señora-:

¿Cuál es mi verdadero destino?

-Déjalo, Piper... -insistió Ric.

La mujer sonrió, con un extraño brillo de odio y júbilo en la mirada.

-Usted será el instrumento de nuestro poder y nuestro compromiso.

Piper sacudió la cabeza, entre confundida y temerosa.

-Vámonos -le dijo Ric al oído-. No necesitamos escuchar más.

Piper se dispuso a decir algo, pero de repente se puso lívida. Aspiró profundamente y se llevó una mano al estómago. Sin previo aviso, se dobló sobre sí misma y soltó un grito de dolor.

-¿Qué pasa? -sobresaltado, se arrodilló junto a ella.

Soltó otro grito.

-No... lo... sé... -respiraba a jadeos-. El dolor... -una mueca de angustia se dibujó en su rostro. Cerró con fuerza los ojos y se mordió el labio.

-Mierda -Ric se levantó como un resorte-. Tengo que llevarte al hospital.

-Hay un hospital privado muy cerca de aquí -le informó la señora Olsen con expresión preocupada-. En el segundo bloque de esta misma calle.

No se molestó en darle las gracias. Su mente rebobinaba una y otra vez el abrazo que le había dado aquella mujer. No podía haberle provocado ese efecto...

Cuando Piper se quejó de nuevo, la levantó en vilo. Acababa de salir al sendero de entrada cuando Townsend corrió hacia él.

-Abre la puerta de la furgoneta -le ordenó Ric.

-¿Qué ha pasado?

-No lo sé -la instaló en el asiento del pasajero y le abrochó el cinturón de seguridad. Vio que tenía el rostro bañado en lágrimas. Literalmente se estaba retorciendo de dolor-. Voy a llevarla al hospital que está en esta misma calle.

Townsend masculló un juramento.

-Te seguimos.

Después de lo que le pareció una eternidad, Ric frenó delante de la entrada de urgencias del hospital. Piper seguía agarrándose el estómago entre gemidos y sollozos. Cuando la levantó del asiento, soltó un grito desgarrado. Sabía que al moverla incrementaba su dolor, pero no tenía más remedio.

Corrió con ella en brazos hacia el mostrador de recepción.

-¡Necesito ayuda!

La enfermera se levantó para avisar al celador.

-¿Sabe usted lo que le pasa, señor? -le preguntó mientras se disponía a examinarla.

-No lo sé -se encogió de hombros, impotente-. Simplemente empezó a tener dolores y...

El celador aproximó una camilla y Ric la depositó cuidadosamente en ella.

Sin dejar de gritar, Piper se encogió en posición fetal. Ric estaba estupefacto. El pulso le atronaba con tanta fuerza en los oídos que apenas podía pensar en nada.

¿Qué diablos estaba sucediendo?

-Tranquilícese, señor. La cuidaremos bien -le aseguró el celador antes de llevársela.

-Tengo que acompañarla.

-Espere, señor -lo llamó la enfermera-. Necesito que me rellene la solicitud de ingreso...

Ric observó cómo Piper desaparecía al otro lado de las puertas dobles, desgarrado entre seguirla o cumplir con los trámites.

-Yo me haré cargo del papeleo -se ofreció Townsend, apareciendo a su lado-.

Vete tú con ella.

-De acuerdo. Su bolso está en la furgoneta -sin esperar la respuesta de la enfermera, echó a correr y abrió las puertas dobles a tiempo de ver la habitación donde la metían. Cuando entró, otra enfermera le estaba tomando las constantes

vitales.

-Lo siento, señor, pero tendrá que esperar en la sala.

El celador le indicó la puerta con un gesto de impaciencia, pero Ric lo fulminó con la mirada.

-Ni hablar.

-Muy bien -el hombre alzó las manos, nada deseoso de discutir-. Hable entonces con el doctor -y abandonó la habitación.

Ric se alegró de ello. Lo último que necesitaba en aquel momento era pelearse con nadie.

-¿Sabe si ha estado tomando algún medicamento contra la alergia? -le preguntó la enfermera mientras seguía examinando a Piper.

-No. Y tampoco tiene alergia alguna -Lucas había insistido en que se documentara bien sobre ella, de modo que incluso se había leído su historial médico-. ¿Se pondrá bien?

-Eso tendrá que decirlo el doctor -contestó, rotunda-. Lo único que puedo decirle es que tiene el pulso y la presión muy altos.

-Martínez.

Al escuchar aquella voz tan débil, Ric desvió inmediatamente la mirada hacia Piper.

-Te pondrás bien, querida, ya lo verás -le apartó delicadamente el cabello del rostro-. Aquí cuidarán muy bien de ti.

Cerró los ojos y soltó un gemido, presa de una nueva punzada de dolor.

-Esa mujer... -logró murmurar.

Se refería a la señora Olsen. Ric se acercó para que pudiera hablarle al oído.

-¿Te hizo daño? ¿Te hizo algo para que te pasara esto? -aunque le parecía algo tan absurdo como improbable, tenía que preguntárselo.

Piper negó con la cabeza.

-No. Estaba intentando decirnos algo. Manda a Townsend a... -se interrumpió, desgarrada de dolor.

A Ric se le encogió el corazón. Maldijo entre dientes. No podía quedarse de brazos cruzados...

-¿No puede darle nada para el dolor? -le preguntó a la enfermera, que seguía controlando sus constantes vitales.

-No hasta que la examine el médico -respondió, molesta.

Piper lo agarró de la manga, acercándolo hacia sí.

-Tienes que escucharme...

-No intentes hablar ahora, querida -la urgió-. Ya me lo dirás después.

Pero ella negó con la cabeza y se humedeció los labios como si estuviera sedienta.

-Creo que necesitas beber agua -comentó Ric, y a continuación clavó en la enfermera una mirada acusadora. ¿Qué diablos estaba haciendo ahí parada?

¡No estaba haciendo nada!

-El médico tiene que verla primero -repitió la mujer.

-Manda a Townsend -insistió Piper-. Dile que hable con ella.

-Lo haré -le aseguró. Él mismo tenía unas cuantas preguntas que hacerle a

aquella loca. Pero en aquel momento tenía que concentrarse absolutamente en Piper.

-Tiene que esperar fuera, señor -un hombre alto y enjuto, el doctor Petersen, según podía leerse en su placa, entró en la habitación y se detuvo a su lado con una carpeta en la mano-. Descuide, lo mantendré informado - añadió, sonriendo.

Ric asintió. No sabía qué más hacer. Nunca en toda su vida se había sentido tan inútil, tan impotente. Se quedó mirando a Piper por un momento antes de besarla en la frente. Sin mirar atrás, se giró en redondo y abandonó la habitación.

Se quedó de pie en el pasillo vacío, esforzándose por recuperar la

compostura. A través de la puerta cerrada, el sonido de sus gritos y gemidos seguía torturándolo. Cerró los ojos con fuerza e intentó desterrar la imagen de Piper sufriendo terriblemente, empapada en un sudor frío... Su intuición le decía que todo aquello estaba relacionado de algún modo con el SUS. Pero... ¿cómo?

Cuando se convenció de que las piernas no le fallarían, con los ojos todavía cerrados, apoyó la frente en la pared y repasó hasta el último minuto de aquel día. No recordaba nada fuera de lo normal que pudiera estar mínimamente relacionado con la súbita enfermedad de Piper.

-Señor Martínez.

Alzó la mirada para descubrir al médico, de pie frente a él.

-¿Sí? -inquirió, expectante.

-Mi primer diagnóstico es que se trata de un ataque de apendicitis aguda, pero hay que confirmarlo -detrás del doctor, el celador con quien antes había discutido Ric entró apresuradamente en la habitación-. Así que vamos a

hacerle

varios análisis y a tratarla con ultrasonidos.

La enfermera y el celador sacaron a Piper en la camilla y desaparecieron al fondo del pasillo.

-¿Se pondrá bien? -tenía que saberlo ahora. No podría resistir ni un minuto más con aquella incertidumbre.

-Estoy seguro de ello -esbozó una seca sonrisa-. Sólo tenemos que hacer un diagnóstico exacto y atenderla debidamente.

Ric asintió, demasiado conmovido para hablar.

-Cuando sepamos más, seguiré informándole.

Ric lo vio desaparecer por el mismo pasillo. Suponía que debería volver a la sala de espera y decírselo a Townsend, para llamar luego a la cadena. Y notificárselo también a Lucas, si Jack Raine no lo había hecho ya. Pero sus pies se negaban a funcionar, de modo que se quedó donde estaba, esperando. Rezando con toda la fuerza de su alma para que se pusiera bien.

Capítulo 6

En la sala de espera no había nadie excepto Ric. Townsend había vuelto a la casa de la señora Olsen con intención de interrogarla. Y el agente Green paseaba arriba y abajo en el portal de urgencias, encendiendo un cigarrillo tras otro.

Ric miró de nuevo su reloj: la una y veintidós minutos de la tarde. Dos horas

habían pasado ya desde su llegada. Tragó saliva. Nadie se había molestado en mantenerlo informado del estado de Piper. Cada vez que se había dirigido a la enfermera de recepción, había sido para escuchar la misma frase ensayada hasta

la saciedad: “tenga paciencia. Estoy segura de que pronto sabremos algo”.

Pero él no quería tener paciencia. Quería saber cómo se encontraba Piper en aquel preciso instante. El eco de sus gritos de dolor resonaba en su cabeza. No había podido hablar directamente ni con Dave ni con Lucas. Ambos saldrían disparados hacia allí en el instante en que recibieran los respectivos recados.

Inquieto y frustrado, se levantó. Caminó por el suelo enmoquetado, dando vueltas, reflexionando. No podía quedarse sentado ni un segundo más.

Frunciendo el ceño, miró las sillas que se alineaban contra una pared. Aquellas sillas vacías no hacían más que acentuar su sentimiento de desolación. Una galería de ventanas con las persianas cerradas daba a la calle. Había varias revistas sobre una mesa baja de madera.

Intentó pensar en lo que lo incomodaba de aquel lugar. No era algo que pudiera identificar con facilidad. Pero le transmitía una sensación tan extraña como persistente.

Miró a la enfermera que seguía sentada detrás del mostrador. Suponía que su turno no terminaría hasta las tres. ¿Por qué se hallaba tan desierto y solitario aquel pequeño hospital? Aunque, tratándose de un negocio privado y en un día laborable, quizá fuera normal una actividad tan escasa...

Hundió las manos en los bolsillos y giró el cuello varias veces para distender los músculos. Con los ojos cerrados, el recuerdo del cuerpo de Piper en sus brazos, del beso que compartieron... retornó con toda su fuerza, cautivando sus sentidos. Su aroma, el dulce sabor de sus labios. Sus tentativas caricias. Se humedeció los labios. Sabía mejor que nadie que no debería involucrarse personalmente en aquel caso. Y si lo había olvidado, la voz de Lucas Camp le

serviría de recordatorio.

Victoria montaría en cólera con él si la misión llegaba a fracasar... en caso de que sobreviviera a las represalias de Lucas. Abrió los ojos y se quedó mirando la desteñida moqueta de color beige. Pero no se trataba de eso. Eso era lo de menos.

Ric había querido mucho a sus padres. Habían muerto muy jóvenes después de haber trabajado muy duro, esforzándose en vano por mejorar las condiciones

de vida de sus dos hijos. Había crecido pobre y con una visión más bien amarga

de la vida. Con veinte años se había enamorado de una mujer diez mayor que él.

Había creído que ella también lo amaba, pero su diferente origen, su pertenencia a dos mundos opuestos más que distintos había destinado su relación al fracaso.

Ric no había tenido nada que ofrecerle a una mujer de su clase, y ella no tardó en tomar conciencia de su situación para aspirar a mayores y mejores cosas. Lo último que había sabido de ella era que se había comprometido con un brillante

abogado. Probablemente a esas alturas estaría ya casada y con un par de hijos.

Ric se frotó el cuello. Huérfano durante su adolescencia, había logrado sobrevivir a la miseria y al abandono. Y también a una problemática relación amorosa. A sus veintiocho años, tenía tiempo suficiente para comprometerse de

una manera estable y sentar la cabeza de una vez. Pero había aprendido una lección fundamental: a no enamorarse nunca de una mujer que no perteneciera a

su mismo ambiente, a su misma clase.

Como Piper Ryan. Su mundo era tan distinto del suyo como el día de la noche. Como si pertenecieran a planetas diferentes. Aunque se sentía

definitivamente atraída hacia él, no le agradaba su compañía. O, al menos, no quería que le agradara. Y Ric ya había pasado antes por aquella experiencia, por lo que no deseaba en absoluto revivirla. Había aprendido de la peor manera posible que el amor no siempre lo podía todo. Algunas diferencias de clase, de

vida, eran demasiado profundas para que pudiera saltárselas. Sobre todo las que lo alejaban de Piper.

Se pasó una mano por la cara, maldiciendo entre dientes. Tenía una misión entre manos. Tan pronto como terminara, nunca más volvería a ver a Ryan Piper,

excepto quizá en los informativos de la televisión. Se dirigió al servicio de caballeros para refrescarse un poco. Necesitaba mantener la cabeza despejada.

Se miró en el espejo. El labio partido se estaba curando, pero seguía doliéndole.

Tragó saliva cuando el sabor de los labios de Piper asaltó su mente. Había sido un beso tan delicioso...

Pero también había sido un error, una estupidez, y lo sabía perfectamente.

“Tú no eres su tipo, Martínez, así que olvídala”, se ordenó. Volvió a la sala de espera justo cuando se abría la puerta de la entrada. Era Townsend.

-¿Se sabe algo nuevo de la señorita Ryan?

-No. Si vuelvo a preguntarle a la enfermera, lo más seguro es que me eche a patadas.

-La señora Olsen se ha evaporado. La casa estaba desierta cuando llegamos.

-Normal, no iba a quedarse a esperarnos... -masculló Ric, irritado-. Era una maldita encerrona. Esos canallas nos llevan ventaja, están jugando tranquilamente con nosotros. Y torturando a Piper en el proceso.

-Me temo que tienes razón.

Ric miró una vez más hacia el mostrador de recepción. ¿Por qué no llamaba nadie?

-Weaver ha aceptado la custodia policial - le informó Townsend.

Weaver era el único periodista que quedaba aparte de Piper. Ric arqueó una ceja con gesto escéptico.

-¿Alguna oportunidad de que sobreviva?

-No hables así -le espetó Townsend, entre molesto y dolido-. Te recuerdo que tú tampoco lo has hecho muy bien. Estuvieron a punto de matar a la señorita Ryan en el servicio de señoras de aquel hotel mientras tú esperabas tranquilamente al otro lado de la puerta.

-Es verdad. Lo siento. No me hagas caso- se pasó una mano por el pelo-. La verdad es que estoy muy preocupado por Piper.

Townsend se encogió de hombros con gesto cansado.

-Supongo que todos estamos un poco susceptibles. Es normal.

-Venga, tomemos un café -lo animó Ric, dándole una palmadita en el hombro-. Creo que ambos necesitamos una buena dosis de cafeína.

Townsend lo siguió pasillo abajo, hacia el servicio de caballeros. Ric recordaba haber visto por allí otra sala. Cuando entró en ella, volvió a experimentar una sensación de incomodidad, de extrañeza. En el centro había dos mesas, cada una rodeada de sillas de plástico. Pero absolutamente nada más, sin máquinas expendedoras de ningún tipo.

-No creo que encontremos aquí una máquina de café -observó Townsend.

-Desde luego -convino Ric.

-Señor Martínez.

Se volvió al escuchar la voz. En el umbral de la puerta, el médico lo miraba con expresión inescrutable. Por un instante le recordó a un jugador de póquer, siempre hábil a la hora de esconder sus reacciones.

-¿Cómo se encuentra?

-La señorita Ryan se pondrá bien -contestó el doctor Petersen, impassible.

Ric creyó desmayarse de alivio. En toda su vida ninguna noticia lo había alegrado tanto.

-No encontramos nada con los ultrasonidos y los análisis de sangre y orina

no revelaron nada malo. Sólo para asegurarnos de que no se trataba de un apéndice atípico, la sometimos a una laparoscopia exploratoria... -se encogió de hombros-... y no encontramos nada. La única explicación que se me ocurre es una infección viral con efectos semejantes a una apendicitis aguda.

-¿Qué pasará ahora? -inquirió Ric, ansioso de ver a Piper.

-Lleva una hora bajo observación y parece que se está recuperando bien. No

veo ninguna razón para no mandarla a casa. Por supuesto, le recetaré un analgésico en caso de que lo necesite, aunque lo dudo. Tiene un par de puntos en la zona donde le hicimos la exploración, pero aparte de eso no se resiente de nada.

Ric no se molestó en preguntarle por qué diablos nadie le había informado, durante la última hora, de que Piper se hallaba en proceso de recuperación. Lo único que le importaba en aquel momento era que iba a ponerse bien.

-Gracias -repuso tenso, arrancándole al médico una mueca más que una sonrisa-. Le agradezco mucho todo lo que ha hecho por ella.

-Es mi obligación, señor Martínez. Estoy a sus órdenes. Si quieren acompañarme a la sala de espera, haré que el celador lleve a la señorita Ryan en seguida.

Ric frunció el ceño, extrañado por la expresión que había utilizado: “a sus órdenes”. Quizá el tipo fuera un antiguo militar.

Minutos después el celador regresó a la sala de espera con Piper sentada en una silla de ruedas. Parecía aturdida, confusa, débil. Vulnerable.

Townsend se dirigió hacia la puerta para revisar el terreno. Ric se había quedado en blanco, sin poder apartar los ojos de ella. No le gustaba verla así.

-¿Hay algo más que deba saber? -le preguntó al médico-. ¿Algún síntoma a vigilar por si surgen más problemas?

-Alguien debería quedarse con ella esta noche, en caso de que necesite algo. Pero el descanso es la mejor medicina.

-Me encargaré personalmente de ello -le aseguró Ric. No tenía intención de dejarla sola en su apartamento. Ni de que volviera a sucederle nada malo...

-Sí, tío Lucas, soy muy consciente de ello -Piper se mordió el labio mientras

se cambiaba el vendaje, sujetando el teléfono con la otra mano.

La ducha caliente le había sentado maravillosamente bien. Martínez había insistido en que se fuera directamente a la cama, pero ella no pensaba hacerle caso.

-Estoy descansando exactamente como me dijo el médico -mintió cuando su tío le preguntó por lo que estaba haciendo-. Sí, Martínez está aquí...

Pero lo que más la extrañó, y desagradó, fue que le preguntara si Ric estaba siendo amable con ella.

-¿Qué quieres decir? Por supuesto que está siendo amable conmigo. Cuidar de mí no entra precisamente en sus obligaciones laborales. Yo diría que está siendo bastante más que amable.

Eso, sin embargo, no tenía por qué decírselo a Martínez. Ya era bastante presumido.

-Ya sé que estás muy preocupado por mí -sonrió. Lucas había sido como un padre para ella. Probablemente debería mostrarse más agradecida por su preocupación y sus desvelos-. Le dije a Dave que me tomaría un par de días libres... No, eso no quiere decir que vaya a tomarme unas vacaciones hasta que

esto termine. Sólo serán un par de días, nada más...

Piper alzó los ojos al cielo. Su tío le estaba soltando su clásico discurso de la seguridad personal. Lo había oído tantas veces que se lo sabía de memoria.

-Que sí, te lo prometo... Sí, yo también te quiero.

Contenta de dar por terminada la conversación, pulsó el botón de apagado y lanzó el inalámbrico sobre la cama. Necesitaba algo cómodo que ponerse.

Aunque la incisión que le habían hecho cerca del ombligo no era grande, seguía

teniéndola dolorida. Frunció el ceño al recordar lo mal que lo había pasado, fuera debido a un virus o a una aparente apendicitis aguda. Nunca había experimentado un dolor tan intenso. Se humedeció los labios. Suponía que el mal sabor de boca se debía a la anestesia.

Se puso una braga azul de seda, tipo tanga. Sintió una punzada de

incomodidad, y de aprensión, al imaginarse a Martínez esperándola al otro lado de la puerta. Pudorosa, eligió una camiseta ancha y unos cómodos pantalones de

chándal. Cuando se los estaba poniendo, su estómago se quejó, e intentó recordar si había comido algo aquel día. No, no había probado bocado. Estaba muerta de hambre. Se peinó con los dedos y abandonó el dormitorio para dirigirse al salón.

Ya en el pasillo olfateó un aroma exquisitamente sabroso, que despertó aún más su apetito. Martínez no podía estar cocinando... ¿O sí?

Tan intrigada como hambrienta, siguió el rastro hasta la cocina. Se detuvo ante la puerta. Martínez, con un delantal a la cintura, estaba removiendo algo en una gran olla.

Tenía un aspecto tan doméstico a la vez que atractivo... ¿Cómo podía estar tan masculino con un delantal? Cerró los ojos con fuerza y los abrió de nuevo para asegurarse de que no estaba soñando. Efectivamente, aún seguía allí.

-¿Qué estás haciendo?

Martínez alzó la mirada y sonrió.

-La cena -señaló la olla.

Deslumbrada por su sonrisa, sintió que el corazón le daba un vuelco. Se

maldijo para sus adentros. ¿Por qué estaba tan afectada? Tenía que ser la anestesia. No estaba pensando con coherencia.

-¿Te sientes mejor? Tienes buen aspecto.

Piper lo dudaba. Debía de seguir bajo el efecto de la anestesia. Se estaba imaginando la escena entera. Eso lo explicaba todo.

-¿Te apetece beber algo antes de cenar?

-¿Cenar? -se lo quedó mirando, confundida. Quizá necesitaba volver a su dormitorio y echarse de nuevo.

Ric asintió, señalando una vez más la olla.

-No sabía si tendrías muchas ganas de comer, así que rebusqué en tus armarios y encontré ingredientes para preparar una buena sopa. Ya está lista, si es que tienes apetito.

-Me muero de hambre -así que era real. Le había preparado una sopa. Pero su comentario acerca de su buen aspecto tenía que haber sido puramente cortés.

Porque tenía un aspecto horrible. Y se sentía de igual manera.

-Ponte cómoda -le indicó el salón, a su espalda-. Yo te la llevo.

Piper no respondió; simplemente dio media vuelta y se dirigió al sofá. Se instaló entre los almohadones, procurando ponerse lo más cómoda posible...

dadas las circunstancias. La televisión estaba encendida y sintonizada en el canal WYBN de las noticias de la tarde.

Esa noche no se emitiría ningún reportaje de Piper Ryan. No sólo había perdido la cinta de vídeo con la entrevista de Taylor, sino que el encuentro con la señora Olsen había sido un fraude. Para colmo, habían tenido que ingresarla en

un hospital víctima de horribles dolores.

Con un poco de suerte, el día de mañana no podría ser peor.

Martínez apareció a su lado y dejó la bandeja sobre la mesa del café. La sopa olía maravillosamente bien. También había galletas saladas, uvas y un vaso de agua. ¿Qué más podría desear una chica?

Acto seguido clavó en ella aquellos ojos oscuros de mirada hipnótica, fascinante:

-¿Quieres algo más?

Piper parpadeó varias veces, obligándose a respirar.

-No, gracias.

Para su sorpresa, extendió una mano y le delineó con un dedo la pequeña cicatriz de la barbilla, que se hizo bajando las escaleras cuando era niña. Aquel leve contacto la llenó de un extraño calor, afectándola de una manera que no conseguía identificar. Irguiéndose, volvió a la cocina. Piper- se lo quedó mirando, sin aliento.

Se pasó las manos por la cara y por el pelo. “Olvídate de ello”, se dijo. “Sólo está siendo amable contigo. Lucas seguramente le habrá obligado a quedarse para tratarte así”. No sabía exactamente lo que le había dicho su tío al teléfono antes de que le pasara con ella, pero sí que había oído una sucesión de varios “sí, señor”. Lucas ya había reclutado a Dave y a la mayor parte de sus colaboradores como sus guardianes. Y Martínez no debía de haber sido una excepción.

Ignorando la leve punzada de dolor que la asaltó al inclinarse hacia delante, probó la sopa. Estaba riquísima. Ella jamás habría sido capaz de prepararse una sopa así. No pudo evitar preguntarse qué más cosas sería capaz de hacer aquel hombre...

El sonido del agua corriendo llegó hasta sus oídos, seguido de un ruido de cacharros. Frunció el ceño. Estaba fregando y ordenando la cocina. ¿También

limpiaba? Increíble.

Fue entonces cuando recordó el arma que llevaba. Se quedó inmóvil, con la cuchara a medio camino de la boca. Sabía defenderse bastante bien, a juzgar por la manera en que hizo frente a Taylor y a sus amigos. Portaba un arma que, sin

lugar a dudas, sabía utilizar. Miró el cuenco de sopa. Cocinaba. Miró hacia la cocina. Fregaba y limpiaba. Se humedeció los labios. Besaba maravillosamente

bien.

Se dijo que tenía que concentrarse en cualquier otra cosa que no fuera Martínez: se estaba obsesionando. Después de tomarse la sopa, se bebió el agua.

Justo cuando se disponía a comerse las uvas, Ric volvió al salón para sentarse frente a ella.

-¿Podemos hablar? -le preguntó con expresión súbitamente seria, inclinándose hacia delante y apoyando los codos en las rodillas.

¿Y ahora quería hablar? Aquella alucinación estaba llegando demasiado lejos.

-No creo -se levantó rápidamente del sofá, esbozando una mueca de dolor por aquel movimiento tan brusco-. Estoy cansada. Creo que voy a dormir un poco...

Ric se levantó antes de que pudiera escabullirse entre el sofá y la mesa.

-¿Seguro que no quieres que te haga nada más?

Piper retrocedió un paso y alzó las manos en un gesto defensivo.

-No. Ya has hecho más que suficiente.

Se dirigió a su habitación y cerró la puerta a su espalda. Apoyándose en ella, se preguntó cómo diablos sabría exactamente lo que hacer en cada momento para agradarle. No, eso no podía ser. Tenía que tratarse de una coincidencia.

Ningún hombre podía ser tan perfecto. Y menos que nadie el hombre que había descrito en su diario durante su primer año en la universidad. Ella y su compañera de habitación, Darlene, se habían reído durante horas mientras definían los requisitos de su futura e hipotética pareja: guapo, bueno, leal y sensible.

“Y además que supiera cocinar y fregar”, había añadido Piper, entre risas. La última condición tampoco se le había olvidado: que fuera un increíble amante.

Esa era una cualidad que no tenía intención alguna en explorar en Martínez.

No se dejaría arrastrar por las locuras y ensoñaciones de cuando era adolescente.

Por mucho que su traicionero cuerpo ansiara hacerlo...

Capítulo 7

Ric yacía en el sofá del apartamento de Piper con la mirada clavada en el reloj digital del vídeo: las dos y treinta y cinco de la madrugada. Llevaba dos horas dando vueltas y más vueltas sin poder dormir. Seguía repasando

mentalmente los acontecimientos que habían rodeado la súbita e inexplicable enfermedad de Piper. Había estado perfectamente hasta que llegaron a casa de la señora Olsen. No la había perdido de vista excepto los escasos minutos que estuvo en el servicio. Pero había notado una expresión extrañamente tensa en su rostro justo antes de que abandonara el salón, así que la causa del mal tenía que haberse producido en ese momento. Y Townsend había revisado minuciosamente

la casa antes de que entraran.

Se sentó en el sofá y se pasó las manos por el pelo. Aquello no tenía sentido.

Desde el luego el médico tenía una explicación razonable para su mal, pero Ric

no se había quedado tranquilo. No le había gustado la condescendencia y superioridad con que lo había tratado aquel tipo. Y el lugar tampoco le había gustado nada. De hecho, le había resultado terriblemente sospechoso.

Esa noche había querido hablar con Piper acerca de su enfermedad, pero ella se había negado. Desde entonces había desaparecido en su habitación para no volver a salir.

Al menos había comido y en aquel momento parecía estar descansando cómodamente. Había oído el rumor de la televisión hasta las once, hora en que vio apagarse la luz debajo de su puerta. Pensó por un instante en entrar para comprobar que estaba bien, pero luego desechó la idea.

Volvió a recostarse en el sofá con las manos detrás de la cabeza. Ansiaba desesperadamente fingir que aquella inquietud suya estaba exclusivamente relacionada con su trabajo, así como con las dificultades surgidas durante la misión. Durante los tres días que llevaba trabajando en su caso, Piper había sufrido dos atentados y se había visto afectada por un extraño virus. Y Ric siempre había ido un paso por detrás de los agresores: ni un solo momento había llevado la iniciativa. Era consciente de que, como guardaespaldas, su obligación consistía en reaccionar a tiempo y protegerla. Pero él quería hacer más. Quería evitarle todo riesgo.

Para su desgracia, ella misma no estaba dispuesta a permitírselo. No pudo evitar preguntarse si uno de los requisitos de la profesión de periodista sería no tener miedo. Porque Piper parecía desconocer el significado de esa palabra...

De repente se acordó de su confesión tras el episodio con Taylor: “me asusté

mucho, Martínez. Realmente temí que fueran a matarte”. Bueno, había admitido haber sentido miedo por él. Pero eso era precisamente lo que no tenía por qué preocuparla. Podía cuidar perfectamente de sí mismo.

Se había criado en un barrio difícil, había aprendido a luchar y a defenderse desde que era niño. Cerró los ojos e intentó no pensar en que aquel temor por su seguridad pudiera nacer de otro sentimiento que no fuera una sencilla y básica compasión por el prójimo. Pero por mucho que se esforzaba, su memoria seguía

aferrándose al beso que habían compartido como evidencia de que, detrás de sus

reacciones, había algo más que una simple preocupación.

El inequívoco chirrido de una puerta al abrirse interrumpió sus reflexiones;

siguió el sonido de unos pasos apagados en la moqueta. Ric se quedó perfectamente inmóvil mientras Piper, con su ancha camiseta visible a la débil luz del pasillo, atravesaba el salón rumbo a la cocina. Deslizó la mirada por sus largas y bien torneadas piernas, advirtiendo que ya no llevaba los pantalones de chándal. El puso se le aceleró de inmediato.

Estaría buscando algo que beber o que comer. Oyó el ruido de la puerta de la nevera al abrirse. Se levantó para acercarse sigilosamente. ¿Se habría olvidado de que estaba allí o había supuesto quizá que estaba dormido? Se detuvo en el umbral de la cocina y abrió la boca para decir algo, pero se quedó sin habla cuando la vio inclinarse hacia la nevera. La camiseta resbaló por encima de sus muslos, marcándole nítidamente el trasero. Se le secó la garganta.

-¿Hambrienta?

Piper dio un respingo, golpeándose la cabeza. Un juramento resonó en el interior iluminado de la nevera. Se volvió, frotándose la cabeza.

-Maldita sea, Martínez, me has dado un susto de muerte.

-Lo siento, querida -se acercó a ella y estudió su irritada expresión. Tenía mucho mejor aspecto. Pensó que quizá estuviera pecando de paranoico acerca de

Petersen y el hospital-. ¿No puedes dormir o simplemente tienes hambre?

Piper se quedó mirando su amplio pecho durante unos segundos

interminables, con un cartón de zumo en la mano. Ric bajó la vista para ver lo

que tanto atraía su atención. Se había quitado la camisa. Su mirada buscó instantáneamente la suya. No parpadeó lo suficientemente rápido como para que

Ric no descubriera un brillo de deseo en sus ojos. Se sentía atraída hacia él incluso en las presentes circunstancias, después de todo lo que había sucedido...

-Vete a dormir. Sólo quería una bebida -sacó un vaso del armario y se sirvió un zumo-. No sé por qué no te has quedado en casa del señor Rizzoli. Soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma. No soy ninguna niña.

-El doctor dijo que alguien debía quedarse contigo esta noche -Ric se acercó al armario para sacar otro vaso. Recogió el cartón que había dejado en el mostrador y se lo llenó hasta arriba-. Supongo que tendrás un médico de cabecera...

Piper se lo quedó mirando tan asombrada como si lo hubiera oído hablar en un idioma desconocido.

-¿Qué?

-Un médico de cabecera -repitió-. Supongo que tendrás alguno.

¿Qué le pasaba? Habitualmente no tardaba tanto en recuperar la compostura.

No era él quien le suscitaba ese efecto. Quizá su aturdimiento se debiera a las secuelas de la anestesia...

Piper bebió un sorbo de zumo y desvió la vista. Finalmente, se encogió de hombros:

-Claro que tengo uno. ¿Por qué me lo preguntas?

Ric dejó su vaso sobre el mostrador. No sabía cómo se tomaría su sugerencia. Probablemente pensaría que estaba loco, pero era un riesgo que tenía que correr.

-Creo que deberías solicitar un segundo diagnóstico.

-¿Para qué? Ellos nos encontraron nada. ¿Quién sabe? Tal vez comí algo en mal estado y me intoxicué. Además, ahora ya estoy bien.

Antes de que él pudiera replicar algo, Piper se apresuró a salir de la cocina.

Se dijo que, aparte de un poco aturdida, se había sentido bien cuando se despertó, con ganas de beber algo. ¿Cómo había podido olvidarse de que Martínez estaba durmiendo en el sofá? Supuestamente estaba más aturdida de lo

que había sospechado en un principio. Martínez le había dado un buen susto. Y,

por si fuera poco, se había dedicado a lucir su torso desnudo, haciéndola sentirse... bueno, incomodándola en cualquier caso.

Alzó los ojos al techo, despreciándose a sí misma. ¿A quién quería engañar?

Sabía perfectamente el tipo de efecto que le suscitaba aquel hombre. Deseo.

Lascivia. Viéndolo, ansiaba deslizar las manos por aquel magnífico pecho para empujarlo al suelo y echársele encima...

Maldijo para sus adentros. Martínez era su compañero de trabajo, su colaborador. Y ella no se acostaba con sus colaboradores. Por muy atractivos que fueran. O por muy excitada que estuviera ella.

-Espera, Ryan -la llamó antes de que pudiera escabullirse en su habitación-.

Dame una oportunidad de explicarte... el motivo de mis preocupaciones.

¿Por qué no seguía durmiendo y se olvidaba de una vez de ella? No quería

hablar con él en aquel momento. Estaba medio desnudo y ella se hallaba en un

estado demasiado... sensible. Se le hizo un nudo en la garganta. ¿Por qué tenía que sentirse tan terriblemente atraída por aquel hombre? La respuesta era obvia: un año de celibato.

Lentamente se volvió hacia él.

-¿Qué clase de preocupaciones?

La débil luz del pasillo realzaba en Martínez precisamente aquello que ella

intentaba ignorar. Llevaba unos pantalones color azul marino que no podían quedarle mejor. Estaba descalzo. Tenía los pies largos, bronceados... Piper salió de su ensueño. ¿Por qué se había quedado mirándole los pies? ¿Tan mal estaba?

¿Por qué no podía soportar tranquilamente un año de celibato?

Alzó lentamente la mirada, recorriendo sus largas piernas, su musculoso abdomen, sus perfectos pectorales, sus hombros kilométricos... hasta posarla en su rostro. Aquellos ojos parecían hipnotizarla. Sobre todo cuando veía en ellos el mismo ávido interés que debía de brillar en los suyos.

Pero no, tenía que controlarse. A Dave no le gustaría que no se controlara. Y

el director de la cadena mantenía una política muy estricta acerca de ese tipo de cosas... especialmente teniendo en cuenta que Martínez era su primo.

-No voy a tener sexo contigo, Martínez -las palabras, extrañamente frías y sin emoción, surgieron solas como si las hubiera pronunciado otra persona.

-Yo no te lo he pedido -repuso él.

Pero el seductor timbre de su voz no hizo sino tentarla aún más, pese a su rotunda negativa.

-Sí que lo has hecho.

Ric dio un paso hacia ella.

-Hay algunas cosas que un hombre no puede controlar, querida, por mucho que se esfuerce. Yo no te lo he pedido. Ni te lo pediré.

-No te acerques más -le advirtió, incapaz, sin embargo, de huir.

-No te preocupes, querida -se detuvo a un par de metros-. No tengo intención de empezar nada que uno de los dos no quiera.

Pero ése era precisamente el problema: que ella lo quería. Ansiaba desesperadamente hacer lo que ella misma le decía que no hiciera.

-Me gustaría que dejaras de llamarme “querida”. No me gusta -mintió.

-Tenemos que hablar -bajó la mirada hasta su boca.

Instintivamente, Piper se humedeció los labios.

-¿Acerca de qué? -le preguntó, como si le importara algo. Vio que aquellos ojos oscuros seguían descendiendo hasta sus senos, siguiendo su contorno, deteniéndose en sus endurecidos, excitados pezones.

-Quiero que te examine tu médico de cabecera, para estar seguros de que el

diagnóstico es correcto -la miró de nuevo a los ojos, serio-. Compláceme, por favor. Es una corazonada que tengo.

-Lo siento, Martínez. Las únicas corazonadas que sigo son las mías, y... -

forzó una expresión severa-... para que lo sepas, soy quien decide si debo o no acudir a un médico, el que sea -arqueó las cejas-. ¿Entendido?

-Completamente.

-Muy bien -y se dispuso a volverse.

-Una cosa más -la urgió, estropeando el teatral efecto de su salida con su voz irresistiblemente hipnótica.

Mermadas nuevamente sus defensas, se volvió hacia él. No podía recordar haber deseado nunca a nadie con tanta intensidad...

-Llámame Ric. Creo que ya es hora de que nos dejemos de formalidades -añadió con tono presuntuoso, engreído.

Frunció el ceño, humillada e irritada a la vez. Era perfectamente consciente del efecto que ejercía sobre ella. Y parecía disfrutarlo a placer.

-¿Ric? ¿Es el diminutivo de Richard? En ese caso, ¿por qué no te conformas con Dick? -sugirió, sarcástica.

Sin previo aviso, con la rapidez del rayo, la agarró de un brazo y la atrajo hacia sí... lo suficientemente como para que pudiera sentir la caricia de su aliento en sus labios.

-He respondido a nombres peores -murmuró antes de besarla.

Ric sabía perfectamente que no debería haberlo hecho. Pero lo había hecho de todas formas. Piper se resistió sólo durante un par de segundos. Enterró los dedos en su sedosa melena y la hizo ladear la cabeza. Aprovechó que entreabría

los labios para deslizar la lengua en el dulce interior de su boca. Su cuerpo entero hervía de deseo al rojo vivo. Ansiaba hacerle el amor por mucho que no

debiera, anhelaba...

De pronto se apartó. Si no se detenía ahora... Soltó un profundo suspiro.

-Deberías retirarte a tu habitación y encerrarte con llave, querida, porque no estoy muy seguro de que pueda confiar en mí mismo.

Dejó caer las manos a los lados y se dispuso a apartarse, pero ella se lo impidió.

-¡Ni hablar! Has sido tú quien ha empezado -poniéndose de puntillas, lo atrajo hacia sí y lo besó hasta quitarle el aliento.

Incapaz de renunciar al placer de tocarla, la abrazó de la fina cintura. Sus pezones endurecidos rozaban su pecho más allá de la barrera de la tela.

Instintivamente la agarró de las nalgas, arrancándole un gemido.

Segundos después Piper interrumpió el beso para respirar, jadeando como él.

-Si no de Richard, ¿de qué nombre es diminutivo Ric? -murmuró con voz ronca, como si realmente eso le importara en aquel momento.

Era tan hermosa... Antes de responder, se concentró en mordisquearle el labio inferior y lamérselo suavemente.

-Ricardo -musitó antes de recorrer el contorno de su mejilla con la punta de la lengua-. Juan José Ricardo Martínez.

-Mmmm... -se estremeció, deleitada-. ¿Y por qué... -se interrumpió mientras

Ric le delineaba el delicado y perfecto dibujo de la oreja-... tantos nombres?

Ladeó la cabeza para sembrar un sendero de besos todo a lo largo de su cuello.

-Porque mi madre... -explicó entre beso y beso-... tenía cuatro hermanos a los que quiso mucho. Juan y José eran dos de ellos... y mi padre se llamaba Ricardo.

Lo besó de nuevo en la boca. Fue un beso ávido, frenético, que acabó por desquiciarlo. Ric estaba cada vez más excitado. La necesidad de hacerle el amor era abrumadora. Sabía que debería detenerse, pero era incapaz. No con aquellos

maravillosos dedos tentando su piel... Cada zona de su cuerpo que ella tocaba se inflamaba, se abrasaba de deseo. Deslizó una mano por su cuello, descendiendo

cada vez más hasta encontrar un seno. Se lo acarició lenta, meticulosa, suavemente. La oyó gemir. Y la sintió temblar cuando le frotó el pezón con un dedo.

Piper adelantó un muslo para restregarlo contra su miembro. Ric volvió a agarrarla de las nalgas y la levantó en vilo, intensificando el contacto. A manera de respuesta, ella alzó las piernas para enredarlas en torno a su cintura. Su sexo reverberaba de anticipación contra el húmedo calor, obviando la barrera de la ropa.

Piper dejó de besarla para soltar un gemido. Ric tardó unos instantes en darse cuenta de que no era un gemido de placer, sino de dolor. El descubrimiento lo hizo tambalearse. La pequeña cicatriz del vientre.

-Maldita sea... -la bajó suavemente al suelo, escrutando su rostro. Vio que se

mordía el labio para disimular una mueca de dolor-. No quería hacerte daño, querida...

Ruborizada, retrocedió un par de pasos.

-Y no me lo has hecho... -replicó, mirando al suelo-. Me olvidé. No pensé en nada. La culpa fue mía, yo... -sacudió la cabeza-. Me olvidé de todo.

Ric se pasó una mano por la cara y suspiró profundamente.

-No eres la única.

Piper se alisó la camiseta, todavía evitando su mirada.

-Tienes razón. Creo que nos hemos descontrolado un poco.

-¿Seguro que estás bien? -hizo un vago gesto con la mano-. Yo no pretendía... -debería haberse acordado de la cicatriz. ¿En qué diablos había estado pensando?

-Sí, seguro que estoy bien -asintió, alzando por fin los ojos hacia él.

-Insisto, deberías consultar la opinión de otro médico -volvió a concentrarse en su petición anterior. Afortunadamente, aquel ataque de deseo ya había pasado.

Era algo superado, aunque su cuerpo no pensara lo mismo. Cuando se humedeció los labios con la punta de la lengua, volvió a paladear su sabor.

-No hace falta -suspiró-. Deja de preocuparte de una vez. El médico me aseguró que estaba bien. No me duele nada. Simplemente tengo un poco sensible

la zona de los puntos. Si llego a sentir algún tipo de dolor extraño, te prometo que acudiré a mi médico de cabecera...

Sonrió y a Ric le dio un vuelco el corazón. Era tan hermosa...

-Y dejaré que me lleves tú mismo -agregó-, si así te sientes mejor...

Incapaz de contenerse, alargó una mano para acariciarle una mejilla con los nudillos. Piper se tensó, pero no se apartó.

-Me ocuparé de recordártelo, querida.

-Eh... creo que debería irme a la cama -señaló su habitación con el pulgar-. Y tú también. Es tarde -se apresuró a añadir.

Antes de que Ric pudiera desearle buenas noches, giró sobre sus talones y se dirigió hacia el dormitorio. Pero se detuvo en el último momento para volverse

hacia él:

-¿Me harías un favor, Martínez?

Ric resistió el impulso de sacudir la cabeza con gesto disgustado. Así que volvía a llamarlo Martínez. Era una dama ciertamente testaruda.

-Tú dirás.

-¿Podrías ponerte la camisa? -le pidió con absoluta frialdad-. Resulta un poco... -alzó las manos para señalar su pecho desnudo-... no sé, incómodo. Al menos para mí.

Ric sonrió, malicioso, al tiempo que se pasaba una mano por el torso. Piper siguió su movimiento con los ojos.

-Intentaré tenerlo presente en el futuro... dados tus evidentes problemas para controlarte.

Vió que se lo quedaba mirando con la boca abierta, pero le dio la espalda y se retiró antes de darle oportunidad de replicar nada. Sonrió mientras volvía a instalarse en el sofá. Era agradable saber que no era el único en tener problemas de control.

Pero uno de los dos tendría que aprender a controlarse y, desgraciadamente, él era el mejor candidato. El problema era el cómo.

Capítulo 8

Aquella mañana Piper se encontraba de pie en su habitación, reflexionando sobre la perspectiva de enfrentarse de nuevo con Martínez. Con la frente y las palmas de las manos en la puerta cerrada, se arrepintió por enésima vez de haber cedido a la tentación de aquel segundo beso.

-Estupendo, Ryan -masculló. Lo malo no había sido el beso, sino el ataque de locura que parecía haberse apoderado de ella.

Contrariada, se dio la vuelta y se apoyó contra la puerta. No había nada como hacer el ridículo para rebajar sensiblemente la autoestima de una mujer. Se había abalanzado sobre Martínez como una quinceañera en celo. Lo único que le había

impedido estropearlo todo por completo había sido el recordatorio de su reciente hospitalización, dolorida por los puntos que le habían dado. Sólo entonces había vuelto a ser consciente de la realidad. Justo a tiempo.

Se irguió, cuadrando los hombros. Era muy sencillo. Le diría a Martínez que se marchara a su casa, o a la del señor Rizzoli, o a donde fuera. No podía quedarse otra noche allí, con ella. Su cercanía, en mitad de la noche, le habría minado la moral hasta a una santa. Además, ya se encontraba bien. Simplemente

tenía un poco sensible la zona de los puntos de sutura, como era normal.

Su problema, sin embargo, era otro: estaba perdiendo la cabeza. Aquel último año de abstinencia sexual la estaba afectando seriamente, tornándola demasiado vulnerable a los numerosos encantos de Martínez. Tenía que ser eso.

Así que la única solución que cabía era desembarazarse de él.

Una vez tomada la decisión, aspiró profundamente y se dispuso a abrir la puerta. Justo en aquel instante sonó el teléfono. Agradecida por la interrupción, corrió a la mesilla a descolgarlo.

-Ryan.

-Señorita Ryan... -dijo una voz masculina, vacilante-... soy Keith, el secretario.

-¿Qué ocurre, Keith? -al momento recuperó su tono profesional de

costumbre. Al mirar la hora en el reloj, esbozó una mueca: las diez de la mañana.

Nunca dormía hasta tan tarde. Y no lo habría hecho si hubiera podido conciliar el sueño después de aquel beso con Martínez. Eran casi las cinco de la madrugada

cuando por fin logró dormirse, acosada por inconfesables fantasías...

-Mire, sé que suponía que tenía que descansar... El señor Sullenger probablemente me desollaría vivo si llega a enterarse de que la he llamado... - se interrumpió, como avergonzado de sus propias palabras.

Impaciente, Piper frunció el ceño.

-No te preocupes por Dave. ¿Qué pasa?

-¿Se acuerda de la fiesta que iba a dar la señora Carlisle para inaugurar el nuevo pabellón del hospital de la ciudad?

Piper se llevó una mano a la frente, recordando. La fiesta de inauguración estaba prevista para la semana siguiente. Ese día era jueves: seguro que no podían haber cancelado el acto con tan poca antelación.

-¿La han desconvocado?

-No, pero la señora Carlisle ha llamado esta mañana para invitarla a una comida con el consejo de dirección del hospital y algunos donantes.

Sólo la señora Carlisle se habría tomado la libertad de improvisar una comida así y obligar a los hombres más ricos de la ciudad a alterar sus compromisos.

-¿Dónde y cuándo? -inquirió de manera automática. Nadie se arriesgaba a rechazar una invitación semejante.

-El señor Sullenger se enfadará conmigo si se entera de que la he llamado - balbuceó Keith, titubeando de nuevo.

-Tú dile que la señora Carlisle me telefoneó directamente a casa. No se enterará de nada.

-Gracias. No me gusta meterme en problemas -comentó con un suspiro-.

Pero sabía que a usted no le habría gustado que se lo ocultara.

-Tienes toda la razón -Piper ya estaba frente al armario, buscando algo que ponerse-. Tanto si me tomo el día libre o no, Keith, me gustaría recibir todos mis mensajes. ¿Entendido?

-Sí, señora -y la informó del lugar y la hora de la comida.

Piper volvió a mirar el reloj de la mesilla y esbozó una mueca al descubrir que le quedaba menos de una hora. El lugar, un selecto restaurante frecuentado por la elite de Atlanta, determinó su decisión: el vestido de color lavanda. Se

lo había comprado un mes atrás, pero aún no lo había estrenado. Sólo cuando lo descolgó, tomó conciencia de su error. Detestaba los botones todo a lo largo de

la espalda: desde el cuello hasta abajo. Pero ofrecía un aspecto muy elegante, el adecuado, y a la señora Carlisle le gustaría.

Se quitó rápidamente los pantalones y la blusa para ponerse el vestido.

Aquella mañana se había cambiado el vendaje de la cicatriz por una tirita. Los puntos apenas resultaban visibles. Se había olvidado de preguntarle al doctor si tenía que volver para que se los quitara. Quizá lo consultara con su médico de cabecera.

El teléfono sonó de nuevo. Forcejeando con los irritantes botones del vestido, levantó el auricular y lo sujetó con el hombro y la barbilla.

-Ryan.

-Soy el doctor Petersen.

“Hablando del rey de Roma”, pronunció para sus adentros.

-Buenos días, doctor. Espero que no haya decidido cambiar de diagnóstico - no tenía tiempo para caer enferma. Sólo faltaban unos pocos días para la entrevista con Rominski.

-No se preocupe, señorita Ryan. Está perfectamente, se lo aseguro -rió entre dientes-. Sólo llamaba para recordarle lo que le había dicho acerca de que los puntos desaparecerán solos al cabo de una semana o así. De todas maneras, espere todavía unos diez días antes de frotar con jabón la zona dolorida, por si acaso.

-Debe usted de tener poderes adivinatorios, doctor Petersen, porque estaba pensando precisamente en eso.

-Le aseguro que no los tengo. Lo que sí que tengo es experiencia con

pacientes. Y a veces los pacientes se olvidan de mis instrucciones. Por eso se las damos por escrito -una voz femenina al fondo informó al médico de que lo necesitaban en una sala-. Sin embargo, el hombre que se la llevó a su casa se marchó tan rápido que la enfermera no tuvo tiempo de tramitar el papeleo. Por eso pensé que lo mejor sería llamarla personalmente.

Piper le dio las gracias y, mientras colgaba el auricular, se preguntó qué tipo de problema habría tenido Martínez con el doctor Petersen. El médico se había

mostrado muy amable con ella.-Desechando aquel pensamiento, terminó de abrocharse el último botón del vestido y se calzó unos zapatos de tacón que combinaban bien.

-Lista -dijo mientras se miraba. A continuación desvió la vista hacia la puerta cerrada. Para lo que no estaba lista era para enfrentarse con Martínez.

Estaba malgastando su tiempo. Disponía de treinta minutos para atravesar la ciudad. Abrió la puerta y salió del dormitorio, recordándose que su carrera profesional era la máxima prioridad. Pero cuando llegó al final del pasillo, se quedó paralizada, sin aliento. Inconsciente de que estaba siendo observado, con los brazos cruzados sobre su amplio pecho, Martínez estaba apoyado en la puerta de la terraza, contemplando el paisaje del lago y del bosque. Una camisa tejida delineaba cada detalle de su musculoso torso. Llevaba unos pantalones caqui, algo más ajustados que lo habitual. En algún momento de la mañana debía de haberse duchado y vestido en el apartamento del vecino.

Piper tragó saliva con extrema dificultad mientras recorría su rostro con los ojos. Aquellos rasgos clásicos eran como un estudio de dibujo de una expresión

reconcentrada. Su sedoso pelo negro brillaba al sol de la mañana, en perfecto contraste con su dorada tez. Fue en aquel preciso instante cuando tomó conciencia del enorme peligro que representaba aquel hombre para ella. La atraía como jamás antes la había atraído ningún hombre... y le hacía sentir

cosas que no quería sentir. Tenía que rebelarse contra eso. No era sólo su carrera lo que estaba en juego: era su corazón.

Cerró los ojos. Nunca había querido enamorarse de nadie, por muy perfecto que fuera el candidato. Y sobre todo de un hombre como su padre. Volvió a abrirlos nada más formular ese último pensamiento. No, Martínez no se parecía

en nada a su padre. Ese hombre había sido un típico agente de la CIA. Su primera lealtad había sido con su gobierno, no con su familia. Y por su gobierno había muerto.

Martínez era un cámara profesional. Parecía gustarle su trabajo, pero el trabajo no lo era todo para él. Al fin y al cabo, había soltado su cámara para acudir en su ayuda. Su seguridad había significado mucho más que una simple entrevista. Se mordió el labio. Era tan atractivo, y a la vez tan fanfarrón...

Sonrió. Le gustaba.

De repente dejó de sonreír. Le gustaba... demasiado.

-Es una pena ver ese ceño fruncido en una cara tan bonita.

El comentario lo sacó de su ensimismamiento. Se había vuelto hacia ella y le estaba hablando.

-No sé qué es lo que sigues haciendo aquí, pero yo tengo que irme -le señaló la puerta principal, recuperándose.

Vio que cerraba las puertas de la terraza antes de dirigirse directamente hacia ella, robándole de nuevo el aliento. La recorrió lentamente con la mirada, deteniéndose en los lugares estratégicos, hasta fijarla en sus ojos. Estaba tan cerca que Piper apenas podía pensar con claridad, embriagada por su aroma sutil.

-Muy bonito -la miró una vez más-. ¿Tienes alguna cita, querida?

Se humedeció los labios, nerviosa, esforzándose por recuperar la determinación.

-Te pedí que no me llamaras así.

-Perdón, señorita Ryan. Intentaré recordarlo en el futuro.

La estaba observando detenidamente, analizando el efecto que le suscitaba.

La irritaba que fuera tan consciente de ello.

-Tengo una comida con la señora Carlisle. Pero te agradezco... que te hayas quedado esta noche aquí.

Ric ladeó la cabeza, sin dejar de contemplarla.

-¿Y no necesitas una pareja? ¿O un cámara?

Se lo imaginó inmediatamente a su lado, llevándola del brazo. Mal que le pesara, necesitaba la seguridad que le proporcionaba su presencia. Además, a la viuda Carlisle le gustaría que un hombre tan guapo le alegrara la vista. Quizá no fuera tan mala idea llevárselo a la comida. Además, siempre podría grabar algo

con la cámara...

-Tú, desde luego, necesitarás una chaqueta -repuso a modo de invitación.

Probablemente estaba cometiendo un error, pero simplemente no podía evitarlo.

-Eso no es problema -señaló la puerta con la mano.

Piper recogió su bolso de una silla cercana. Una vez en la puerta, se detuvo

para verlo recoger una chaqueta azul que había dejado sobre el sofá. ¿Cómo había sabido que necesitaría una chaqueta? No podía haberlo adivinado.

-Yo siempre estoy preparado -explicó con tono burlón al ver su expresión de asombro.

La siguió fuera y se ocupó de cerrar con llave mientras ella informaba a Townsend de su destino. Raine, que se había dedicado a vigilar sus llamadas, había avisado previamente a Ric por su móvil y transmitido la información de Keith.

Green la estaba esperando al lado de su deportivo rojo. La expresión de Piper se iluminó al instante.

-¡Me han traído mi coche! -corrió a examinar las reparaciones efectuadas y se volvió hacia Ric-. No me lo habías dicho.

-Lo trajeron esta mañana -no se molestó en mencionarle que Raine le había instalado un aparato de seguimiento.

Piper seguía revisando el vehículo por dentro y por fuera, admirada, mientras él sacaba la cámara de la furgoneta.

-Vamos, Martínez -lo urgió, sentándose al volante.

Ric guardó el equipo en el asiento trasero y subió al deportivo. Preparándose mentalmente para aquel viaje, se abrochó el cinturón de seguridad. Townsend ya

le había advertido que a Piper le gustaba conducir rápido. No tardó en comprobarlo, ya que salió disparada como un bólido.

Llegaron a su destino en un tiempo récord. Y Ric no pudo menos de

sorprenderse de que el agente del FBI no la hubiera perdido entre el tráfico. Sólo cuando llegaron se dio cuenta de que había estado apretando la mandíbula durante todo el trayecto.

Piper bajó del coche antes de que Ric pudiera adelantarse para abrirle la puerta. Barrió la zona con la mirada. No le gustaban los lugares tan expuestos: era demasiado arriesgado. Townsend y Green habían aparcado detrás de ellos y

ya estaban bajando del Sedán. Raine se encontraría cerca, como siempre.

El portero del restaurante les franqueó el paso. Una vez dentro, Ric se sintió inmensamente mejor. El maitre los condujo al salón privado del local, donde los esperaba la señora Carlisle. Sonrió nada más ver a Piper y la saludó con un beso en la mejilla.

-Querida, estás preciosa... -en seguida desvió su escrutadora mirada hacia Ric-. Vaya, vaya... -le hizo un guiño a Piper-. Ya había oído yo que había un nuevo hombre en tu vida.

-Ric Martínez, la señora Carlisle... -los presentó, ruborizada.

-Es un placer, señor Martínez -le tendió la mano.

Sin dejar de mirarla a los ojos, Ric se la llevó a los labios para besarle los nudillos.

-El placer es mío, se lo aseguro, señora.

La mujer mayor quedó convenientemente impresionada. Todo lo contrario que Piper, que lo fulminó con la mirada. Aunque la culpa era suya, por haberlo llevado allí.

-Por favor, discúpenos un momento, señor Martínez -pronunció la señora

Carlisle antes de volverse hacia Piper-. Acompáñame, querida. Tenemos muchas cosas de que hablar -y se alejó con ella del brazo.

Ric las observó alejarse. Un anhelo tan intenso como irresistible se apoderó de él, debilitándole las rodillas. Y no podía permitirse sentir algo semejante. Se maldijo en silencio. ¿Qué clase de loco se enamoraría de una mujer que nunca sería suya? Perteneían a dos mundos diferentes. Paseó la mirada por el elegante salón: aquél era su mundo, siempre lo había sido.

Aceptó la copa que le ofreció un camarero y se la bebió de un trago. Un vino exquisito, carísimo. Pensó en su pequeño apartamento de Chicago y en el coche

que mimaba como si fuera un bebé. Era todo lo que necesitaba. Él era un tipo normal y corriente. Fijó la mirada de nuevo en Piper. No era en absoluto el hombre adecuado para ella. Si se les ocurría profundizar su relación, sus diferencias sólo conseguirían separarlos aún más. Y ése era un camino que no estaba dispuesto a recorrer por segunda vez.

Piper respiró aliviada cuando la encopetada y elegante comida tocó a su fin.

Se había sentido incómoda desde el momento en que tomó asiento ante la larga y

exuberante mesa. Martínez había estado demasiado callado. No le había dicho una sola palabra desde entonces. De hecho, no había hablado con nadie: se había limitado a comer en silencio. Y no se había comportado en absoluto como el invitado encantador de la subasta benéfica de unas cuantas noches atrás.

No le había pasado desapercibida la tarjeta que le había pasado la señora Carlisle. Una tarjeta en la que, sin duda alguna, figuraba su número privado de teléfono. Le irritaba que las mujeres galantearan tan abiertamente con Martínez, sobre todo cuando se suponía que era su pareja. Una sola mirada a su perfil mientras se despedía del alcalde, cuando ya se dirigían hacia la puerta, sirvió para recordarle la razón de su éxito: su impresionante atractivo,

su don innato para la seducción. Aquel hombre era maravilloso. Pecaminosa e increíblemente

maravilloso. En realidad, las mujeres no tenían la culpa de caer rendidas ante él.

Apresuró el paso. Pensó en pasar por la cadena de televisión para entregarle

a su secretario un breve resumen de la comida de aquel día. No podía dejar pasar una oportunidad semejante sin reseñarla en los informativos. Antes de

marcharse, Martínez sacaría algunas tomas de los exteriores de la casa. Y

también podrían utilizar imágenes de archivo de distintos eventos sociales organizados por la señora Carlisle. En la sala de prensa tendría que dejar grabadas unas palabras en off.

Pagó la propina al portero y recogió las llaves. Sabía que Martínez la seguía

de cerca. Podía sentir su presencia, pero se negaba a volver la mirada. Ignoraba por qué estaba tan pensativo, tan taciturno. Y ni siquiera quería saberlo. Tenía que concentrarse en su trabajo y pensar en él exclusivamente como profesional y colaborador suyo.

Townsend y Green se dirigieron hacia su propio vehículo. Piper resistió el

impulso de sacudir la cabeza, irritada por aquella especie de ritual de vigilancia.

Pensó en Jones. Quería recuperar a su antiguo y fiel cámara. Quería que su vida volviera de una vez a la normalidad.

-Necesitaremos grabar algunas tomas antes de irnos.

Justo cuando se disponía a abrir la puerta del coche, Ric se abalanzó sobre

ella con toda la fuerza de su peso. Sus brazos la envolvieron mientras caían juntos al suelo. Fue él quien se llevó la peor parte de la caída, y rodó con ella cubriéndola con su cuerpo. Los porteros se lanzaron también al suelo,

asustados, en la misma puerta del restaurante. ¿Qué estaba pasando?

Piper lo oyó entonces: el silbido de una bala y su impacto en la acera, muy cerca. Alguien estaba disparando contra ellos. El corazón le latía tan rápido que podía oír el estruendo de la sangre circulando como un torrente por sus venas. El de Martínez también estaba acelerado: lo sentía contra su pecho, apretado como

estaba contra su cuerpo. Vio que sacaba algo de debajo de la chaqueta y al instante tenía un arma en la mano.

Lo siguiente que oyó fue el estallido de un cristal, al lado.

-¡Mi coche!

-Tranquila, querida -Ric la mantenía firmemente inmovilizada contra el suelo-. El coche se puede reparar. Tu caso es distinto.

La estaba protegiendo. Su rostro estaba muy cerca del suyo, con su aliento acariciándole los labios. Pese a lo dramático de la situación, Piper no pudo evitarlo: tenía que tocarlo. Tenía que sentir aquellos labios tentadores, delinear el dibujo de su fuerte mandíbula. Lo hizo. Y cuando lo tocó, aquellos ojos oscuros se iluminaron con un brillo tan apasionado como el que debía de reflejarse en los suyos.

Los dedos de su mano izquierda se cerraron sobre su brazo, sintiendo su abultado bíceps. Vio que esbozaba una mueca de dolor. Sólo entonces se dio cuenta. Al retirar la mano, vio que tenía la palma húmeda.

Sangre. Parpadeó varias veces, como si sus ojos se negaran a asimilar la información que su cerebro le transmitía. Martínez estaba sangrando.

Capítulo 9

Piper sacudió la cabeza con gesto resuelto.

-No quiero oírlo, Martínez. Te dispararon -señaló el grueso vendaje que envolvía su bíceps-. ¿Y si te hubieran matado?

-No me mataron -insistió, tranquilo-. Sólo es un rasguño -le dolía, pero había sobrevivido.

Furiosa, giró sobre sus talones y empezó a pasear de un lado a otro, una vez más.

-Sólo es un rasguño -repitió-. He ahí al típico macho, al hombre duro...

Ric se llevó una mano a la frente dolorida. Piper estaba muy enfadada. Se había puesto histérica cuando descubrió que estaba sangrando. Había tenido que

inmovilizarla contra el suelo hasta que el peligro pasó de una vez. Para cuando llegó la ambulancia, ya no sabía si era ella o él quien necesitaba asistencia.

Había rechazado un sedante, pero se había tranquilizado mucho cuando el médico le aseguró que se pondría como nuevo, ya que la herida no era de gravedad. La bala le había pasado rozando.

Ric no había esperado ese tipo de reacción de ella. Al principio la había atribuido al miedo: al fin y al cabo, alguien había intentado matarla. Pero en aquel momento, una hora después de que llegaran sanos y salvos a su apartamento, Piper seguía terriblemente alterada.

-Estoy de acuerdo con Dave -comentó con tono suave, con la esperanza de desactivar aquella explosiva situación. Vio que se detenía en seco para fulminarlo con la mirada-. Creo que no deberías dejarte ver por ahí hasta la entrevista del martes -decidido a convencerla, añadió-: Esa entrevista es demasiado importante para arriesgarla con cualquier imprevisto. Piensa que podrías perderla en el último momento.

Una expresión mezcla de ira y humillación asomó a sus ojos increíblemente

azules.

-Tú piensas que todo esto es por mi culpa... -respondió, incrédula.

Se estremeció visiblemente, y a Ric le entraron ganas de abrazarla. Antes de que pudiera evitarlo, cubrió la distancia que los separaba. Afortunadamente, se detuvo a tiempo. No la tocó.

-Ahora estás a salvo. Y no pienso perderte de vista hasta que desaparezca la amenaza.

Raine se había encargado del agresor. El tatuaje que llevaba en el brazo lo había identificado como un fanático del SUS. Estaba muerto. A no ser que se las arreglaran para encontrar al jefe y sacarlo de su cubil, Piper no tenía otra perspectiva que seguir conviviendo con el riesgo de un atentado. Ric esperaba que el topo que el FBI había infiltrado en la organización descubriera algo pronto.

Piper lo miró directamente a los ojos.

-Tú no lo comprendes... -murmuró, cansada-. Yo tomé una decisión

consciente y responsable al acudir a esa rueda de prensa del mes pasado. Sabía el riesgo que corría y aun así fui. Conozco también el riesgo añadido que corro casa vez que salgo por esa puerta con los del SUS acechando cada uno de mis

movimientos. Yo... -se llevó una mano a la boca, emocionada.

Ric se decidió entonces a tocarla. No podía soportar verla llorar.

-No, Piper...

Pero ella le retiró la mano.

-Tú... -empezó, esforzándose por recuperar la compostura-... no hiciste nada

para provocar al SUS. No debieron haberte disparado -le dio la espalda-. Todo esto es culpa mía. No debí haber consentido que me acompañaras. No es seguro

estar conmigo.

Instintivamente, la abrazó. Ella se resistió al principio, pero luego se apoyó contra su pecho.

-No te preocupes por mí, querida. Sé cuidar de mí mismo.

-Sigo pensando... -suspiró-... que pudo haber sido mucho peor.

Ric era de la misma opinión, pero no se lo dijo. Pudo haber resultado herida.

Cerró los ojos, afectado incluso por la mera posibilidad. Townsend y Green no

habían andado lejos, pero ninguno de los dos había visto al tirador. Y si Ric lo había descubierto había sido por casualidad, por pura suerte. Había vislumbrado algo en la ventana del segundo piso de un edificio, al otro lado de la calle. Si hubiera tardado un solo segundo más en reaccionar...

Frunció el ceño. Era casi como si el tipo hubiera querido que lo vieran en

aquel último instante. El movimiento que había hecho, cara el sol, con el reflejo cegador del arma... En cualquier caso, estaba muerto. Raine era un gran tirador.

Piper se volvió dentro del círculo de sus brazos y lo miró a los ojos.

-Deberías alejarte de mí -pronunció con tono firme, al tiempo que apoyaba

las palmas de las manos sobre su pecho-. Hablo en serio, Martínez. Quiero que

te vayas.

-No puedo hacer eso, querida -repuso, cada vez más excitado por su cercanía.

Piper cerró entonces los puños, sin retirarlos de su pecho. Tenía la mirada fija en su boca. Cuando se puso de puntillas para besarlo en los labios, Ric perdió el poco control que pudiera quedarle. Era una invitación que no podía rechazar. Sus manos se abrieron camino por su pelo para tomarla de la nuca. El anhelo que había estado acumulando en su ser durante toda la semana reventó en una explosión de deseo. Piper le alzó la camisa y él se la sacó por la cabeza para arrojarla a un lado. Sus suaves manos empezaron a viajar por su piel, enloqueciéndolo. Hasta que de repente se detuvo y retrocedió un paso.

Durante un largo instante se limitó a mirarlo a los ojos, excitándolo aún más.

Ric ansiaba desesperadamente prolongar el abrazo, pero sabía que la decisión no era suya. Sabía el precio que tendría que pagar él, pero no ella. Si Piper quería traspasar aquella línea y afrontar las consecuencias correspondientes, tendría que hacerlo a conciencia.

Sin pronunciar una palabra, lo tomó de la mano y se lo llevó al dormitorio

sumido en la penumbra. El último sol de la tarde no conseguía atravesar las gruesas cortinas de encaje. Cuando se volvió hacia Ric, un fugaz brillo de vacilación asomó a sus ojos. Se sentó a un lado de la cama, mirando a todas partes menos a él, con las manos reposando en el regazo.

Ric se sentó en el otro extremo, permitiéndole recuperarse antes de que se decidiera a mirarlo de nuevo. Mientras esperaba estudió la suave curva de su hombro, la fina cintura que se prolongaba en sus esbeltas caderas. Tenía la piel tan blanca y cremosa como la porcelana.

-Me gustaría que me tocaras -dijo al fin-. Sé que quieres hacerlo.

Extendió una mano y deslizó los dedos por aquella piel desnuda con la que tanto había fantaseado unos segundos antes. Vio que cerraba los ojos, gimiendo

de aprobación. Se inclinó hacia delante y le besó un hombro. La oyó contener el aliento. Animado, le bajó los tirantes del vestido mientras la acariciaba con los labios. Quería saborearla, paladearla por entero. Uno a uno fue desabrochándole los botones de la espalda, sin dejar de besarla.

Tomó especial cuidado en soltarle el broche del sujetador. Una vez desabrochados todos los botones hasta la cintura, Piper se irguió y el vestido cayó a sus pies. Se quitó el sujetador de satén. Era fuego y no sangre lo que corría por las venas de Ric mientras la contemplaba admirado. Tenía una piel perfecta, sin mácula. Su trasero resaltado por el tanga quitaba el aliento.

Se giró lentamente para quedar frente a él. La vista de sus esbeltas y bien

torneadas piernas, de longitud acentuada por los zapatos de tacón, lo debilitó de deseo. Y lo mismo el pequeño triángulo de seda que velaba su sexo.

Frunció el

ceño al ver la tirita que llevaba cerca del ombligo: tendría que tener cuidado para no hacerle daño. Pero su preocupación se evaporó cuando alzó la vista y tropezó con sus senos desnudos, pequeños y firmes, con los rosados pezones endurecidos.

En el instante en que se encontraron sus miradas, descubrió en sus ojos el

mismo anhelo que reverberaba en los suyos. Se levantó para acercarse.

Instantáneamente Piper extendió una mano hacia su bragueta, dispuesta a desabrochársela. Esquivó su boca cuando él intentó besarla para concentrarse por entero en la tarea de despojarlo de los pantalones. Gruñó al sentir sus dedos tan cerca de su sexo, dolorosamente excitado. Era como si estuviera a punto de

estallar en cualquier momento...

Se arrodilló ante él y le bajó pantalón y calzoncillo a la vez. Verla en aquella postura le provocó una oleada de calor que lo abrasó por dentro. Piper lo descalzó y le quitó los calcetines. Sólo entonces se levantó para, inclinándose,

besarle el brazo muy cerca del vendaje.

Incapaz de contenerse por más tiempo, le cubrió los senos con las manos y empezó a acariciárselos lentamente. Piper echó la cabeza hacia atrás y soltó un gemido de placer. La besó en la base del cuello sin dejar de acariciarla. Luego la agarró de las nalgas, apretándola contra sus caderas. Su boca encontró la suya y sobrevino un beso de febril urgencia que le aceleró el pulso aún más. No podía

esperar. La levantó en brazos y la tumbó sobre la cama.

Se inclinó sobre ella, besándola ávidamente en los labios. De rodillas a su lado, empezó a trazar todo un sendero de besos a lo largo de sus piernas, hasta llegar a sus pies. Le alzó uno, apoyándolo contra su pecho, y le quitó el zapato de tacón. Lo lanzó a un lado y repitió la operación con el otro.

A partir de ese momento se dedicó a lamerle el empeine, el tobillo, la pantorrilla... Cuando llegó al comienzo de sus muslos, Piper se retorció de deseo, de necesidad, tendiendo los brazos hacia él, desesperada. Pero Ric se resistía.

La besó muy cerca de la tirita que llevaba en el vientre, recordando el miedo que había sentido en el hospital. Un tipo de miedo que jamás antes había experimentado. Usando las dos manos, la despojó del tanga. Una vez que la prenda fue a reunirse con las demás apiladas en el suelo, la hizo volverse. Era tan hermosa... Quería que durara. Que aquellos momentos significaran algo especial para los dos.

Piper lo observaba con atención mientras se dejaba desnudar. Luego vio que volvía a sentarse, como si se conformase con mirarla. Apenas podía respirar.

Estaba completamente excitado. Y la reacción de su cuerpo resultaba estremecedora. Estaba húmeda, dispuesta, atravesada por una dolorosa necesidad. Sus besos y caricias la habían colocado ya al borde del clímax. Y

el hecho de verlo allí, delante de ella, la excitaba aún más.

No sólo tenía un cuerpo magnífico, sino que estaba increíblemente bien dotado. Incorporándose, se cernió sobre ella sin dejar de mirarla directamente a los ojos. Parecía un dios latino de tez dorada, una estatua viviente...

-Avísame si te hago daño, querida -le dijo mientras le abría los muslos.

-No hables, Martínez... -repuso entre jadeos.

Le tomó las manos y se las puso detrás de la cabeza. Piper ansiaba sentir sus

labios sobre los suyos una vez más, pero él parecía tener otros planes. Mirándola en todo momento, empezó a acariciarla íntimamente. Poco después la punta de

su miembro presionaba con suavidad contra su sexo, intentando abrirse paso. Su

reacción instantánea fue abrirse aún más. La llenó de un solo y fluido movimiento, penetrando hasta el fondo.

Piper alcanzó inmediatamente el orgasmo y él se quedó absolutamente

inmóvil, sintiéndola estremecerse y contraerse en torno a su excitación. Cuando abrió nuevamente los ojos vio que seguía observándola: él también estaba a punto. Sólo en ese momento volvió a besarla en los labios, con tanta ternura como pasión. Y empezó a moverse.

Piper gemía, gimoteaba. Ric introdujo la lengua en el dulce interior de su boca, siguiendo el ritmo de sus caderas, buscando una penetración aún más intensa, absoluta. De pronto se retiró lentamente. Ella quería tocarlo, arrastrarlo una vez más a su interior, pero él le sujetó firmemente las manos,

inmovilizándola. Suspirando por su siguiente movimiento, enredó las piernas en

torno a su cintura y alzó las caderas, con lo que consiguió lo que quería. Ric soltó un gruñido y la besó con ansia multiplicada, hasta hacerle perder casi el

sentido.

Volvió a retirarse, tentándola insoportablemente. Piper quería gritarle, ordenarle que volviera a entrar, a moverse. Un nuevo clímax se estaba preparando. Finalmente se movió, emitiendo un gemido de aprobación. Sus manos se cerraron con fuerza sobre las suyas, mirándola con intensidad casi demente, mientras iniciaba un ritmo que la dejó incapacitada para hacer nada excepto perderse en sus ojos oscuros.

El mundo pareció estallar a su alrededor. Cuando pensó que la marea de placer iba a ceder, se levantó otra. La liberación de Ric fue tan violenta que le arrancó un grito estremecido. Aminoró el ritmo pero no se detuvo, apurando al máximo el placer.

Por fin se tendió a un lado, abrazándola con fuerza. Tenía la piel perlada de sudor. Otra vez la estaba envolviendo con su cuerpo, como había hecho ese mismo día, cuando lo hirieron. Cuando la protegió, recibiendo una bala que había estado destinada a ella.

Se le llenaron los ojos de lágrimas al pensar que ella también ansiaba protegerlo a él. Más que cualquier otra cosa en el mundo. Estaba a punto de hacerle la pregunta que latía en el fondo de su mente cuando Ric se adelantó.

-Espero no haberte hecho daño, querida -murmuró contra su sien-. Intenté controlarme, pero te deseaba tanto... -suspiró, claramente descontento consigo mismo.

-Bueno, si no estás del todo satisfecho con tu actuación... -sonrió, olvidada de su pregunta-... siempre podemos repetirla.

-¿Es un desafío? Porque si lo es, yo jamás he podido resistirme a uno...

-¡Espera! -lo detuvo, poniéndole las manos en el pecho, pese a lo mucho que lo deseaba ella también-. Hay algo que tengo que saber. Sólo una pregunta...

¿dónde aprendiste a desenvolverte tan bien en una situación como la del tiroteo?

-tenía que saber si lo que sospechaba era cierto.

Ric frunció levemente el ceño.

-Ya te lo dije -susurró antes de empezar a mordisquearle los labios-. Allí de donde yo vengo, el riesgo y el peligro están a la orden del día.

-¿Así que creciste en un barrio como Hope Place?

-Mucho, mucho peor, querida -deslizó un dedo a todo lo largo de su mandíbula, hasta su cuello-. Esquivar balas y tipos indeseables era como una forma de vida para mí -su dedo prosiguió viaje hasta un pezón, deteniéndose allí.

Piper se estremeció, olvidada de pronto de lo que había querido decirle.

Contuvo el aliento cuando Ric deslizó la otra mano más abajo y comenzó a acariciarla íntimamente. ¿Alcanzaría nuevamente el clímax antes de que entrase

en ella? El simple hecho de verlo mirándola, tocándola, la excitaba tanto que apenas podía soportarlo. Lo deseaba con tanta desesperación...

Justo en aquel momento sonó el teléfono. Y Ric se apartó bruscamente, como si alguien acabara de entrar en la habitación.

-No pienso contestar -le advirtió Piper.

-Puede ser importante -replicó él, frunciendo el ceño.

El teléfono seguía sonando. Hasta que lo descolgó.

-Martínez.

Contrariada, Piper deslizó una mano todo a lo largo de su pecho,

descendiendo cada vez más... hasta cerrar los dedos en torno a su miembro erecto, todavía húmedo. No había podido evitarlo; necesitaba tocarlo. Pero Ric no gimió, ni emitió un solo sonido. Se limitó a ponerle una mano sobre la suya, deteniendo sus eróticos movimientos.

-Lo entiendo. No, no hemos vuelto a la cadena. Sí, señor, está aquí mismo -le pasó el auricular-. Tu tío Lucas -le informó, tenso.

No podía haber escogido una ocasión menos adecuada, se dijo mientras se ponía al teléfono. Martínez se levantó para recoger su ropa y vestirse.

-Hola, tío Lucas -lo saludó, contenta. Nunca antes había disfrutado tanto de una relación sexual. Estaba pensando en ello cuando se obligó a prestar atención a lo que le estaban diciendo-. ¿Martínez? -exclamó, sorprendida de la pregunta

de su tío-. Oh, es increíble...

Lo había dicho con una voz tan soñadora que Ric le lanzó una mirada de contenida amonestación mientras se abrochaba los pantalones.

-¿Qué? -Piper se sentó bruscamente en la cama. Acababa de enterarse de que

Weaver estaba muerto-. ¿Cuándo?

Hacía menos de dos horas. Coincidiendo casi con el atentado que había sufrido ella. A Weaver le habían disparado mientras se reunía con su prometida

en un presunto lugar seguro. Los federales se habían opuesto al encuentro, pero él había insistido. Ahora estaba muerto.

Piper era la única que quedaba. Se llevó la otra mano a la frente, conteniéndose para no llorar. Su tío continuaba con las explicaciones.

-¿Que el senador Rominski va a cancelar su viaje a Atlanta? -preguntó, incrédula. Tenía que haber oído mal.

No había oído mal, pero Lucas se negaba a darle más detalles por teléfono.

Al parecer Townsend y Green estaban recibiendo la información en aquel mismo

instante por una línea más segura. Ellos le precisarían todo lo que necesitaba saber.

-No lo entiendo...

Pero Lucas le aseguró que no tenía por qué preocuparse. Que todo saldría bien.

-Yo también te quiero -susurró antes de colgar.

Alzó la mirada. Martínez había abandonado el dormitorio y ella ni siquiera se había dado cuenta. Se puso rápidamente una camiseta y unos pantalones de chándal y fue a buscarlo al salón.

“Weaver está muerto”. Las palabras de su tío seguían resonando en su mente.

Y ella era la próxima en la lista. Si no hubiera sido por Martínez, ese mismo día ella habría seguido la misma suerte que Weaver. Se detuvo en el pasillo y cerró los ojos por un instante, en un intento por recuperar la compostura. Pensó en la manera que había tenido de protegerla y de hacerle después el amor con la misma seguridad y determinación, pero con una increíble ternura.

Refrenando sus emociones, entró en el salón. Townsend ya estaba hablando en voz baja con Martínez. Ambos se volvieron para mirarla.

-Así que yo soy la única que queda, ¿eh?

Se arrepintió de sus palabras nada más ver la consternada expresión de Ric.

-Señorita Ryan, voy a ponerla al tanto a usted y a Martínez del plan del señor Camp.

Piper se dejó caer en el sofá.

-De acuerdo. Pero le pido que sea sincero conmigo.

Como si fuera una enferma terminal. Martínez soltó una retahíla de maldiciones en español y desvió la vista.

-No se puede luchar contra un enemigo invisible -añadió, poniendo voz a lo que estaban pensando los demás. Concentró su creciente furia en Townsend, ya que Martínez no parecía dignarse a mirarla-. Porque lo cierto es que hasta el momento no han tenido ningún problema en llegar hasta mí.

Ric la fulminó con la mirada.

-La solución, sin embargo, es bien sencilla. Cuando el enemigo es desconocido e imprevisible, entonces también ha de serlo el objetivo.

-¿Y cómo se consigue eso? -quería confiar en él, pero... ¿qué idea podía tener de todo eso? Era un cámara de televisión, no un agente secreto. Por muy duro que hubiera sido el barrio en el que había crecido, se estaban enfrentando con verdaderos terroristas.

-Martínez tiene razón -secundó Townsend-. Por eso hemos elaborado un plan. Hasta el momento, usted ha llevado una vida normal, su rutina de costumbre. Si hacemos lo que propone su tío, todo eso cambiará completamente.

Dentro de una hora estaremos volando en un avión privado del señor Camp.
En

Washington D.C. nos alojaremos en un hotel cercano a una de las cadenas locales de televisión. Oficialmente el senador Rominski se ha ido a pasar el fin de semana con su mujer a Nueva York, sólo para despistar al SUS. Esos tipos no

esperarán que usted vaya a D.C. si el senador no está allí. El lunes por la mañana la entrevista se celebrará en el estudio de la cadena para ser emitida después de El Show de la Mañana, antes de que los del SUS se enteren de su estancia en Washington. Hay que reducir todo lo posible el número de personas que conozcan el plan. Sólo su director de informativos y el propio senador sabrán que usted está en la ciudad.

Piper estaba asombrada. ¿La entrevista se iba finalmente a celebrar, para ser emitida a escala nacional? Era como si, al elaborar ese plan, su tío hubiese querido mantenerla a salvo y ayudarla en su carrera al mismo tiempo. Por supuesto, él había pasado casi toda su vida en el mundo de las agencias secretas de información, del espionaje. Si alguien podía golpear al SUS y hacer feliz a la vez a Piper, ése era Lucas Camp. Y la entrevista se emitiría a escala nacional...

Miró a Martínez.

-¿Crees que funcionará?

Le sostuvo la mirada durante un buen rato antes de responder. Una especie de corriente eléctrica parecía fluir entre ellos. Piper pensó, vacilante, que su relación trascendía con mucho al sexo. No había dejado crecer desde el mismo

día que se conocieron.

-Creo que puede funcionar.

Piper soltó un profundo y tembloroso suspiro.

-Hagámoslo entonces -pronunció, volviéndose hacia Townsend.

-Hay una cosa más que necesitas saber -le espetó Martínez.

No debía de tratarse de nada bueno. Lo sospechaba por su sombría expresión.

-¿Qué es?

-La Agencia tiene un topo infiltrado en el SUS -desvió la mirada por un instante antes de añadir, con el tono más frío y carente de emoción posible-: Han planeado una especie de gran escena para ti. El tipo todavía no sabe bien de qué se trata, pero sea lo que sea, es por eso por lo que sigues viva hasta ahora. Está convencido de que, hasta el momento, los atentados que has sufrido no buscaban

tu muerte. Incluso el de hoy.

Se le encogió el estómago. “Podríamos matarte en cualquier momento.

Ahora mismo, si así lo quisiéramos”: las palabras del autor de la llamada anónima asaltaron su mente. Estaban jugando con ella.

-Así que me tienen reservado algo especial... -se aventuró a comentar.

-Eso parece -repuso Townsend. Martínez se había quedado callado-. Sólo podemos suponer que tiene algo que ver con la entrevista del senador. Dado que

se negoció con su cadena apenas hace unos días, es posible que estemos equivocados, pero es la hipótesis con la que trabajamos en el momento...

-O también es posible... -lo interrumpió Ric-... que tengan a alguien tan bien colocado en las altas esferas que se hubiese enterado de los planes de la entrevista del senador... antes incluso que la cadena de televisión.

-Sí, es una posibilidad -convino Townsend-. Pero el entorno del senador está sometido a férreas condiciones de seguridad.

Piper ya no pudo disimular más. Acercándose a Martínez, lo abrazó de la cintura y apoyó la cabeza sobre su pecho. Con él se sentía a salvo. Dentro del círculo de sus brazos casi podía creer que, de alguna manera, al final todo terminaría arreglándose.

-¿Podrá estar lista dentro de media hora, señorita Ryan? -le preguntó Townsend.

-Sí. Pero no me iré a ninguna parte sin Martínez. Es mi cámara. Él irá a donde yo vaya.

-No te preocupes, querida -le aseguró Ric, con su profunda voz reverberando en su pecho-. Puedes estar segura de que no irás a ninguna parte sin mí.

Capítulo 10

La habitación de hotel estaba casi a oscuras, apenas iluminada por la lámpara del salón. Piper permanecía de pie frente a la ventana, contemplando la noche.

No había vuelto a abrir la boca desde que subieron al avión privado y abandonaron Atlanta. No había mostrado ningún interés por la cena y se había retirado a la habitación poco después. Ric la observaba desde el umbral, deseoso de decirle algo, cualquier cosa, para levantarle el ánimo.

Suponía que lo mejor era dejarla en paz. Pero no estaba muy seguro de que pudiera hacerlo. Era como si formara parte de su ser. Desde el principio había percibido algo especial entre ellos, y la había deseado como jamás había deseado a ninguna mujer. Pero lo que había ocurrido aquella tarde, el episodio amoroso

que habían compartido, había sellado su destino. Sabía que nunca más volvería a ser el mismo. Ignoraba lo que le había hecho, pero sólo quería estar con ella. Y, por desgracia, todo eso iba a terminar demasiado pronto.

Ric cerró los ojos, sobreponiéndose al dolor que acompañaba aquel último

pensamiento. Toda su relación estaba fundamentada sobre una mentira. Él no era

quien ella pensaba que era. Y tenía el mal presentimiento de que, cuando se lo dijera, tampoco comprendería las razones por las que le había ocultado su verdadera identidad... sobre todo después de lo que habían vivido aquella tarde.

Se tragó el nudo que le atenazaba la garganta y abrió los ojos. Había cometido un error. No debería haberse acostado con ella con aquel engaño de por medio.

Había tenido la oportunidad perfecta de decírselo cuando ella le preguntó dónde había aprendido a desenvolverse tan bien en un tiroteo. Pero había pecado de cobarde al elegir el camino útil.

Reflexionó sobre las próximas cuarenta y ocho horas. La suite que compartían tenía dos dormitorios. ¿Querría compartir su cama con él esa noche?

Y si lo hacía... ¿se acostaría con ella con aquella mentira de por medio?

Townsend y Green estaban al otro lado del pasillo, en una suite propia. Lucas había elegido el hotel. Raine andaría por alguna parte. Aunque se moriría de ganas de hacerlo, Lucas no se acercaría al lugar. No podía correr el riesgo de que lo vieran y comprometer así el secreto de la localización de Piper.

Junto con su equipo, Lucas Camp seguía trabajando a marchas forzadas para parar a los del SUS. Ric no había rezado desde que era niño, pero ese día lo había hecho. Quería proteger a Piper. Maldijo para sus adentros: quería hacerle el amor de nuevo. El pensamiento lo excitó. Más que cualquier otra cosa, quería

darle la oportunidad de llegar a conocerlo, al verdadero Ric Martínez, y perdonarlo por haberle hecho el amor con aquella mentira pendiendo sobre

sus

cabezas. Soltó un profundo suspiro, demasiado exhausto para pensar.

-¿Sabes? Odio esta ciudad -le confesó de pronto Piper, en voz baja.

-¿Por qué? -atravesó el salón y se apoyó en la pared de la ventana-. No es el lugar más bonito del planeta, pero no está tan mal.

Piper permaneció callada durante un buen rato, con la mirada clavada en el paisaje nocturno.

-Tenía ocho años cuando murió mi padre -dijo al fin-. Vivíamos no muy lejos de aquí.

-¿Qué clase de trabajo hacía tu padre? -Ric ya sabía parte de la respuesta, pero quería saber más.

Piper cruzó los brazos sobre el pecho, todavía sin mirarlo.

-Mi tío Lucas y él trabajaban para la CIA. En operaciones especiales de alto secreto.

Ric asintió. Lucas encajaba perfectamente en aquel perfil.

-Fue así como mi madre lo conoció -continuó ella-. Lucas lo trajo a casa después de una misión y fue un flechazo a primera vista. Pero, como suele ocurrir, mi madre sólo fue una amante para él. Porque estaba casado con su trabajo. Amaba su trabajo por encima de todo y de todos.

Ric creyó descubrir en su tono a la niña dolida y amargada que había sido.

Aquello le desgarró el corazón.

-La CIA exigiría de él una dedicación exclusiva -sugirió en un intento por enfocar el asunto con una luz diferente.

-Era más que eso -pronunció, decidida-. Yo no puedo explicármelo. En aquel tiempo era demasiado joven. No le quedaba nada para nosotros. En las escasas

ocasiones que paraba por casa, era como un hombre agotado, vacío. Ni siquiera

intentaba jugar o hablar conmigo.

-Y te quedaste resentida con él cuando te abandonó al morir.

Piper soltó entonces una amarga carcajada.

-Estaba resentida mucho antes de eso. Creo que incluso desde antes de nacer, por haber hecho tan desgraciada a mi madre -sacudió la cabeza-. Ella se dejó engañar completamente. Seguía viéndolo como un hombre bueno y cariñoso que

la amaba por encima de todo. Y lo peor es que lo recuerda así. Pero la realidad es que estaba casado con su carrera.

Ric se acercó más a ella. Quería que la tocara; podía sentirlo. Le tomó una mano.

-¿Por eso tienes miedo de enamorarte?

-En ese sentido, no se puede confiar en nadie.

La atrajo hacia sí, obligándola a que lo mirara.

-Quizá de quien tengas miedo de confiar sea de ti misma, querida -vio que se

sobresaltaba ante aquella sugerencia-. Tal vez tengas miedo de anteponer tu carrera a una relación personal... al igual que tu padre hizo con tu madre.

La capacidad de penetración de aquel hombre no dejaba de asombrarla.

Tenía razón. Aquella posibilidad se le había pasado alguna vez por la cabeza, pero se había negado a detenerse demasiado en ella. Aunque su madre había dejado de sufrir por su padre, aunque había superado su largo duelo, todavía lo amaba. Y Piper no quería descubrirse un día a sí misma sumida en aquel perpetuo estado de infelicidad.

-Supongo que hay un poco de todo -admitió, reacia. Se recordó que lo fundamental era la supervivencia. Y ella no estaba dispuesta a terminar como su madre-. No quiero enamorarme de alguien como mi padre. Me conformaría con

un tipo normal y corriente que no tuviera ninguna aspiración de salvar el mundo.

Ric deslizó un dedo todo a lo largo de su mejilla, provocándole una punzada de deseo. Lo deseaba de nuevo. Y seguiría deseándolo después. Una sonrisa despejó su ceño. Sus caricias parecían alejar aquella tristeza que le anidaba en el alma.

-Pero tú arriesgas tu vida por aquello en lo que crees -repuso él-. ¿Por qué no habrías de permitir que el hombre que amas hiciera lo mismo?

Piper le tomó la mano entre las suyas.

-Sé que suena egoísta, pero simplemente no puedo evitarlo. Me dolería demasiado perder a esa clase de hombre. No quiero enamorarme de un héroe, Martínez -se quedó en silencio, recordando-. Una noche, mucho después de que

muriera... -se encogió de hombros-... no sé, yo tendría unos once o doce años, me desperté en mitad de la noche con la sensación de que acababa de estar en mi habitación -miró rápidamente a Ric-. Esto es, como él solía hacer. En las

raras ocasiones que volvía a casa, entraba en mi habitación y se quedaba viéndome dormir. Mi madre me dijo que era en aquellos momentos cuando tomaba

conciencia de lo mucho que me quería y echaba de menos -sacudió la cabeza-.

Pero yo no la creía.

-Te despertaste y no estaba allí. ¿Y luego qué pasó?

Piper dejó que los recuerdos afloraran, algo que no hacía con frecuencia.

-Estaba tan segura de que había estado presente en aquella habitación... Casi

podía sentirlo -se llevó la mano de Ric al pecho-. Así que corrí escaleras abajo, buscándolo. Y me caí -añadió, tocándose la pequeña cicatriz de la barbilla-. Mi madre tuvo que llevarme a urgencias. Al parecer fue algo muy extraño. No había

sangre en el suelo, ni tampoco en mi ropa. Pero al día siguiente encontró un pañuelo ensangrentado dentro de la lavadora, uno con las iniciales de mi padre.

Mi madre sostiene que su fantasma acudió en mi ayuda cuando yo estaba inconsciente -soltó otra amarga carcajada-. Pero, sabiendo lo histérica que se pone mi madre en emergencias de ese tipo, seguro que ella misma usó ese pañuelo y luego se olvidó.

Martínez la abrazó, estrechándola contra su pecho.

-Bueno, todos tenemos nuestros fantasmas particulares.

Aun así -empezó de nuevo tras un largo silencio-, he podido sentirlo muchas

otra veces -frunció el ceño, haciendo memoria-. Como en las ceremonias de graduación del instituto y de la universidad. Era como si alguien me estuviera observando -sacudió la cabeza-. No, no alguien... él -suspiró, irritada consigo misma por haber expresado algo tan absurdo-. ¿Qué hay de ti, Martínez?

¿Cómo

fue tu infancia? Apenas me has hablado de ella.

-Me temo que fue muy diferente de la tuya, querida -sonrió, triste-. Éramos muy pobres. Mis padres trabajaban en una tienda muy modesta. El trabajo era duro y apenas ganaban lo suficiente para sobrevivir.

-¿Tienes hermanos o hermanas?

-Uno más pequeño. Nos cuidábamos el uno al otro durante las largas jornadas de trabajo de nuestros padres. Vivíamos en un barrio muy difícil. Fue un milagro que saliéramos adelante.

-Pero lo conseguisteis. Los dos. Por cierto, supongo que tu hermano recibiría los nombres de los otros hermanos de tu madre, ¿no? -le preguntó, divertida.

-Efectivamente -respondió con una sonrisa-. Carlos Jorge se llama.

-¿Dónde vive tu familia?

-Carlos Jorge en Chicago. Nuestros padres murieron hace mucho.

-Lo siento -murmuró Piper. Sabía que todavía los echaba de menos-. La relación que tengo con mi madre siempre ha sido tan tensa, tan tirante... que a veces me olvido de que eso no es lo normal, lo habitual. Ella siempre está fuera, descansando en algún centro turístico, y yo lo prefiero. De hecho, ni siquiera sabe nada sobre todo este asunto del SUS.

Ric le dio un beso tan tierno en la frente que le entraron ganas de llorar.

-El amor no es siempre así, querida.

-Duerme conmigo esta noche, Martínez -apoyó la mejilla contra su pecho, necesitada de escuchar y sentir el fuerte latido de su corazón-. No quiero estar sola.

-No te preocupes. Te prometo que no lo estarás.

El día siguiente se le hizo eterno a Piper. Lucas llamó varias veces para preguntar por ella, pero no tenía ninguna noticia nueva. Por la tarde, la tensión la había dejado agotada. Se sentía inquieta, nerviosa. El antiguo dolor que le había revelado a Ric la noche anterior parecía haberse reavivado. Era como si el hecho de hallarse en aquella ciudad la pusiera enferma. A ese paso, no estaría en absoluto en forma para la trascendental entrevista de la mañana del lunes...

En cuanto a Ric, finalmente había comprendido por qué su trabajo

significaba tanto para ella. Al principio había creído que era porque había ansiado triunfar lo antes posible, pero ahora sabía que no era así. Su trabajo, su carrera profesional, era lo único que tenía. Era lo único que podía controlar, y por tanto lo único en lo que confiaba. El se había criado en un ambiente de miseria, pero afecto y cariño nunca le habían faltado. Su familia siempre había estado a su lado, en cualquier circunstancia. Su hermano y él siempre habían estado muy unidos.

Se dijo que tenía que encontrar una forma de distraer a Piper de sus preocupaciones, de su actual situación: la incertidumbre la estaba devorando por momentos. Desafortunadamente, el sexo no era la respuesta. Por mucho que hubieran disfrutado la noche anterior.

Townsend se había pasado todo el día entrando y saliendo, siempre pendiente de Piper. Green no había dejado de caminar de un lado a otro por el salón como

una fiera enjaulada. Debía de ser tan claustrofóbico como ella. Finalmente, a eso de las nueve, los dos agentes se habían retirado a su suite. Ric miró su reloj: eran las nueve y media. Se preguntó si podría convencer a Piper de que se acostara temprano.

Se volvió para mirarla. Seguía paseando inquieta, sin poder parar un momento. Poco podía hacer para ayudarla. No estaba muy seguro de que su corazón pudiera soportar otra noche como la anterior, aunque su cuerpo estaba deseoso. Habían hecho el amor dos veces, y en cada una Piper había logrado meterse más profundamente debajo de su piel. Cerró los ojos. Se había

prometido a sí mismo que no volvería a hacerle el amor... y allí estaba, loco por una mujer que nunca podría amarlo a él...

Por supuesto, no tenía duda de que Piper sentía algo por él. Pero no era suficiente, no bastaba para retenerla a su lado. Al margen de las diferencias que los separaban, tenía la fuerte sospecha de que jamás le perdonaría el secreto que seguía ocultándole.

-No puedo soportarlo más -estalló al fin Piper, sacándolo de sus reflexiones-.

Tengo que salir de aquí -añadió, desesperada.

-Sabes que no es seguro salir de la habitación.

Piper se pasó las manos por el pelo y cerró los ojos.

-Dios mío, odio todo esto. ¿Es por esto por lo que tuvieron que pasar Sorrel y Weaver?

Ric sabía lo que estaba pensando. Sus dos colegas se habían mostrado tan precavidos, a salvo en sus escondites... y aun así estaban muertos de todas formas.

-No lo sé -respondió, sincero.

-Tengo que salir de aquí -recogió su bolso de la mesa y se dirigió hacia la puerta-. Si voy a morir, quiero que sea bajo mis propios términos. No voy a dejarme asesinar en esta habitación como un animal acorralado.

-Espera, querida -se interpuso entre la puerta y ella-. No puedes hacer eso.

No es seguro. Tenemos que quedarnos aquí.

-¿Por qué? El SUS no sabe que estoy en Washington, ¿recuerdas? ¿Acaso no era éste el propósito de este viaje? Estoy a salvo porque nadie sabe que me

encuentro aquí.

-Quizá -le acunó el rostro entre las manos-. Pero no puedo dejar que corras ese riesgo.

-Estoy tan cansada de esto, Martínez...

-Lo sé, querida.

-Por favor, déjame que salga de aquí aunque sólo sea por un rato... -lo miró suplicante-. Tú podrás cuidar de mí. Ya sé que no es tu trabajo, pero confío en ti.

Estás armado. Podrás cuidar tan bien de mí como Townsend... mejor quizá.

-No me pidas que haga eso -murmuró con voz ronca.

-Por favor, sólo un rato... Además, el SUS ignora que estoy aquí. ¿Para qué preocuparse?

Ric conocía bien la capital. Según el último informe del agente infiltrado, el SUS no sospechaba que Piper había abandonado Atlanta. La cadena incluso había emitido un par de imágenes antiguas de archivo, presentándolas como actuales, en las que aparecía informando desde Atlanta.

-De acuerdo -consintió al fin-. Pero yo fijaré las reglas. Harás exactamente lo que te diga y cuando te diga.

Asintió con la cabeza, con la expresión repentinamente iluminada de alegría.

-Sé de un lugar donde podremos perdernos en la multitud.

-¿Cuál es? -inquirió, expectante.

-Un lugar donde podremos... -la abrazó de nuevo-... olvidarnos de todas nuestras preocupaciones.

-Dame cinco minutos para cambiarme.

Nada más verla desaparecer en su habitación, sacó su móvil y marcó el número de Raine. No tenía ni idea de cómo iba a explicarle esto, pero algo se le ocurriría.

Las puertas se cerraron a su espalda inmediatamente después de abordar el vagón del metro. Piper se sentía llena de vigor, completamente renovada. Viva.

Se había sentido así nada más abandonar el hotel y salir a la calle. Miró al hombre que estaba a su lado y no pudo resistir el impulso de tocarlo, de acariciarlo.

A modo de respuesta Ric la besó apasionadamente, indiferente al hecho de que estuvieran en un lugar público. Como si no le importara nada más en el mundo.

El trayecto hasta Columbia Square no duró más que unos minutos. Subieron las escaleras mecánicas tomados de la mano. Momentos después salieron a la acera atestada de gente.

-Por aquí -señaló, rodeándole los hombros con un brazo.

-¿Adónde vamos?

-A un lugar que solía frecuentar cuando vivía aquí -contestó, misterioso.

-¿Con alguna novia? -le preguntó ella con tono inocente.

-Prefiero no responder a eso -sonrió.

-¿Cómo te atreves a llevarme a un sitio donde has estado con otra mujer? - exclamó, bromeando.

-Bueno, me han llamado cosas peores.... Mira, ya casi hemos llegado.

Casi tuvo que correr para seguirle el paso. El local al que la llevó ocupaba la esquina de un edificio. Encima de unas dobles puertas se podía leer, en enormes letras plateadas, un único nombre: Milenium. La música los envolvió nada más

entrar. El trepidante ritmo parecía engullirlos, atraparlos, arrastrarlos al interior de aquel extraño santuario.

Martínez entregó un billete a la mujer que los recibió. Durante el apretón de manos que se dieron, a Piper no le pasó desapercibida la sonrisa que le lanzó, y experimentó una violenta punzada de celos. Por supuesto, aquella pobre mujer no tenía la culpa de que su acompañante pareciera un dios romano de visita en la tierra. Los ajustados pantalones negros y la camiseta ceñida no dejaban absolutamente nada a la imaginación. Había descubierto, por cierto, dónde guardaba su pistola cuando se vestía así: fijada al tobillo. La pista de baile, de forma redonda, era inmensa. La barra tenía forma de media luna y una terraza rodeaba el recinto entero. Varias escaleras en espiral facilitaban el acceso. La pista se hallaba atestada de bailarines: no parecía caber un solo cuerpo más.

-¿Quieres beber algo ahora o después? -le preguntó Martínez.

-Después -gritó Piper para hacerse oír.

Asintió y la llevó a la pista de baile. Sorprendentemente, la multitud les abrió paso. A Piper se le aceleró el corazón, expectante. Hacía tiempo que no bailaba, pero no era ése el motivo de su inquietud. La simple perspectiva de verlo bailar la estaba volviendo loca...

Parecía sentirse perfectamente cómodo con aquel tipo de música, un rápido

ritmo de hip hop. Piper apenas pudo concentrarse en bailar mientras lo veía mover las caderas, aquellas mismas caderas que tan bien recordaba

presionándose contra las suyas... Se le quedó la boca seca. Nunca había visto

a un hombre moverse así: ni siquiera en sueños. Todo su cuerpo parecía sintonizarse al máximo con la música. Y sin dejar de mirarla un solo momento.

Hacia el final de la segunda canción, Piper ya había logrado seguirle el ritmo. Cuando terminó el tema, Ric se detuvo y la miró fijamente a los ojos. El tiempo pareció detenerse en el instante en que empezó a sonar una balada. Los bailarines que los rodeaban se retiraron mientras avanzaba hacia ella.

La tomó de la cintura, adelantando un muslo hasta colocarlo firmemente entre sus piernas. Piper alzó los brazos hasta su cuello y ladeó la cabeza para no romper aquel intenso contacto visual. La caricia de su aliento en los labios era una provocación constante: se moría de ganas de saborear de nuevo aquella boca

tan deliciosa.

Ric bajó una mano a su muslo, deslizándola por debajo del borde de su vestido corto. Piper perdió el aliento al sentir su palma recorriendo la piel desnuda. La atrajo aún más hacia sí, buscando un mayor contacto de su pierna contra su sexo... Mientras tanto, seguía mirándola fijamente. Aquellos

movimientos tan íntimos, aquella hipnótica cadencia la estaba inflamando de deseo. Con una mano firmemente asentada en su cintura, la otra viajaba deliciosamente por su cuerpo, tocando, tentando, seduciendo. La llama de deseo

que ardía en sus ojos le indicaba que estaba tan afectado como ella. La acercó aún más hacia sí, a punto de provocarle un orgasmo. Pero la música cesó de pronto y Piper creyó morir cuando él se separó.

-Tenemos que tranquilizarnos un poco. Vamos a por una copa -propuso.

Empezó a sonar otro tema, rápido y trepidante, antes de que ella pudiera contestar, así que asintió con la cabeza. Martínez la tomó de la mano y la llevó hacia la barra.

Le dijo algo al camarero que ella no llegó a escuchar. Piper se sentó en una

banqueta libre y él la imitó en el instante en que les servían dos copas altas y estilizadas. Arqueó una ceja, escéptica, mientras observaba la bebida de exótico aspecto. Martínez se inclinó para susurrarle al oído:

-No te preocupes, querida. Te gustará.

Piper bebió un sorbo por la pajita y casi gimió de placer. Aquella bebida afrutada era maravillosa. Martínez sonrió, aprobador. Estaba tan contenta de que la hubiera llevado allí... Con la copa en la mano, se giró en su asiento para contemplar el mar de cuerpos bailando. Hasta ese preciso instante no se había dado cuenta de lo mucho que había echado de menos una salida nocturna como aquélla.

De repente Ric vio algo por el rabillo del ojo que llamó su atención, detrás de la barra. Un hombre, que los había estado observando fijamente, se apresuró a

desviar la vista. Una sensación de reconocimiento le aceleró el pulso. Había visto aquella cara en alguna parte antes. No había pasado mucho tiempo desde la última vez que estuvo en aquel local. Quizá se tratara de un cliente regular.

En aquel instante se le acercó una rubia. Esa vez Ric la reconoció al instante: era la misma que había entrado en el servicio de señoras después de Piper, durante la subasta benéfica, varias noches atrás. Sus miradas se encontraron.

Sabía que la había descubierto, pero aun así hizo como si nada: simplemente se

limitó a volver la cara.

Ric se levantó, dejó un billete sobre la barra y tomó a Piper de la mano. Su

primera reacción fue de protesta, pero cambió de idea al ver su expresión. Apuró su copa y se apresuró a bajar de la banqueta,

Se abrió paso entre la multitud, sin detenerse en ningún momento y

apretándole la mano con fuerza. Dos manzanas los separaban de la estación de metro, seis minutos de trayecto y luego otras dos manzanas hasta el hotel, a no

ser que tomaran un taxi. Si aquel tipo o su socia los seguían, tendrían que despistarlos antes de entrar al metro, porque una vez dentro ya no tendrían ningún lugar donde esconderse. Empujó las puertas de la calle y echó a andar en dirección opuesta a la que habían llegado.

-Espera, ¿a dónde vamos? -Piper se detuvo, en un intento por frenarlo.

Se volvió para mirarla, pero no aminoró el paso.

-Todavía no lo sé -mintió. No quería alterarla.

Procuró acercarse a un grupo de paseantes y miró hacia atrás.

Definitivamente, aquel tipo los estaba siguiendo. No había señal alguna de la rubia. Maldijo entre dientes.

Acercó a Piper hacia sí, tirando de ella, y se inclinó como para besarla.

-Me temo que nos siguen.

-¿Qué vamos a hacer? -inquirió, alarmada.

Ric sonrió con más confianza de la que sentía por dentro.

-Intentar despistarlo -esperaba que la rubia no hubiera tomado otro camino para darles caza.

Piper entrecerró los ojos con expresión decidida, negándose a revelar su miedo.

-Suenan divertido.

Echaron a correr. En la siguiente esquina Ric se metió por el agujero de una valla metálica que rodeaba un edificio en rehabilitación. Si la rubia asomaba al otro lado de la calle, se daría de bruces con su compinche. Medio a oscuras, saltaron por encima de los escombros. Piper se escondió detrás de una de las paredes interiores y él la protegió con su cuerpo.

Sacó su pistola y aguzó los oídos. Escuchó un ruido metálico y una

maldición ahogada, justo al otro lado. Estaba claro que el tipo no estaba dispuesto a ceder tan fácilmente. Con exquisito sigilo, recorrió a tientas la pared que los separaba de su enemigo. Piper hizo lo mismo y entraron por la puerta que daba a las escaleras del edificio en obras. Ric escuchó de nuevo. Su perseguidor había seguido el rumbo contrario, al menos por el momento. Otro afortunado respiro. Pero... ¿dónde estaría la rubia?

Subieron las escaleras lentamente, conteniendo el aliento a cada paso. En el tercer piso salieron del rellano para internarse en un laberinto de tabiques en ruina. Ric no se detuvo a recriminarse por haberse dejado convencer por Piper de que salieran del hotel, ni a preguntarse dónde andaría Raine en aquel momento.

Tenían que encontrar un buen escondite hasta que su perseguidor se diera por vencido. O hasta que el propio Raine apareciera.

Al alzar la mirada descubrió la rejilla suelta de un conducto de ventilación, a algo más de dos metros de altura. Perfecto. Se la señaló a Piper e hizo un estribo con las manos. Asintió, comprendiendo al instante. Se quitó los zapatos y, sosteniéndolos con una mano, se aupó con su ayuda hasta la abertura. Tardó en

entrar más de lo que le hubiese gustado, pero al final lo consiguió.

Ric se detuvo a escuchar de nuevo. Podía oír a su perseguidor caminando por el piso de abajo. Al parecer su visión nocturna no era tan buena como la suya, porque tropezó un par de veces. Disponía de tiempo. Agarrándose al borde de la

abertura, tomó impulso y subió ágilmente. Una vez dentro, volvió a colocar la rejilla en su sitio. Tuvo que agacharse, ya que permanecer sentado era imposible en un espacio tan estrecho.

Piper estaba justo detrás de él, respirando aceleradamente. Se volvió hacia

ella y le puso un dedo sobre los labios antes de acercarla hacia sí.

-Voy a descalzarme y a pasar delante, para abrir camino -le informó.

Se quitó los zapatos y los dejó al lado de los de Piper. Volvió a enfundarse la pistola en la cartuchera del tobillo. Sin perder el tiempo, empezó a arrastrarse por el conducto haciendo el menor ruido posible.

Unos cinco metros más adelante, el conducto giraba en ángulo recto hacia la derecha. Después de un segundo giro a unos cuatro metros, continuaba hacia arriba, de modo que tuvieron que detenerse. No podían seguir, pero al menos podían ponerse de pie.

Piper le preguntó al oído, poniéndose de puntillas.

-¿Y ahora qué hacemos?

-Esperar -susurró.

Pensó que era una suerte que hiciera una noche tan fresca. De otra manera, las conducciones se habrían llenado de aire. No podía ver a Piper en medio de aquella oscuridad tan absoluta, pero sí podía oírla respirar, oler su dulce aroma.

Era tan maravilloso estar cerca de ella... Reinaba un completo silencio, que consiguió aplacar sus temores.

Piper deslizó una mano por su pecho. Ric tragó saliva para contener el gemido que le subió por la garganta. Sintió que le acariciaba una tetilla con el pulgar. Una, dos veces. A través de la tela de la camisa, la caricia lo desquició de deseo. Le apartó la mano. Estaba jugando con fuego, y no era precisamente la ocasión más adecuada...

Ella, sin embargo, no parecía compartir esa misma opinión, porque pasó a lamerle el mismo pezón con los labios, succionándoselo a través de la camisa.

Luego se puso de puntillas para capturar sus labios. Lo besó loca, apasionada, frenéticamente. Y él le devolvió el beso con igual o mayor intensidad.

Alzó las manos para soltarle los tirantes del vestido. La oyó ahogar un gemido cuando cerró las manos sobre sus senos. Acto seguido sitió sus dedos luchando ávidamente por desabrocharle el pantalón. Aquello era una locura. No

podían hacer eso... Gruñó contra sus labios mientras se dejaba desnudar. Oh, sí...

Todo su cuerpo reverberaba de necesidad. Después de subirle el vestido hasta la cintura la levantó en vilo, estrechándola contra su pecho. No había espacio suficiente para que enredara las piernas en torno a su cintura, así que la alzó a pulso hasta que sintió su húmedo sexo en contacto con su miembro excitado.

Sosteniéndola con una mano, le apartó la braga con la otra, impaciente, y se colocó en posición. Lenta, tentativamente al principio, se deslizó en su interior.

La besó. Fue un beso tierno, lánguido, que hablaba de desesperación, de pura necesidad.

Lo urgió a que se moviera. Con cuidado, la apoyó contra la pared de metal y empezó a empujar. Despacio. En silencio. Hacia dentro, hacia fuera. Una y otra

vez. Estaba tan húmeda, tan excitada... La adrenalina pulsaba en sus venas ante la sensación de peligro... del riesgo que estaban corriendo, pero no podía

detenerse. Imposible. Entró de nuevo, profundamente. Y se retiró hasta casi salir.

Sintió los dedos cerrándose sobre su camisa, y los suyos sobre su fina cintura. Y

continuó moviéndose.

El ruido de algo metálico raspando contra el suelo de cemento lo sacó de aquella niebla de deseo. Se quedó inmóvil, escuchando con la respiración acelerada. Otro sonido llegó hasta sus oídos. Fue entonces cuando Piper se movió. Ric casi gruñó en voz alta. Intentó detenerla, pero seguía moviéndose.

Muy lentamente, pero seguía moviéndose.

Tensó los dedos en torno a su cintura. Necesitaba escuchar... pero ella no dejaba de moverse. La oyó gemir mientras alcanzaba el orgasmo. Podía sentir su

cuerpo retorcerse, convulsionarse hasta el dolor. La explosión los golpeó a ambos al mismo tiempo. Un mar de luces estalló detrás de sus párpados cerrados

mientras la sangre atronaba en sus oídos. Le cubrió la boca con la suya, tragándose su grito como ella se tragaba el suyo.

Permanecieron abrazados, esforzándose por controlar la respiración. Por encima de sus jadeos, Ric intentó escuchar algo. Nada. Esperaría un poco más para asegurarse de que el tipo no regresaría. Luego volverían por el mismo camino y saldría él primero. Sólo cuando estuviera seguro de que no había peligro la ayudaría a salir a su vez y volverían al hotel.

Pero, por el momento, lo único que podía hacer era abrazarla y rezar para que siguieran juntos cuando todo aquello terminara.

Capítulo 11

Ric no respiró aliviado hasta que no entró con Piper al vestíbulo del hotel.

Fue entonces cuando tomó conciencia de la enormidad de su imprudencia.

Nunca debió haberse dejado convencer por ella. Aunque habría hecho casi cualquier cosa con tal de hacerla feliz...

Pulsó el botón de llamada del ascensor y la urgió a entrar rápidamente. Si a

Townsend se le había ocurrido llamar a su puerta para algo, a esas horas estaría furioso. Y Raine lo estaría probablemente aún más. Justo antes de que las puertas se cerraran, alguien volvió a abrirlas con gesto enérgico.

Tenso, con el arma levantada, se hizo prudentemente a un lado mientras las puertas terminaban de abrirse. No se olvidó de proteger a Piper con su cuerpo.

Frente a él apareció un hombre alto, fuerte, de pelo rubio rojizo y gesto adusto.

Entró en el ascensor mirando a Ric con expresión seca, imperturbable.

Jack Raine. Ric maldijo para sus adentros. Sin dejar de mirarlo en ningún momento, pulsó el botón de su planta y se apoyó relajadamente contra la pared.

Por la manera que tenía de apretar la mandíbula, resultaba obvio que estaba enfadado.

Ric, por su parte, estaba demasiado exhausto emocionalmente para

enfrentarse con él. Sabía que había cometido un gravísimo error. Volvió a guardarse el arma en el pantalón.

-Martínez -murmuró Piper en voz baja. Se volvió hacia ella, leyendo la pregunta en sus ojos.

-No te preocupes, querida. Está de nuestro lado -se preguntó si habría reconocido a Raine como el chófer de la limusina de aquella primera noche.

El ascensor se detuvo en el último piso y Raine salió primero. Ric y Piper lo siguieron. Cuando llegaron a la puerta de la suite, el agente se volvió hacia él.

-La habitación está despejada, así que la señorita Ryan puede entrar, pero nosotros tenemos que hablar, Martínez.

No era una petición, sino una orden.

-Bien.

Piper se mostró vacilante, pero obedeció cuando Ric le indicó que entrara con un movimiento de cabeza.

Nada más verla desaparecer tras la puerta, se volvió hacia Raine.

-¿Dónde están Townsend y Green?

Raine señaló la puerta del otro lado del pasillo.

-Te has metido en un buen lío, amigo. De hecho, ahora mismo no me gustaría estar en tu pellejo.

-Llamaste a Lucas.

-Pues claro que sí. Tú me llamaste para informarme de que la señorita Ryan y tú ibais a salir, cuando sabes perfectamente que estaba confinada. Y luego desapareciste del local nocturno con dos perseguidores detrás.

-Los despisté -explicó Ric, sonriendo.

-Ya lo supongo. De lo contrario no estarías ahora aquí. Sabes arreglártelas bien, Martínez. El problema es otro.

-Mira, hasta ahora yo he sido el único que la ha salvado -estalló de pronto-.

Así que no me compliques tú aún más la vida...

-Oh, me temo que me has entendido mal, compadre -Raine se rió por lo bajo-. Yo no tengo ningún problema con tus aptitudes para el trabajo. Diablos, formaría equipo contigo sin dudarlo. Pero da la casualidad de que yo no me estoy acostando con la sobrina de Lucas. Se va a enfadar mucho contigo, amigo

mío. Te compadezco. Puedes estar seguro de que asistiré a tu funeral.

-Lo que pase entre Piper y yo no es asunto tuyo, amigo -replicó, indignado.

-Tienes razón, claro que no. Pero cuando Lucas se te eche encima, tú tampoco desearás que lo sea tuyo -señaló la puerta con el pulgar-. Ah, por cierto... te está esperando.

La furia de Ric se disolvió al instante. Lucas Camp estaba allí. Dentro. Y sin duda alguna dispuesto a exigir su cabeza.

-Oh, sí -dijo Raine, advirtiendo la repentina palidez de su compañero-. Tenlo bien presente, Martínez: cuando Lucas Camp ordena algo, se le obedece. Sin rechistar.

-Yo también tengo que decirte algo. La rubia de la subasta benéfica de la otra noche estaba con el tipo que nos persiguió.

-Ya. Fue precisamente por perseguirla por lo que os perdí a los dos.

-¿La atrapaste?

-Por supuesto -Raine miró su reloj-. Pero no quería hablar.

Ric frunció el ceño.

-¿La mataste?

-No hubo necesidad. Cuando se dio cuenta de que no tenía salida, se disparó ella misma.

Ric maldijo entre dientes.

-Lucas está esperando -le recordó Raine. Y le lanzó una última mirada de compasión antes de marcharse.

Era hombre muerto. Si Lucas Camp no lo mataba personalmente, lo haría la

propia Victoria Colby.

-Tío Lucas, no tienes ningún derecho a gobernar mi vida -insistió Piper, impaciente. Qué descaro el de aquel hombre por haberse presentado allí de madrugada, abroncándola por haber salido del hotel... Ya no era ninguna adolescente.

Tenía veintisiete años. No necesitaba que nadie le dijera a qué hora tenía que volver a casa... Pero la expresión de Lucas le decía que estaba perdiendo el tiempo si acaso pretendía convencerlo de algo.

-Te recuerdo que estás bajo custodia policial, señorita. En esas condiciones, uno no se escapa así como así, cuando le da la gana -añadió con tono tranquilo.

Pero Piper sabía que no estaba tranquilo. De hecho, no recordaba haberlo visto nunca tan furioso, tan alterado. Tenía la cara colorada, con una gruesa vena latiéndole en medio de la frente. Dándose por vencida, se dejó caer en la silla más cercana. No quería a que a su tío le diera un ataque cardíaco por su culpa...

-Ahora ya saben que estás aquí. Y te recuerdo que el sentido de este viaje a Washington no era otro que el de evitar que te encontraran.

Piper sacudió la cabeza.

-Tenían que saberlo desde antes. Seguramente ya me estaban vigilando.

-Quizá. Pero no tenías por qué presentarles un blanco tan fácil.

-De acuerdo, no debí haber salido del hotel. Supongo que fue un error -

admitió, cansada-. Pero ya sabes lo mucho que odio esta ciudad... -cerró los ojos, ahuyentando las dolorosas imágenes que empezaban a cobrar forma en su mente-. Me trae malos recuerdos.

Lucas caminó tres pasos y se sentó a la mesa, frente a ella.

-Ya sé que no te gusta estar aquí, Piper, pero era la única manera que tenía de garantizar tu seguridad y facilitarte al mismo tiempo la entrevista que tan decidida estabas a hacer, por las buenas o por las malas -le dio unas palmaditas en una mano-. Sabes que siempre me he preocupado por ti, de compensar en parte la ausencia de tu padre...

Piper no quería volver a hablar de aquello. Recordar el pasado no le serviría de nada.

-Lo sé, tío Lucas, y te estoy muy agradecida por todo lo que has hecho por mí -le acarició tiernamente una mejilla-. Te quiero, pero ya no soy una niña-. Soy consciente de que lo que hice esta noche no estuvo bien, y siento que te hayas preocupado tanto, pero tenía a Martínez conmigo.

La expresión de Lucas Camp se transformó al instante. Un brillo de furia resplandeció en sus ojos grises.

-Ya me he enterado.

Piper frunció el ceño, extrañada de aquella reacción.

-Ya sé que sólo es un cámara, pero me salvó la vida. Varias veces. Incluso me protegió con su cuerpo cuando me dispararon -añadió, enfática-. Por eso, sabía que estaría a salvo con él. Lleva una pistola y sabe defenderse -tomó las manos de su tío entre las suyas-. Espero que me perdones...

-Sabes que no te culpo, Piper -se la quedó mirando durante unos segundos antes de continuar, con voz tensa-: Raine me ha dicho que Martínez y tú estáis...

liados.

Piper se ruborizó hasta la raíz del cabello. Jamás había hablado de sexo con

su tío. Ni siquiera con su madre.

-¿Es eso cierto?

-No puedo creer que me estés haciendo una pregunta tan íntima como ésta - reaccionó indignada-. Soy una mujer adulta. Mi vida sexual y los hombres con quien quiera relacionarme no son de tu incumbencia...

Lucas desvió la mirada.

-Lo mataré.

Consternada por aquellas palabras, Piper se lo quedó mirando con la boca abierta. Lo miró a los ojos: estaba hablando en serio. Martínez, por su parte, escogió aquel preciso momento para entrar. Por su expresión supo que Raine ya

le había advertido que Lucas no estaba precisamente muy contento. Frunció el ceño. ¿Cómo podía ser que Ric lo supiera todo sobre Raine y ella no?

Se quedó plantado ante Lucas. Ignorando su mirada de odio, desvió la vista hacia Piper, sonrió y le hizo un guiño. Estaba tan hermosa... No le importaba lo que Camp tuviera que decirle: lo que había compartido con Piper no tenía precio.

-Ya es hora de que le digamos a Piper la verdad sobre ti -le espetó Lucas.

Ric esbozó una mueca al ver la expresión asombrada de Piper. Recordó lo que acababa de pensar. Ese precio en particular era demasiado alto...

-¿Podemos hablar antes en privado?

Lucas negó con la cabeza.

-Debiste habérselo dicho desde el principio y ahorrarle el disgusto que va a llevarse ahora por tu falta de profesionalidad.

-Pero usted no lo entiende... -protestó Ric. Si antes le había hervido la sangre en las venas, ahora se le había congelado.

-Lo entiendo perfectamente -lo interrumpió, furioso-. Te has permitido la libertad de relacionarte sentimentalmente con mi sobrina mientras estabas de guardia.

-¿De guardia? -Piper se había levantado, mirando a su tío en busca de una explicación.

-No es lo que tú piensas... -se apresuró a decirle Ric, en un esfuerzo por ahorrarle el dolor que le provocaría la noticia de Lucas. Por desgracia, no tenía modo alguno de explicarle los hechos de otra manera.

-La culpa no es enteramente suya -admitió Lucas, tenso-. Fue idea mía que entrase a trabajar como cámara, disimulando su condición de agente. Diablos, incluso me las arreglé para instalarlo en el apartamento de tu vecino para que estuviera más cerca de ti. Pero nunca esperé que las cosas llegaran a un nivel tan... personal -se volvió para fulminar a Ric con la mirada-. Se supone que tenía que protegerte... y nada más.

Al verla palidecer, Ric se quedó consternado. Había querido decírselo él mismo, intentar que lo comprendiera de alguna forma...

-Yo quería que te enteraras por mí primero -apenas reconocía su propia voz.

La expresión destrozada de Piper le desgarraba el corazón. No importaba lo que le dijera: nada conseguiría borrar el dolor que veía en aquel momento en sus ojos. Y sabía que ese dolor crecería. No imaginaba motivo alguno por el que pudiera perdonarlo. Debió habérselo dicho desde el principio. Había tenido la

oportunidad perfecta, pero el egoísmo había podido más. No había querido renunciar al escaso y precioso tiempo que habían disfrutado juntos. Y ahora ambos iban a pagar por su propio egoísmo.

Piper se sentía débil, como si fuera a desmayarse en cualquier momento.

Aquello no podía estar sucediendo en realidad. Sacudió varias veces la cabeza,

negando las acusaciones de su tío. Pero las palabras de Martínez confirmaban sus peores miedos: “yo quería que te enteraras por mí primero”. Estaba trabajando para su tío. No era un cámara. No era el hombre que había creído conocer. Le había mentado. Era un absoluto desconocido. Y había confiado en él, había hecho el amor con él...

-Déjame explicarte -le pidió Martínez, acercándosele-. Yo no quería que las cosas sucediesen así...

Estaba furiosa. No quería escuchar sus excusas, ni sus explicaciones. Alzó una mano para interrumpirlo.

-No -se estremeció al ver su mirada de dolor, pero intentó sobreponerse. Se estaba muriendo de dolor y la culpa era suya. Le había mentado.

-Me pareció lo más acertado -murmuró Lucas-. Contraté a Martínez como tu guardaespaldas personal. Quería que alguien estuviese a tu lado cada minuto del día, para mantenerte a salvo. Alguien que no fuera del FBI. Yo decidí mantener

en secreto su identidad. La decisión fue mía, no suya.

Lanzó a su tío una mirada mordaz, de una cruda ironía.

-¿Se supone que me estás diciendo eso para que me sienta mejor?

-No. Pero es la verdad.

-¡La verdad! Ambos me mentisteis -miró a uno y a otro, con las manos en las caderas- Y tú... -se volvió hacia Martínez con una expresión cargada de desprecio-... tú pudiste habérmelo dicho mientras me hacías el amor -le tembló

la voz y maldijo para sus adentros. No quería llorar-. ¿O es que acaso te lo estabas pasando demasiado bien? Supongo que no querías aguarle la fiesta.

Continuó mirándolo. ¿Cómo podía parecer tan sinceramente arrepentido?

Ella misma estaba conmovida. Vio que abría la boca para hablar, pero tardó unos segundos en formular las palabras.

-Me marcharé si eso es lo que quieres -dirigiéndose a Lucas, añadió-: Pero preferiría quedarme y terminar el trabajo para el que me contrataron.

Una mezcla de dolor y rabia desgarró el corazón de Piper.

-Quiero que te vayas -pronunció con voz inestable, al borde del llanto.

¿Cómo podía pensar en quedarse después de lo que había hecho?

Martínez se la quedó mirando en silencio, consternado. Y Piper apenas fue capaz de sostenerle la mirada. Se odiaba a sí misma por ser tan débil.

-Se queda -anunció Lucas con tono imperativo.

-Ni hablar -protestó ella-. No quiero ni verlo -se abrazó, intentando desterrar de su mente las imágenes de Martínez haciéndole el amor con exquisita ternura...

-Me mantendré a distancia -le propuso Ric-. Pero, por favor, no me eches de tu lado. Ya sabes que no permitiré que te suceda nada. Haré lo que sea con tal

de mantenerte a salvo.

Piper se frotó los ojos. Sabía que tenía razón en lo de protegerla. Se lo había demostrado más de una vez. Aparentemente animado por su silencio, se volvió

hacia Lucas buscando la confirmación definitiva. Y fue en aquel preciso instante cuando ella recordó algo:

-Fuiste tú -le espetó, sobresaltándolo-. Tú fuiste quien tumbó al tipo que intentó atacarme durante el atasco de tráfico -parpadeó varias veces, incrédula-.

Fuiste tú...

Lo recordó todo. Había estado tan ciega... ¿Por qué no le extrañaron tantas

coincidencias? Su repentina aparición en la cadena de televisión, en el apartamento del vecino... El esmoquin. ¿Quién guardaba siempre un esmoquin a

mano? se había tragado su historia acerca del barrio duro y problemático en el que había crecido. Era un guardaespaldas bien entrenado, no el hombre que le había hecho creer que era.

-Martínez es bueno en lo que hace -sentenció finalmente Lucas-. Lo

necesitamos en nuestro equipo. Deberíamos dejar este asunto al margen... por el momento. Lo único importante ahora es tu seguridad.

Piper volvió a sentarse, como si sus piernas fueran incapaces de sostenerla.

Si todo lo que sabía acerca de él era una mentira... entonces la verdadera identidad de Martínez no tenía por qué importarle. Sólo había estado haciendo su trabajo, nada más. Él era uno de ellos. Uno de aquellos profesionales que siempre se limitaban a hacer su trabajo. Como Lucas. Como su padre. Sintió ganas de gritar de dolor. Había hecho la única cosa que nunca había querido hacer: se había enamorado de un hombre que era igual que su padre. Un hombre

que haría cualquier cosa con tal de cumplir su misión. Incluso llevársela a la cama...

-¿Me estás escuchando, Piper? -Lucas se sentó de nuevo frente a ella, al otro lado de la mesa-. Tenemos que hacer lo que sea con tal de que esos maníacos no

se acerquen a ti. Eso es lo único que importa ahora.

Lo miró y comprendió que tenía razón. No importaba lo que fuera Martínez, sino el hecho de que era un buen profesional. La había salvado más de una vez.

Y dado que ella no quería morir... ¿qué más podía decir al respecto?

-De acuerdo -cedió, y se volvió hacia Martínez-. Pero no me hables a no ser que sea estrictamente para mi seguridad.

Se apresuró a desviar la mirada. No podía soportar ver el dolor que se reflejaba en aquellos ojos oscuros.

Todo había terminado. Había sido una estúpida. Pero no volvería a suceder.

Necesitaba estar sola. Sola para lavarse el olor de Martínez de su cuerpo... y para llorar por lo que nunca llegaría a ser.

Ric estuvo sentado a oscuras durante horas, después de que Piper se fuera a acostar. Debía habérselo dicho la primera vez que hicieron el amor. Si se lo hubiera dicho entonces... Pero no lo hizo. Se pasó una mano por la cara, maldiciéndose a sí mismo por caer en aquellas absurdas especulaciones. Era demasiado tarde para eso. Piper jamás lo perdonaría.

Aunque, en cualquier caso, poco futuro habría tenido su relación. El encajaba bastante bien en la descripción de lo que Piper no quería en un hombre. A

buen

seguro encontraría demasiado arriesgada su ocupación profesional y su disposición a morir por un cliente, el que fuera. Dados sus antecedentes, no podía culparla por ello.

¿Relación? No, ellos no habían tenido una relación. Habían tenido una aventura. Suspiró profundamente y se levantó. Tenía que dormir un poco. Era necesario. Se detuvo al pasar por delante de la puerta de Piper. Ansiaba tanto abrir aquella puerta y mirarla... Pero no podía hacerlo.

Se dirigió a la ducha. No quería pensar más: resultaba demasiado doloroso.

Pero los terribles comentarios de Lucas seguían resonando en su mente. Aquel hombre habría podido escribir un libro sobre técnicas de tortura. Cerró los ojos bajo el chorro de agua caliente. La deliciosa sensación empezó a relajar sus cansados músculos. Apoyó la frente contra la pared de azulejos y dejó que al agua obrara su magia mientras caía por su espalda. Antes de que pudiera evitarlo, gráficas imágenes de los episodios amorosos con Piper asaltaron su cerebro. Cerró los puños, esforzándose por dominar las emociones que lo ahogaban como una marea.

Quería abrazarla, persuadirla de que en ningún momento había querido

hacerle el menor daño. Quería prometerle el mundo con tal de que volviera a confiar de nuevo en él.

Pero eso jamás ocurriría. Había tenido su oportunidad y la había desperdiciado.

Y ahora todo había terminado.

Capítulo 12

Piper se miró en el espejo por última vez. Era el momento que había estado

esperando. Cuatro largos años de trabajo duro y por fin estaba a punto de dar un gigantesco paso hacia el reconocimiento público. Faltaban sólo dos horas para que debutara en la televisión nacional con una de las más importantes entrevistas de la década.

Aquello era lo que más había deseado en el mundo. La única razón por la

que había renunciado a tener una vida privada de cualquier tipo durante el pasado año, para poder concentrarse completamente en su carrera. La meta final

de todo lo que había hecho y dicho, de cada paso para alcanzar la cumbre.

Cerró los ojos. Entonces... ¿por qué se sentía tan vacía? ¿Era acaso la expectación provocada por la perspectiva de que por fin su sueño iba a hacerse

realidad? Los últimos días habían sido horribles. Volvió a mirarse en el espejo, registrando el patético aspecto de la mujer que tenía delante. ¿Cómo podía haberla cambiado tanto una semana? Sacudió la cabeza, confusa y derrotada. No

era el transcurso de aquellos seis días lo que había provocado tal efecto. Era Martínez. Se había metido en su vida desplegando encanto y le había robado lo

que jamás le había entregado a nadie: su corazón.

Un millar de imágenes bombardeó a la vez su mente. Martínez apenas

cubierto con una toalla cuando interrumpió su ducha. Guapísimo y elegante de esmoquin, encandilando a cada mujer que se cruzaba en su camino. Soltando su

cámara para interponerse entre ella y la banda de delincuentes. La sangre de su mano cuando la protegió con su cuerpo de la bala de un asesino. La forma que

tuvo de hacerle el amor la primera vez...

¿Cómo podía haberse enamorado de un hombre tan distinto? Un hombre al que desde el principio se había negado a llamar por su nombre de pila por temor a admitir que eran algo más que colaboradores.

Se alisó su flamante traje rojo. La propietaria de una boutique local, amiga de su tío, se había pasado el día anterior por el hotel con una gran variedad de prendas para que eligiera. Los pantalones de seda y la chaqueta cruzada a juego contrastaban admirablemente con su cutis y su color de pelo. Retrocedió un paso y volvió a mirarse una vez más. La amiga de su tío le había proporcionado también los zapatos a juego y los pendientes de oro. Todo estaba perfecto.

Todo, excepto ella. Por supuesto, los telespectadores nunca podrían ver lo triste y vacía que se sentía por dentro. Nunca podrían percibir el dolor que la atravesaba cada vez que miraba a Martínez o pensaba incluso en él. El dolor que veía brillar en aquellos ojos oscuros le desgarraba el corazón. Le entraban ganas de llorar por el equívoco, o el engaño, que ambos habían padecido. Él había estado haciendo el trabajo para el que lo habían contratado... y ella, simplemente, había sido una estúpida. Una ilusa.

Y ahora los dos estaban pagando el riesgo que habían asumido por traspasar aquella línea. No tenían nada en común: sus proyectos de futuro no podían ser más distintos. Ningún poder sobre la tierra podía cambiar eso.

Suspiró. Las últimas veinticuatro horas habían hecho estragos en sus nervios.

Veinticuatro interminables horas de evitar todo contacto visual, de ignorar la atracción de su presencia. Hizo acopio de la resolución que le quedaba y cuadró los hombros. Aquel sufrimiento no duraría para siempre. Lo único que necesitaba era tiempo.

Con el tiempo, Ric Martínez no sería más que un lejano recuerdo agri dulce.

Recogió el bolso, dominando el impulso de marcharse a su casa. Sólo

volvería a

Atlanta cuando todo aquello terminara de una vez, y sin mirar atrás. Era la única manera. Lo mejor para los dos.

Abrió la puerta y salió al pequeño corredor que llevaba al enorme salón de la suite. Lo superaría. Al fin y al cabo, se trataba principalmente de sexo. Nada más. Una mujer no podía enamorarse tan desesperadamente de alguien en unos

pocos días. Sobre todo de alguien a quien ni siquiera conocía. ¿O sí?

-Volveré a ponerte en contacto contigo cuando todo esto termine -estaba diciendo Martínez por su móvil, de espaldas a ella. Lo cerró y se lo guardó en un bolsillo de la chaqueta.

-Estoy lista -anunció Piper con lo que esperaba que fuera un tono de voz frío, profesional-. ¿Era Townsend?

Martínez se volvió hacia ella. Y nada la preparó para la avalancha de emociones que la abrumó de repente.

-No. Era Alex Preston, de la Agencia Colby.

Sabía que la Agencia Colby era el organismo para el que trabajaba Martínez.

No quería saber nada de todo aquello: le dolía demasiado.

-¿Podemos irnos ya?

-El coche está listo -le informó, muy serio.

-Bien. No quiero llegar tarde -y se dirigió hacia la puerta.

De repente unos fuertes dedos se cerraron sobre su brazo, deteniéndola. No la hizo volverse.

-No quiero que esto termine de esta manera, querida -murmuró con su característica voz seductora.

Piper tuvo que parpadear varias veces para contener las lágrimas.

-Es la única manera que tiene de acabar.

Ric se le acercó por detrás. El mensaje de su cuerpo no podía ser más explícito. Cerró con fuerza los ojos y se obligó a desterrar aquella imagen de Martínez con su elegante traje negro. No quería pensar en él, ni sentir lo que le estaba haciendo sentir...

-Puedes fingir que no lo sientes... -deslizó la mano libre por su cadera, hacia la fina cintura, atrayéndola hacia sí-... pero yo no.

La necesidad y el deseo la asolaban por dentro, consumiéndola. Aspiró profundamente, luchando por resistir su contacto.

-Tú... me mentiste. Traicionaste mi confianza -logró apartarse-. Y no esperes

que te agradezca lo que hiciste para protegerme - agarró el pomo de la puerta, consciente de que si no lo hacía en ese momento, tal vez después fuera demasiado tarde-. El sexo no formaba parte del trato que hiciste con mi tío -

estaba hirviendo de rabia. Temblaba casi por el esfuerzo de contenerla-. Espero sinceramente que tu tarifa te haya compensado esos esfuerzos complementarios.

Martínez se adelantó para apoyar una mano en la puerta antes de que ella tuviera oportunidad de abrirla.

-No sufras por eso, querida -pronunció con voz ronca, los labios a escasos

centímetros de su mejilla-. Jamás te cargaría un gasto como ése. Mereció absolutamente la pena.

Demostrando una calma que estaba muy lejos de sentir, abrió finalmente la

puerta una vez que él se dignó a apartarse. Furiosa, sintió unos enormes deseos de abofetearlo, de borrar aquella expresión satisfecha de su rostro. Pero no le daría ese gusto.

Aquel hombre no era más que un seductor de poca monta. Ni siquiera era un gigoló, porque su trabajo... había sido otro. Ella no le importaba. Seguramente lo único que perseguía era una oportunidad de jugar a los héroes, para envanecer su ego. Era un adicto a la adrenalina, como tantos hombres que trabajaban para la

policía o para agencias privadas de investigación...

Pero una débil voz interior le recordó que no era así. Tuvo que admitirlo mientras subía al ascensor en el que Townsend los había estado esperando.

Martínez era brillante en su trabajo. Como ella, era su máxima prioridad: lo demás era secundario. No podía negar que era un excelente guardaespaldas. Y

ella le importaba, al menos a un cierto nivel.

En el ascensor, Martínez y ella se situaron en cada esquina. Townsend pulsó el botón del vestíbulo.

-Saldremos por la puerta de servicio -le dijo a Piper-. Lucas tiene un coche esperando allí.

-Bien.

Townsend se volvió entonces hacia Martínez.

-Raine irá con nosotros.

-Excelente.

Aquella única palabra no pudo conmovier más a Piper. Se maldijo a sí misma.

Tenía que sacarse a aquel hombre de la cabeza. Aunque le llevara toda la vida...

Se le hizo un nudo en la garganta al pensar que, si el SUS se salía con la suya, su vida terminaría demasiado pronto. Tal vez ese mismo día. Contempló el

perfil de Martínez. Le había prometido que la mantendría a salvo. Rezó para que su determinación para desempeñar el trabajo que le habían encomendado no le costara a él también la vida. Porque eso sí que no podría soportarlo: estaba segura de ello.

Ric montaba guardia en la puerta del tocador, viendo cómo la maquilladora se ocupaba de Piper.

-Bórrate esa expresión bobalicona de la cara, Martínez.

Se volvió al escuchar la voz de Lucas: lo estaba fulminando con la mirada al otro lado del umbral.

-Supongo que tendrá algo que decirme en relación con la misión -le sugirió, irritado.

-Ponte esto -Lucas le entregó un audífono diminuto-. Podrás escuchar cualquier conversación que mantenga con mis hombres. Tengo a todo el equipo aquí. A última hora decidí que los federales necesitaban refuerzos. Nadie más ocupará esta frecuencia. Y con esto... -enganchó un minúsculo micrófono negro en la solapa de Ric-... podremos oírte si tienes algo interesante que decirnos.

Pero no abras la boca a no ser que sea estrictamente necesario -volvió a fulminarlo con la mirada-. Queremos mantener la línea despejada, solamente para casos de emergencia.

Ric miró a Piper antes de concentrarse de nuevo en Lucas.

-¿Tenemos algún informe nuevo del topo?

-Lo que tenga que suceder, sucederá hoy -respondió, -terriblemente

preocupado-. No habrá aviso previo. Según nuestro topo, la escena final, o como diablos lo llamen ellos, ya se está preparando -incapaz de contenerse, soltó un juramento-. Hemos registrado este maldito lugar de pies a cabeza, y no hemos descubierto nada. Tiene que haber alguien aquí dentro.

Ric se vio asaltado por una sensación de impotencia.

-No hay nada más que podamos hacer excepto... esperar a que ellos se muevan.

No era una pregunta, y Lucas lo sabía.

-Todo el mundo ha pasado el filtro. Me temo que el infiltrado, si es que alguien lo está, está muy, pero que muy dentro.

Un ayudante de dirección pasó entre los dos para avisar a Piper:

-La necesitamos en el estudio, señorita Ryan.

Lucas volvió a fijar la mirada en Ric, terriblemente serio.

-Mis hombres y yo vigilarémos cada movimiento de las personas presentes en el estudio. Suceda lo que suceda, no le quites el ojo de encima, Martínez. Ni un solo segundo. No quiero que te concentres en nadie más.

Piper vaciló por un instante antes de acercarse a su tío para que la besara en las mejillas y le deseara buena suerte. No miró en ningún momento a Ric.

Simplemente se alejó sin mirar atrás. Él, por su parte, la siguió.

Por mucho que le doliera aquel rechazo, no era importante. Lo único que

importaba era protegerla de lo que aquellos canallas del SUS habían planeado para ella. Ese día, había dicho Lucas. Fuera lo que fuera lo que habían planeado, lo ejecutarían ese mismo día...

Piper atravesó el estudio con el corazón tan acelerado que apenas podía pensar. Forzó una sonrisa y se obligó a controlar la respiración. Tenía que olvidarse de Martínez. Tenía que olvidarse del SUS y del resto de compañeros,

todos muertos, que la habían acompañado en aquella fatídica rueda de prensa de un mes atrás.

En aquel momento tenía que ser Piper Ryan, la brillante periodista. Una parte fundamental de su carrera dependía de lo que sucediera durante los minutos siguientes. La entrevista se emitiría al final de los informativos de la mañana.

Una vez que terminara el programa, saldría al aire tras una pausa publicitaria.

Disponía aún de media hora.

Llevaba en la mano izquierda tres pequeñas tarjetas con las preguntas que había aceptado responder el senador. El día anterior habían estado conversando

por teléfono. Piper había dejado para el final las menos importantes en caso de que se entretuviera demasiado con las primeras. Se había ocupado de estudiar a

fondo las preguntas y de documentarse sobre la biografía del senador. Estaba preparada.

-Señorita Ryan -la saludó el político, desplegando la carismática sonrisa que le había hecho ganar ya tres elecciones.

Piper le estrechó firmemente la mano.

-Senador... supongo que sabrá lo importante que es esta oportunidad para mí.

-Es una excelente oportunidad para ambos, no lo dude. Esta entrevista fue idea del presidente. Confío en que no lo decepcionaremos -se volvió hacia el joven que se hallaba a su lado-. Señorita Ryan, le presento a Jacob Watts, mi ayudante personal. Él ha sido el responsable de todos los contactos que hemos mantenido con la cadena.

Piper le estrechó también la mano.

-Le estoy muy agradecida, señor Watts.

El joven político esbozó una sonrisa tan seductora como la de su mentor.

-Usted era la elección más lógica, señorita Ryan. Queremos que en este día haga historia con nosotros. Éste es su momento. Disfrútelo.

Aquel entusiasta despliegue de sinceridad casi le pareció sospechoso. Piper resistió el impulso de fruncir el ceño. Antes de que pudiera responder al comentario, una imperativa voz masculina interrumpió la conversación:

-Señorita Ryan, senador, necesitamos que se sienten ya para poder ajustar la luz y probar los micrófonos -anunció el director de escena. Watts miró su reloj de bolsillo.

-Creo que ésta es mi oportunidad de retirarme -bromeó.

Piper se volvió hacia el escenario, con sus cómodos sillones, su mesa de roble y su lámpara estilo Tiffany. Se dirigió hacia allí justo en el momento en que Jacob Watt enfilaba hacia la derecha. Tropezaron y él la sujetó a tiempo.

Cerró una mano sobre su brazo y con la otra la sostuvo de la cintura, apoyando la palma sobre su ombligo. El movimiento que hizo al levantarla le arrancó una

mueca de dolor.

-Perdone, señorita Ryan -se disculpó, contrito-. Soy muy torpe caminando por los estudios de televisión. Es lo que tiene no frecuentarlos -bajó la mirada a su reloj de bolsillo, como si temiera que se le hubiera estropeado.

-No pasa nada, estoy bien -le aseguró Piper, sonriendo. No le extrañaba nada haber sentido aquella punzada de dolor. Pensó que debía de tener en la mano su

reloj cuando la sostuvo para que no cayera.

Algo ruborizado, Jacob Watts retrocedió un par de pasos.

-Me voy antes de causar más daño. Me temo que soy un peligro público en estos sitios -y se retiró rápidamente, esquivando con perfecta habilidad cada obstáculo con que se encontraba.

Piper pensó que tal vez le había puesto nervioso. Aunque no podía imaginar por qué, ya tendría tiempo para reflexionar sobre ello después. Afortunadamente no se le habían caído las tarjetas, así que se apresuró a sentarse al lado del senador. En unos instantes todo el país la estaría viendo. El corazón le latía a toda velocidad.

Mientras el director de escena comprobaba que todo estuviera bien, Piper aspiró profundamente varias veces para tranquilizarse. Pensó en los años de estudio y disciplina que la habían convertido en la gran entrevistadora que era.

Los siguientes minutos iban a ser los más importantes de su vida. Y tenía intención de hacer una actuación estelar.

Ric lo observaba todo. Había tardado dos buenos minutos en calmarse

después de que aquel torpe de Watts estuviera a punto de arrollar a Piper. El tipo se hallaba en aquel momento al otro extremo del escenario, enjugándose la frente con un pañuelo. Era un milagro que hubiera sobrevivido al mundo de la política si solía ponerse la mitad de nervioso de lo que parecía estarlo esa mañana.

Tenía un mal presentimiento. Algo raro estaba pasando allí y no tenía la más remota idea de lo que podía hacer para evitarlo. Nunca en toda su vida se había sentido tan impotente. Ansiaba más que nada proteger a Piper, pero cada instinto

le advertía que aquel asunto escapaba completamente de sus manos.

Y eso no le gustaba nada. Tenía que existir alguna manera de dominar la situación. Townsend y Green, una docena de miembros del equipo de seguridad

del senador y cuatro de los especialistas de Lucas estaban en alerta. Tenían el lugar absolutamente controlado.

Escuchaba claramente las voces del equipo de Lucas informando de que todo estaba en orden, una después de otra. No había peligro a la vista. Pero tenía que haberlo. El SUS nunca amenazaba en vano.

Frunció el ceño cuando desvió la mirada hacia el otro extremo del estudio.

Watts ya no estaba allí. Quizá el tipo había tenido que retirarse de lo nervioso que estaba...

-Aquí Logan. Tenemos a uno que se ha movido -uno de los miembros del equipo de Lucas se apresuró a dar el aviso-. Ha salido por una puerta lateral.

-Lo tengo a la vista -informó a continuación una voz femenina-. Es el tal Watts.

-Quédate tranquilo, Callahan -ordenó Lucas-. No dispaes si no es estrictamente necesario.

-Se dirige hacia el este. Voy detrás de él -dijo Logan de nuevo, jadeando por la carrera.

-Yo puedo impedirle el paso -pronunció otra voz masculina.

-No te muevas de tu posición, Ferrero -le instruyó Lucas-. Puede que sea un señuelo.

Un denso silencio se abatió durante los siguientes segundos. Ric aguzó los oídos con el corazón acelerado. ¿Qué diablos estaría tramando ese Watts? Seguía sin apartar la mirada de Piper. Estaba tan hermosa... Tenía que concentrarse en su trabajo sin perderla de vista, algo tremendamente difícil.

Ojalá pudiera pronunciar las palabras necesarias que le devolvieran su confianza. Pero era inútil. La propia Piper se lo había dejado muy claro. En primer lugar, no tenía ninguna intención de enamorarse. Y definitivamente no de un tipo como él. Teniendo en cuenta sus antecedentes, Ric representaba el tipo de hombre con el que no quería relacionarse en absoluto. No quería un héroe, ni tampoco un tipo que antepusiera su trabajo a todo lo demás. Ella estaba dispuesta a arriesgar su vida por una historia, pero no quería que el hombre de su vida hiciera lo mismo. Pensó en lo que le había contado acerca de su padre e intentó comprender sus sentimientos al respecto.

Pero la quería. Y quería que ella le quisiera. Nada podía cambiar ese sentimiento.

-Lo tengo -era Logan otra vez. Tenía la voz tensa, como si estuviera forcejeando con alguien. A continuación se oyeron un par de golpes sordos, ahogados.

-No lo sueltes. Raine y yo vamos hacia allí -le informó Lucas.

Ric suspiró, algo más aliviado. Se preguntó cómo diablos habría conseguido burlar Jacob Watts el filtro de seguridad para acercarse tanto al senador. O tal vez ya estaba allí y los del SUS le hicieron una oferta que no pudo rechazar. Se enfureció al pensarlo.

-Lucas, tenemos una alerta roja –informó Logan con voz mortalmente

tranquila-. El tipo lleva un pequeño mecanismo de alta tecnología que podría ser un detonante. Sobre todo teniendo en cuenta que está contando los segundos mientras hablamos.

Lucas maldijo en voz alta. Ric se tensó.

-¿Evacuamos el estudio? -sugirió Ferrello

-Espere, señor, el topo está a punto de comunicar con nosotros -era otra voz masculina, probablemente el coordinador de operaciones.

-Que nadie se mueva -ordenó Lucas-. La información del topo tiene prioridad. No sueltes a ese canalla, Logan, casi hemos llegado.

Ric soltó el aliento que había estado conteniendo. El agente del FBI infiltrado en el cuartel general del SUS tenía que haber dado con algo importante. Quizá había conseguido averiguar algún detalle fundamental del plan de aquella mañana.

La entrevista había empezado. Ric concentró toda su atención en Piper.

Logan aparentemente tenía a Watts bajo control. Lucas estaba al mando: si había que evacuar el estudio, daría la orden. Se recordó que su trabajo era mantener a salvo a Piper. Sonrió mientras la observaba en acción. El senador estaba encantado, y a buen seguro que los telespectadores también lo estarían.

Sintió que algo se removía en su pecho. Piper se dirigía directa al éxito. Nada la detendría. Y desde luego que no tendría tiempo para un hombre como él.
Por

mucho que le doliera, se alegraba por ella.

-Martínez.

Era Lucas. Su voz sonaba extraña.

-Aquí estoy.

-Quiero que saques a Piper del escenario como sea. Un coche estará esperando en la puerta, con el motor en marcha. Ya te daré la dirección de destino. Hazlo ya.

Ric frunció el ceño.

-A Piper no le gustará. La entrevista...

-Al diablo con la entrevista -le espetó Lucas-. Esa bomba estallará en veinte minutos. No hay tiempo que perder. Ahora mismo ya estamos hablando con los artificieros. ¡Muévete!

Ric ya avanzaba hacia Piper antes de que Lucas hubiese terminado la última frase.

-¿Qué pasará con los demás? -le preguntó. No podía creer que tuviera intención de dejar a los demás dentro del edificio.

-Rápido, Martínez. Estoy demasiado lejos para hacerlo yo mismo -pronunció con tono urgente-. No sé muy bien cómo se las han arreglado, pero Piper lleva el explosivo implantado bajo la piel del abdomen. Tienes que llevarla a un hospital.

Ya.

Ric se quedó paralizado, a medio camino del escenario.

-¿Qué ha dicho?

-Tienes diecinueve minutos, Martínez. Dentro de diecinueve minutos, Piper y quienquiera que esté a su lado morirá.

Capítulo 13

-¿En qué se diferencia esta nueva organización de las demás agencias que combaten el terrorismo, senador?

Piper escuchó atentamente la respuesta del político. Sólo llevaban unos minutos en antena y la entrevista había empezado muy bien. Estaba nerviosa, pero controlada. Volvió a decirse que aquella entrevista no era distinta de las muchas otras que había hecho en su hogar, en Atlanta. Aquello era justo lo que había deseado y esperado durante tanto tiempo.

-La diferencia estriba en su concentración exclusiva en la lucha antiterrorista

-estaba diciendo el senador-. Nuestra atención no se desviará hacia ningún otro objetivo. Y tenemos un mensaje que lanzar a los grupos como el SUS: su tiempo

es muy corto. No se tolerará acto alguno de terrorismo. Les pararemos los pies.

Piper asintió, muy seria. Esperaba que el SUS los estuviese viendo en aquel momento.

-¿Qué planes concretos le gustaría detallar ante el público?

-El senador volvió a esbozar su carismática sonrisa.

-Verás, nosotros pensamos que...

Se interrumpió bruscamente, desviando la mirada hacia alguien que había aparecido detrás de ella. Piper, bien entrenada como estaba, resistió el impulso de mirar por encima del hombro.

-Estaba diciendo, senador, que...

Una mano se cerró entonces sobre su brazo derecho. Se volvió, sobresaltada.

Martínez.

-Tenemos que irnos. Ahora.

-¿Qué?

Piper miró hacia la cámara, y luego al hombre que la levantó por la fuerza del sillón.

-Martínez, ¿qué estás haciendo? -siseó. ¿Acaso había perdido el juicio?

Ric le arrancó el micrófono de la solapa y lo lanzó sobre la mesa.

-No hay tiempo para explicaciones.

-¿Estás loco? -exclamó, furiosa y temerosa a la vez. Aquello no podía estar sucediendo. Debía de tratarse de una alucinación.

Martínez la agarró con más fuerza. No, no estaba alucinando...

-No discutas -masculló, apretando los dientes.

El senador también se había levantado.

-¿Qué significa todo esto? -se dirigió hacia Martínez.

Piper desvió la mirada hacia la mesa de control, esperando que hubieran cortado la emisión para hacer una pausa publicitaria, pero una mirada a un monitor cercano le confirmó que no era así.

Townsend apareció de pronto detrás del senador y lo obligó a sentarse de nuevo en el sillón. Green, por su parte, estaba discutiendo con un vigilante de seguridad a unos pasos de allí.

¿Qué diablos estaba sucediendo?, se preguntó Piper, incrédula. Los federales y los escoltas del senador llenaban el escenario. Se volvió furiosa hacia el hombre que la estaba arrastrando fuera del estudio. ¿Había habido una amenaza

de bomba? Frunció el ceño. Si ése fuera el caso, habrían evacuado a todo el mundo...

-Tres minutos antes de que volvamos a salir -anunció una voz masculina desde la mesa de control-. He tenido que cortar la emisión.

“Gracias a Dios”, pensó Piper. Por fin habían introducido la pausa publicitaria.

-¿Qué estás haciendo? -le espetó a Martínez-. Si no hay ninguna amenaza inmediata, tengo que terminar la entrevista.

No contestó. Seguía tirando de ella hacia la salida. Sólo entonces la fría y cruda realidad la golpeó con toda su fuerza. Había estropeado la entrevista. Casi podía ver los titulares de la prensa del día siguiente: Amante despechado arruina a periodista de televisión la mejor entrevista de su vida. Su carrera estaba acabada. ¿Y por qué? Nadie les había disparado. No parecía haber ningún enemigo cerca.

Martínez la sacó del estudio a la calle.

-Maldita sea... -se revolvió con toda su fuerza-, ¿adónde me llevas? -¿dónde estaba su tío cuando más lo necesitaba? ¿Por qué no la había ayudado Townsend?-. ¡He dicho que me sueltes!

Ric se detuvo bruscamente y la fulminó con la mirada. Sin pronunciar una palabra, la levantó en vilo y siguió caminando. Furiosa, empezó a golpearle el pecho con los puños.

-¡Quítame las manos de encima!

La ignoró. El Sedán oscuro en el que habían llegado una hora atrás estaba esperando en la acera, con el motor en marcha. Piper frunció el ceño. Lo

habían dejado aparcado atrás. ¿Por qué lo habían movido?

Martínez abrió la puerta del lado del conductor y la bajó al suelo.

-Sube.

-Ni hablar. No hasta que me expliques lo que está pasando.

-Sube al coche, Piper. No tengo tiempo de explicártelo.

-Pues tómatelo. Has arruinado la mejor entrevista de toda mi carrera... ¡así que espero que tengas una gran excusa! -se resistió cuando Ric intentó meterla por la fuerza en el coche. No estaba dispuesta a ir a ninguna parte si antes no se explicaba con ella.

Pero cuando se volvió de nuevo hacia él, vio algo en sus ojos que la dejó sin habla. El brillo irritado antes había sido reemplazado por una mirada de pura desesperación. Antes de que pudiera reaccionar, Ric había sacado su pistola... y la estaba apuntando con ella.

-Sube al maldito coche.

Piper parpadeó, asombrada. Había perdido la cabeza.

-De acuerdo -definitivamente no tenía ninguna gana de discutir con un hombre que la estaba encañonando con un arma, aunque se tratara del mismo Martínez. Subió rápidamente al coche con la intención de escaparse por el otro

lado, pero cambió de idea al oír el click de las cerraduras de seguridad.

-Abóchate el cinturón -le ordenó mientras se ponían en marcha.

El impulso de salida la aplastó contra el asiento.

-¿Adónde vamos? -preguntó con voz ronca y temblorosa a la vez,

-No digas nada -le espetó-. Tengo que concentrarme.

Ric estuvo atento a las informaciones de Lucas. La brigada de artificieros estaba en camino hacia el hospital. Se concentró en el tráfico mientras Lucas le indicaba el camino a seguir. Sus siguientes palabras, sin embargo, le helaron la sangre en las venas. El hospital privado al que había llevado a Piper la semana pasada llevaba dos meses cerrado. Había sido una trampa.

Lo había sospechado. Desde el principio había recelado del tal doctor

Petersen. La escasez de personal, de pacientes, la extraña entrevista con la madre de uno de los miembros del SUS... y la súbita enfermedad de Piper. Todo había

sido un sofisticado plan para crear la oportunidad de implantarle

quirúrgicamente el explosivo. El medio ideal para eliminarla a ella y al senador de un solo golpe, retransmitido por televisión a escala nacional. Un gran triunfo para su causa. ¿Pero cómo habían podido ejecutar un plan tan perfecto?

De repente se le ocurrió algo.

-¿Comiste o bebiste algo durante la mañana de la entrevista con la señora Olsen, antes de que te pusieras enferma? -le preguntó mientras conducía a toda velocidad, esquivando hábilmente los coches.

Piper lo miró como si se hubiera vuelto loco.

-Necesitas ayuda, Martínez. ¡Esto es un secuestro!

-Responde a mi pregunta -rugió. Intentó tranquilizarse. Estaba temblando de miedo por dentro. Se negaba a pensar que, al cabo de unos pocos minutos, Piper

podría morir.

Se encogió en su asiento, pegada a la puerta.

-Bueno, creo que tomé café... -recordó-. Keith me ofreció uno antes de salir de la cadena.

-¿Quién recibió la llamada de la señora Olsen?

-Keith.

-El secretario del director de Atlanta -pronunció Ric, hablando con Lucas-. Está metido en esto.

Frenó de golpe y giró a la derecha, siguiendo las instrucciones de Lucas.

Chirriaron los neumáticos y volvió a hundir el pie en el acelerador.

-Quince minutos. Más rápido, Martínez. Gira a la derecha en la calle Veintiuno. Esquivó a un peatón en un semáforo en rojo. Piper soltó un grito.

Varios coches hicieron sonar sus bocinas en protesta.

-Más despacio, Martínez... nos vas a matar a los dos.

-A la izquierda por la calle K -lo instruyó Lucas.

Ric murmuró un juramento cuando frenó a tiempo de evitar un choque.

Siguió adelante. Más ruido de bocinas. Gritos. Todo lo ignoró. Tenía que concentrarse.

-¡Déjame bajar del coche! -exigió Piper-. ¡Estás loco!

-¡Cállate antes de que haga algo de lo que nos arrepintamos los dos! -le lanzó una mirada que le heló la sangre en las venas. No podía arriesgarle a decirle la verdad en aquel momento. Estaba furiosa, pero podía lidiar bien con la furia. La histeria era otra cosa.

Giró a la derecha por la calle Veintitrés. Según Lucas, la entrada de urgencias estaba a la izquierda.

-Escúchame, Martínez -la voz de Lucas volvió a resonar en su audífono-. No podemos parar esto. Una vez que el explosivo está activado, no hay manera de desactivarlo. Watts debió de acercarse lo suficiente como para poner en marcha

el temporizador antes de la entrevista. Tuvo que haberla tocado con el mecanismo que encontramos en su poder. Era la única manera de iniciar la cuenta atrás.

Ric se acordó de inmediato del extraño tropiezo que había tenido con Piper.

-¿Te tocó Watts de alguna manera antes de la entrevista? ¿De alguna manera extraña?

-No sé lo que quieres decir. Lo único extraño que hay aquí es tu comportamiento. Te lo juro, Martínez, esto no te lo perdonaré jamás.

-Cuando tropezaste con él camino del escenario... ¡Piensa, Piper!

Se llevó una mano al vientre, justo encima del ombligo.

-Me sujetó antes de que me cayera -frunció el ceño-. Recuerdo que algo me dolió. Pero no se me ocurrió que pudiera ser nada. Supongo que estaba demasiado nerviosa por la entrevista. ¿Por qué?

“Canalla”, masculló Ric para sus adentros. Mataría a Watts cuando le pusiera las manos encima.

-Ya estamos aquí -le dijo a Lucas. Frenó en seco justo delante de la entrada

de urgencias y se apresuró a bajarla del coche.

-¿Se puede saber qué estamos haciendo en un hospital? ¿Está aquí mi tío?

¿Se encuentra herido?

Ignoró sus preguntas mientras Lucas le explicaba que Raine todavía estaba intentando negociar con la policía. La autorización para una asistencia directa seguía pendiente. Nadie los estaba esperando. Se había producido un accidente de coche en la Avenida Pennsylvania y la brigada de artificieros se había retrasado.

Ric maldijo entre dientes. Doce minutos. Una docena de personas estaba esperando. No tenía tiempo para eso. Miró a su alrededor. Piper intentó liberarse.

-Quédate quieta -la fulminó con la mirada.

-¡No hasta que me digas qué es lo que está pasando! Maldita sea, era la televisión estatal, Martínez, y tú me has sacado del estudio como un... como un...

-consiguió soltar el brazo-... como un maníaco-. ¿Tienes alguna idea de lo que me has hecho?

Una enfermera llamó a uno de los pacientes que estaba esperando. La mujer, con un niño en los brazos, se apresuró a seguirla. Ric volvió a agarrar a Piper y se coló por una puerta reservada, detrás la madre y del hijo.

Enfermeras y médicos entraban y salían de las diversas salas. Necesitaba un médico. Asomó la cabeza por cada sala por la que pasaba hasta que encontró una

vacía. “Once minutos”, anunció Lucas por el audífono. El tiempo se le estaba acabando.

-Eres consciente de que te detendrán por esto, ¿verdad, Martínez? -le espetó Piper.

Doctor Devers. El nombre de la placa llamó inmediatamente la atención de Ric cuando ya estaba a punto de desenfundar su arma y exigir a gritos un médico.

-Doctor Devers, por favor, es urgente.

Frunciendo el ceño, el médico miró el historial que llevaba en la mano.

-¿Es usted Lester Phelps?

-Sí, tenemos que darnos prisa.

-Por aquí, señor Phelps -le señaló la sala vacía.

Ric urgió a Piper a entrar.

-Tumbate en la camilla, vamos -le ordenó al ver que se cruzaba de brazos y se quedaba donde estaba, mirándolo desafiante.

Piper alzó los ojos al cielo y, a regañadientes, se subió a la camilla. El doctor Devers lo miró ceñudo:

-Aquí dice, señor Phelps, que sufre usted de un trastorno gástrico grave -miró a Piper-. ¿O es su esposa la que está enferma? -movió la cabeza, confundido-.

Deben de haberse equivocado con su edad.

Ric le quitó el historial de las manos y lo arrojó a la mesa del otro lado de la habitación.

-Olvídese del señor Phelps por el momento. Tenemos problemas más urgentes.

-¿Qué significa esto?

-Túmbate -volvió a ordenarle a Piper.

-Vuelve a la realidad, Martínez -le espetó ella-. Lo de mi enfermedad ya pasó. Dime qué diablos está...

Diez minutos.

-He dicho que te tumbes.

Obedeció, sobresaltada, y Ric se dirigió de nuevo al médico.

-Escúcheme bien. No tendré tiempo para repetírselo. Tiene algo implantado bajo la piel, bajo el ombligo -señaló a Piper, que palideció visiblemente-.

Necesito que se lo extirpe. Ahora.

-Debe de estar bromeando...

-En absoluto -le lanzó una mirada asesina-. Dispone de diez minutos para hacerlo.

-Esta vez has ido demasiado lejos -musitó Piper, irritada. Ya se disponía a levantarse cuando su expresión la hizo cambiar de idea.

-No tenemos tiempo que perder, doctor.

-No puedo operar a esta joven sin ultrasonidos o rayos X. Su demanda es imposible, aparte de poco ética...

-Yo me voy de aquí -exclamó Piper, incorporándose-. Nadie me va a operar sin mi permiso.

-Eso es -la secundó el médico-. Todo esto requiere un trámite. Y pruebas y

análisis previos. Simplemente no puedo iniciar un procedimiento quirúrgico sin

la debida autorización y los análisis obligados.

Por toda respuesta, Ric sacó su pistola y lo apuntó a la cabeza.

-Esta es su autorización, doctor -y miró a Piper-. Te he dicho que te tumbes.

Aunque muy en el fondo confiaba en él, Piper estaba literalmente aterrada.

Aquello era demasiado.

-Nunca volverás a ver la luz del sol después de esto, Martínez -replicó, furiosa.

-Vamos. Podrá guiarse por la incisión reciente que le hicieron.

Probablemente el implante esté muy cerca, pero no puedo estar seguro. Tendrá que hacer un pequeño tanteo. Es tan diminuto que no se nota al tacto. Vaya con mucho cuidado, por favor...

El médico negó de nuevo con la cabeza.

-No puedo operarla así como así...

Ric tenía la frente perlada de sudor. Apretó con fuerza el arma.

-Nueve minutos -pronunció, repitiendo lo que acababa de decirle Lucas por el audífono. Al ver que el médico vacilaba, añadió-: Se trata de un diminuto explosivo, muy sofisticado. Si no puede encontrarlo y extirpárselo durante los siguientes nueve minutos, ella morirá -lo miró directamente a los ojos-. Y si ella muere, usted también.

-¿Un explosivo? -repitió Piper, llevándose una mano al vientre-. ¡Hágalo! -le gritó al doctor-. ¿A qué está esperando? ¡Sáquemelo!

-Ahora que lo pienso... será mejor que despeje también la unidad de urgencias -pronunció Ric con el tono más tranquilo de que fue capaz.

El médico, impresionado, abrió entonces la puerta y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

-¡Quiero un equipo quirúrgico y anestesia local ahora mismo! Y despejen la zona. ¡Vamos! -acto seguido sacó de un armario unos guantes de látex y se los puso.

“Por fin”, pensó Ric, soltando un suspiro de alivio. Una enfermera entró en la sala y soltó un grito de sorpresa al ver el arma que llevaba en la mano.

-La anestesia local que usted ha pedido, doctor... -balbuceó mientras le entregaba una jeringuilla preparada-. Están despejando la unidad pero... yo... no... -volvió a mirar el arma de Ric y se quedó callada.

Piper esbozó una mueca de dolor cuando le inyectaron la anestesia. Ric procuró concentrarse no en su asustada expresión, sino en los seguros movimientos del médico. Su propio miedo estaba a punto de desbordarse.

-Escalpelo -ordenó bruscamente el doctor.

La enfermera se apresuró a abrir el maletín quirúrgico.

-Ocho minutos -anunció Ric.

-Escalpelo -gritó el médico.

-Pero doctor, no lo he esterilizado... -protestó la enfermera-. Necesito...

-¡Déme el maldito escalpelo!

La enfermera depositó el instrumento sobre su mano. El hombre apoyó la punta sobre la zona del ombligo de Piper.

-¿Puede darme una idea más o menos exacta de dónde está? -se volvió hacia Ric. Como él, tenía el rostro bañado en sudor.

-Lo único que sé es que está implantado bajo la piel y que estallará dentro de ocho minutos.

-¿Y si lo toco accidentalmente durante la operación?

-No tengo respuesta para esa pregunta. Hágalo de una vez, ¿de acuerdo?

La puerta se abrió de pronto y entraron dos policías con protección contra explosivos, empujando un carrito con un equipo de desactivado.

-¿Ya lo tenemos? -preguntó el de mayor rango-. Para seguridad de todo el mundo tendré que llevármelo al aparcamiento.

Ric negó con la cabeza.

-Todavía estamos trabajando en ello -bajó la mirada hacia Piper-. Todo va a salir bien, querida. Ya lo verás -le agarró con fuerza la mano-. Dése prisa, doctor.

El médico apretó el escalpelo contra la carne y un chorro de sangre le salpicó la bata. Siete minutos...

Capítulo 14

Ric arropó a Piper una vez más y, con un suspiro de cansancio, se sentó en el borde de la cama. Lucas había querido que su sobrina se quedara en el

hospital, pero ella se había negado. Así que los había enviado a los dos a su apartamento de Georgetown, con Townsend y Green montando guardia.

El sedante que le prescribió el doctor Devers le había hecho por fin efecto.

Ric miró los dos frascos que había sobre la mesilla. Sedantes y antibióticos: el precio por haber sobrevivido a un frustrado intento de asesinato.

Cerró los ojos y dio las gracias a Dios una vez más. Si el informe del topo

hubiera tardado unos pocos minutos más en llegar... Desechó ese horrible pensamiento. Los artificieros sólo habían dispuesto de veinte segundos para llevarse el explosivo al aparcamiento. La explosión no había sido muy grande, pero habría bastado para matar a Piper y al senador. El ayudante del senador, Watts, había sido quien le sugirió su nombre para la entrevista. De ese modo, el SUS habría matado dos pájaros de un solo tiro. Entre Watts y el secretario de la cadena de televisión habían podido conocer cada movimiento de Piper y del senador.

Keith, el secretario del director de la cadena, era un hombre joven. Su hermano mayor lo había incorporado al SUS. La señora Olsen había resultado ser su madre. Ric sacudió la cabeza. Lo de Watts había sido una historia diferente: él lo había hecho únicamente por dinero.

En opinión de Lucas, era ya muy tarde para determinar qué tipo de veneno

habían usado para provocarle los espasmos intestinales a Piper, pero de todas formas habían mandado analizar su sangre para identificar la sustancia. El presunto doctor Petersen había mentido acerca de la laparoscopia. Se habían limitado a sedarla para implantarle el explosivo.

Se moría de ganas de matar a esos canallas con sus propias manos. Entre Raine y el FBI, el SUS estaba siendo desmantelado en aquellos instantes. Tal vez nunca llegaran a identificar a todos sus integrantes, pero su cuartel general de Virginia había caído. Watts había hablado y contado de todo, suministrando al FBI pruebas más que suficientes para incriminar a la cúpula que lo contrató.

Soltó un suspiro de alivio. Piper ya estaba a salvo. No parecía que corriera

peligro. Ric sabría más cosas cuando Lucas volviera de su tele conferencia con

Raine y el mando federal a cargo de la operación. Lucas había mandado a Raine

en su nombre. De todas formas, la misión de Ric no terminaría hasta que la entregara sana y salva en manos de su tío.

Su única responsabilidad era cuidar de ella hasta que Lucas regresara a casa.

Entonces, según le había advertido él mismo por teléfono, tendrían una pequeña

conversación. En aquel momento se encontraba demasiado cansado y demasiado

agradecido de que Piper se hubiera salvado, contra todo pronóstico. Lo peor vendría después, cuando tuviera que enfrentarse a la perspectiva de pasar el resto de su vida sin ella.

-Martínez -murmuró de pronto.

-Descansa, querida, ya estás bien -le aseguró. Parecía cansada y vulnerable, pero al mismo tiempo más hermosa que nunca. No podía evitarlo: tenía que tocarla. Le acarició una mejilla y deseó por enésima vez que las cosas hubieran sido distintas entre ellos.

Vio que suspiraba, humedeciéndose los labios con la punta de la lengua.

Resistió el impulso de inclinarse y besarla. Justo en aquel instante abrió los ojos y lo miró con expresión soñadora.

-Te quiero, Martínez -le acarició el rostro-. Siento haberme enfadado tanto contigo por esconderme la verdad -parpadeó varias veces. Se notaba que le costaba mantener los ojos abiertos.

Pero Ric no creía en esas palabras. Debía de estar delirando por el efecto de la medicación.

-Tranquila, querida, no hables. Te sentirás mucho mejor mañana, y te habrás olvidado ya de estas tonterías...

Porque eran tonterías. Sabía perfectamente que no tenía ningún derecho a esperar nada.

-No, Martínez-, hablo en serio. Te quiero.

-Piper...

-No digas nada -insistió-. Sólo piensa en ello, ya me darás la respuesta después.

¿La respuesta? ¿Qué respuesta?, se preguntó, frunciendo el ceño. Vio que esbozaba otra dulce sonrisa, a buen seguro efecto también de la medicación.

Pero su ceño se profundizó al darse cuenta de que ya no lo estaba mirando.

Estaba mirando a alguien detrás de él. “Otro efecto del sedante”, pensó de inmediato.

-Papá -murmuró.

Ric se quedó de piedra. Se le erizó el vello de la nuca. Había alguien más en la habitación. Y él había estado demasiado cansado y preocupado por Piper para darse cuenta.

-Descansa, querida -le sugirió, como si no hubiera advertido aquella presencia a su espalda-. Dentro de un rato volveré a ver cómo estás.

Se levantó y se volvió lentamente, con una mano en la pistola que llevaba a la cintura.

-Yo que tú no lo haría -pronunció el recién llegado, apuntándole al pecho.

Ric reconoció el parecido de inmediato. El mismo pelo oscuro, sólo que salpicado de gris.

Los mismo ojos increíblemente azules. “Papá”, recordó que había dicho.

Aquel hombre era el padre de Piper. El mismo al que había dado por muerto durante cerca de veinte años.

-Papá, estás aquí -balbuceó Piper, incrédula-. Pero no lo entiendo... -se sentó en la cama con esfuerzo-... ¿dónde has estado?

Ric sintió un escalofrío. Un hombre que había simulado su propia muerte no podía haber vuelto para nada bueno.

-No te muevas, querida -le pidió con tono suave, rezando para que tuviera la suficiente presencia de ánimo como para hacerle caso. Ni siquiera quería pensar en lo que podría haberles pasado a Townsend y a Green.

-Me traicionaste, Piper.

Se quedó mirando asombrada al hombre que permanecía a los pies de su cama. Estaba confundida y dolida a la vez.

-No puede ser...

-Mire, no sé qué significa todo esto, pero...

-Por supuesto que no lo sabe -lo interrumpió-. Usted no puede entender lo que siente uno al arriesgar la vida por su país... y luego verlo decaer, venderse al mejor postor - soltó una amarga carcajada-. Por eso fue por lo que decidí

hacerme cargo de mi propio destino.

Ric miró a Piper, que seguía estupefacta.

-Ella siempre creyó que usted había muerto.

Aquellos ojos fríos como el hielo parecieron taladrarlo.

-Para ella estoy muerto -volvió a fijar la mirada en su hija-. Tú me traicionaste, al igual que todos los demás. Yo te contemplé a distancia, durante todos estos años. Esperando que fueras capaz de hacer lo que yo esperaba de ti.

Después de todo, mi sangre corre por tus venas. Pero me decepcionaste. Me traicionaste.

Desvió el cañón de su arma hacia Piper. Ric se quedó sin aliento.

-Ella no lo traicionó. Ni siquiera sabe quién o qué es usted...

-Papá, ¿qué estás haciendo? No entiendo nada.

-Debiste haber hecho caso. Te di todas las oportunidades, muchas más que a los demás, pero seguiste hablando mal de nosotros. Mis seguidores, mis hijos, son lo único que me importa ahora. Tú estás tan muerta como yo lo he estado durante todos estos años -esbozó una maligna mueca-. Pudiste haber dado tu vida por mí y matado a ese senador que se atreve a creer que puede pararnos los pies. En lugar de ello, has estropeado lo que debería haber sido uno de nuestros momentos más geniales.

Piper sacudió la cabeza, luchando contra la confusión que seguía embargándola.

-Pero tú eres mi padre.

-¿Crees que eso supone alguna diferencia? -soltó otra carcajada.

Ric estaba indignado. Aquel hombre, el padre de Piper había ido allí a matarla, a terminar lo que había empezado. Él era el jefe del SUS.

-Escuche, si tiene alguna idea de lo que ha pasado hoy... -se encogió de hombros, fingiendo indiferencia-... no es con Piper con quien debería estar enfadado, sino conmigo. Fui yo quien le estropeó su pequeña fiesta sorpresa. Yo la saqué de esa entrevista contra su voluntad. Y me alegro de haberlo hecho, porque son ustedes todos unos canallas.

Un brillo de ira asomó a sus ojos azules, pero lo disimuló de inmediato, como si no quisiera traicionarse.

-Bueno, entonces quizá debería ser usted el primero en morir, señor

Martínez. ..

-¡Papá! -exclamó Piper, esforzándose por levantarse.

-¡No te muevas! -le ordenó Ric mientras se cruzaba de brazos, esperando el disparo pero dispuesto al mismo tiempo a sacar su arma. Si él tenía que morir, se

llevaría por delante a aquel miserable.

-Aunque, bien pensado, quizá no -la apuntó con su pistola-. ¿Por qué no le cedemos el paso a la dama, dado lo bien dispuesta que está?

Ric sacó su arma al tiempo que se interponía entre Piper y su padre. Como en una escena a cámara lenta, sintió el impacto de la bala en el hombro izquierdo e hizo fuego contra el agresor, alcanzándolo en el pecho.

-Después de ti -masculló, esperando sin embargo que el disparo que acabara de recibir no fuera mortal.

El padre de Piper se lo quedó mirando fijamente por un momento. La sangre

le estaba empapando la camisa. Ric sintió el intenso dolor de su propia herida.

Tenía que matar a aquel tipo antes de que...

Se esforzó por levantarse y alzó el brazo derecho para dispararle de nuevo.

Frunció el ceño. Se estaba quedando sin aliento. No podía respirar.

Estaba listo. El aire no parecía llegarle a los pulmones.

El inequívoco click de un arma al ser amartillada resonó en la habitación. La oscuridad amenazaba con envolverlo. Ric seguía apuntando al padre de Ric, que

a su vez volvía a apuntarle a él. Le había acertado en el pecho. ¿Por qué no se moría de una vez?

-¡Quietos! -Piper saltó de la cama, intentando interponerse entre los dos.

Ric la hizo a un lado y disparó. El otro hizo fuego a la vez. Ric se tambaleó del impacto que recibió en el hombro derecho. El padre de Piper cayó de rodillas, herido de un segundo disparo, pero no se derrumbó.

Ric intentó respirar de nuevo. El aire seguía sin llegar a sus pulmones. Vio que Piper se estaba levantando del suelo. Haciendo un esfuerzo supremo, volvió

a levantar su arma.

Sonó un tiro. El padre de Piper cayó boca abajo al suelo, desmadejado. ¿De dónde había partido el disparo? Ric miró a su izquierda. Lucas estaba en el umbral, con una pistola en la mano.

“Justo a tiempo”, fue lo primero que pensó. Cerró los ojos. La pistola resbaló

entre sus dedos mientras se derrumbaba sobre la cama. Pudo oír a Piper gritando su nombre, pero no respondió. Necesitaba aire.

-¡Que no se te ocurra morirte delante de mí, maldita sea! -rugió Lucas mientras le daba la vuelta y le abría la camisa, haciendo saltar los botones.

Ric podía escuchar sus propios estertores, el silbido de su pulmón alcanzado por la bala. Necesitaba más aire. Piper lloraba y suplicaba a su tío que hiciera algo.

Sintió una súbita presión en el pecho. Pudo oír la voz de Lucas hablando por su móvil, algo acerca de la ambulancia... hasta que todo se volvió negro.

Piper seguía sentada en la sala de espera de la unidad de urgencias. Estaba completamente agotada, aturdida. Había llorado, algo que raramente hacía.

Había rezado. En aquel momento simplemente sobrevivía, esperando a saber algo de Martínez. Ni aun viviendo una docena de vidas más, podría nunca olvidar las imágenes que llevaba grabadas en su cerebro: el cuerpo desmadejado

de Martínez en la cama, sangre por todas partes, su tío Lucas intentando contener la hemorragia... Y el sonido. Jamás olvidaría el silbido de sus estertores mientras se esforzaba por respirar.

Cerró los ojos. Simplemente no tenía energía para llorar más. La idea de que su padre, que increíblemente había seguido vivo durante todos aquellos años, hubiera intentado matarla, y que además hubiera fundado el SUS, todavía la llenaba de asombro. ¿Cómo había sido posible? ¿Cómo aquel hombre, al que tanto había querido su madre y ella misma, había sido capaz de hacer todas esas cosas tan horribles?

-No puedo creer que aún estuviera vivo - alzó la mirada hacia su tío, que se hallaba sentada frente a ella-. Tú lo supiste durante todo el tiempo, ¿verdad? -

no lo estaba acusando, sino simplemente constatando un hecho.

Lucas la contempló durante un buen rato, en silencio.

-En cierta manera, sí.

-¿Por qué no me lo dijiste? ¿Cómo pudiste habernos hecho creer que seguía muerto?

Lucas suspiró, con las dos manos apoyadas en el puño de su bastón.

-Sospechaba en lo que se había convertido. Pero no lo supe a ciencia cierta hasta que fue demasiado tarde. Cuando aquella aldea sudamericana se convirtió

en cenizas, supongo que lo más fácil fue pensar que había muerto allí. ¿Para qué estropear los buenos recuerdos que tu madre y tú teníais de él... con la triste historia de que se había pasado al otro lado de la ley antes de morir?

-¿No sospechó nadie que siguiera vivo? -inquirió. Todo aquello se le antojaba demasiado absurdo.

-Yo conocía bien a tu padre, estuve trabajando codo a codo con él durante cerca de una década. Pero ni siquiera así llegué a estar seguro de su muerte.

Sabía que si estaba vivo y no deseaba que lo encontrásemos, se saldría con la suya. Te diré lo que pensé, Piper. Si estaba vivo y ya no intentaba interferir en tu vida o en la de tu madre... ¿qué diferencia podía suponer eso? Hacía mucho tiempo que estaba muerto para todos nosotros. El hombre al que maté hoy no tenía nada que ver con el hombre al que conocimos los dos. ¿Habrías preferido

saber que era un canalla vivo y mortalmente peligroso, antes que un buen hombre muerto?

Piper no supo qué responder a esa pregunta.

-Quizá cometí un error al no revelaros mis sospechas hace años, pero eso creo que habría afectado gravemente a tu madre. ¿Cómo podíamos imaginar cualquiera de nosotros que se había convertido en un demonio semejante?

Se dijo que no podía culpar a Lucas. Él había hecho lo que había juzgado

más adecuado. Se estremeció al pensar en todas aquellas veces que había experimentado el inquietante presentimiento de que alguien la estaba

observando. O cuando se despertaba y creía estar segura de que su padre estaba

en la habitación. O cuando de niña se cayó por la escalera y probablemente fue

él quien la atendió.

Se masajeó las sienes en un intento de aliviar aquel horrible dolor de cabeza.

Se sentía como una zombi. Efecto de la mediación, suponía, y de un agotamiento

absoluto.

-Ya sabes que mamá no se lo va a tomar muy bien.

-Yo me encargaré de tu madre -le aseguró Lucas-. Ahora mismo tienes que concentrarte en ti misma, en recuperarte. Estás extenuada.

Tenía razón. Sintió una punzada de dolor al recordar las hirientes palabras

que le lanzó a Martínez cuando descubrió su verdadera identidad. Lo había ignorado como si no existiera, y ahora estaba en el quirófano, luchando por vivir...

Todo era culpa suya. El la había estado protegiendo en todo momento...

-Estás enamorada de él, ¿verdad?

Piper alzó la cabeza al oír la pregunta de su tío.

-No me mires así -resopló, disgustado-. No estoy ciego. Estás enamorada de ese prepotente...

-Lucas -le advirtió cono tono recriminatorio.

-...joven -terminó, algo más tranquilo.

-Sí, lo estoy -la admisión tuvo un efecto liberador.

-Por lo que yo sé, no tenéis ni una sola cosa en común.

-Excepto una fantástica relación sexual -sonrió Piper.

Lucas soltó un juramento entre dientes.

-No tengo por qué escuchar esas cosas, sobrina.

-Es un hombre bueno y cariñoso -se puso seria-. Tierno y divertido. Y tan guapo...

-Y tan condenadamente prepotente... -no pudo abstenerse de observar su tío.

-Pero es un héroe -sacudió la cabeza. Eso era lo que más la preocupaba-. Y yo no quería enamorarme de un héroe. Siempre está corriendo demasiados riesgos. Al igual que tú, y que mi padre... antes.

Lucas arqueó una ceja con expresión escéptica.

-¿Y tú no? Piensa en los riesgos que corres en tu trabajo. ¿A quién estás llamando héroe? -soltó una risita-. Seguro que Martínez tiene las mismas preocupaciones que tú, en ese sentido...

Piper reflexionó sobre las palabras de su tío. De nuevo tenía razón.

-¿Entonces... qué debo hacer?

-Muy sencillo: cástate con el tipo.

Se retorció las manos, nerviosa. Había hecho mucho daño a Martínez. No había creído en lo que le había dicho. En algún momento de las interminables horas que habían transcurrido desde que llegaron al hospital, Lucas le había asegurado que Martínez le había dicho la verdad sobre su pasado. Que era exactamente el hombre que decía ser.

-¿Pero y si él no quiere casarse conmigo? -la simple posibilidad le desgarraba el corazón.

-Entonces tendré que matarlo.

Sobreponiéndose a un nuevo acceso de llanto, se levantó con cuidado de la silla. Esa vez tenía cinco puntos de sutura en el vientre y estaba dolorida. Volvió a sentarse al lado de su tío y lo abrazó.

-Te quiero, tío Lucas.

-Disculpe, ¿es usted Lucas Camp?

Piper alzó la mirada a la joven morena que había preguntado por su tío.

Parecía tener unos veintitantos años y era muy bonita. Lucas se levantó.

-El mismo que viste y calza.

Esbozando una amplia sonrisa, la mujer le tendió la mano.

-Soy Alex Preston, de la Agencia Colby. He venido a ver cómo se encuentra Martínez. No nos informaron de la gravedad de sus heridas, sólo de que estaba

aquí.

Aquella mujer trabajaba con Martínez. Mientras Lucas le daba todo tipo de explicaciones, Piper se levantó de su asiento atenazada por una emoción que no

conseguía identificar. ¿Mantendría aquella Alex alguna relación especial con Martínez? La simple posibilidad la ponía enferma. Recordó haberle oído mencionar ese nombre en una ocasión. Y había pensado que se trataba de un hombre. No podía haberse equivocado más.

-Según el último informe que recibimos de Martínez -continuó la mujer-, el SUS ha sido desmantelado.

-Exacto. Todavía quedan algunos subalternos por detener, pero no durarán mucho sin su líder.

-Espero que se encuentre bien, señorita Ryan -Alex pasó a concentrar su atención en Piper.

-Sí -forzó una sonrisa-. Es Martínez quien me preocupa en estos momentos.

-Es un tipo duro -la miró a los ojos, escrutando su expresión-. No se rendirá fácilmente.

-Señor Camp.

Los tres se volvieron al escuchar la voz del médico.

-El señor Martínez ha salido muy bien de la operación. No corre ningún peligro, pero lo mantendremos en la unidad de cuidados intensivos uno o dos días. Una bala lo atravesó sin afectar a ningún órgano vital. Pero la otra, la que nos preocupaba, penetró el lóbulo superior del pulmón izquierdo, alojándose en

una costilla -el médico soltó un profundo suspiro-. Es un joven muy

afortunado.

Pudo haber sido mucho peor. No hay razón para no esperar una recuperación absoluta, sin ninguna secuela. Aunque estará de baja durante un buen tiempo.

-¿Cuándo podré verlo? -inquirió Piper.

-Puede recibir visitas de una en una, pero poco tiempo -miró su reloj-. A

estas horas no solemos recibir visitantes, pero por esta vez haré una excepción.

Lucas le estrechó la mano.

-Gracias, doctor.

Piper se alegró de que su tío tuviera la presencia de ánimo suficiente para agradecerse. Ella solamente podía pensar en una cosa: ver a Martínez cuanto antes.

-Déjame verlo primero -le dijo de repente Lucas, defraudando sus esperanzas.

-Pero...

-Sólo será un momento. Tranquilízate. Ya has oído al médico: se pondrá perfectamente.

Piper lo fulminó con la mirada. Si se le ocurría amenazarlo de alguna manera...

-Dime una cosa... -Alex se dirigió a ella en aquel instante, distrayendo su atención-. ¿Cuánto tiempo llevas enamorada de Martínez?

Ric abrió los ojos y tuvo que parpadear varias veces para enfocar la mirada.

¿Dónde estaba? En el hospital. Ah, sí. Piper. Sintió una punzada de miedo.

Hasta que recordó. Su padre estaba muerto: Lucas lo había rematado. Y salvándole al

mismo tiempo la vida.

Frunció el ceño, intentando recordar los detalles de lo sucedido a

continuación. No podía. Había perdido el conocimiento, para recuperarlo durante apenas unos segundos en la sala de emergencias.

Otro recuerdo, éste mucho más agradable, le arrancó una sonrisa. Piper le había dicho que lo amaba. Pero no era lo suficientemente ingenuo como para creérselo. Había estado delirando bajo el efecto de los sedantes.

-Espero que sepas que no pretendo ponértelo fácil.

Ric alzó la mirada para descubrir a Lucas de pie en el umbral de la habitación. Sonrió a pesar del dolor que le costaba. Aquel hombre le había salvado la vida: al menos le debía una sonrisa.

-No me eche un sermón. No estoy de humor -se puso serio-. ¿Qué le pasó a Townsend y a Green?

-Están bien. Suerte que ambos llevaban sus chalecos antibala.

Ric se alegraba enormemente de que no les hubiese pasado nada. Se había encariñado con ellos.

Lucas atravesó la habitación, con su bastón resonando en el suelo de baldosas, y se detuvo al pie de la cama. Lo observó durante un rato antes de volver a hablar.

-Tú no eres exactamente el hombre que yo habría escogido para mi sobrina, pero supongo que lo serás.

Ric reprimió una carcajada.

-No creo que tenga motivos para preocuparse al respecto.

-Te contraté para que protegieras a Piper, no para enamorarla.

El impacto de aquellas palabras fue tan poderoso como una bala.

-¿Es eso lo que piensa? -procuró ahogar toda esperanza. Tenía que estar bien seguro...

-Lo que yo pienso obviamente no tiene nada que ver en ello. Está enamorada de ti. Diablos, si ahora mismo está ahí fuera asesinando con la mirada a esa tal Alex Preston...

-¿Alex? -inquirió Ric, frunciendo el ceño.

-Sí. Victoria la envió para saber cómo estabas. Supongo que debo volver rápido para dejar entrar a Piper, antes de que monte un escándalo -vaciló antes de dar media vuelta-. Lo hiciste muy bien, Martínez. No hay palabras ni recompensas materiales con las que expresarte mi agradecimiento por haber salvado a mi sobrina.

-Hay una cosa que sí me gustaría.

-Esa ya la tienes -sonrió Lucas.

-¿Y su bendición?

-Cuenta con ella.

Ric se relajó visiblemente.

-Gracias. Eso significa para mí mucho más de lo que se imagina.

-Bueno... de hecho podría ser tremendamente perjudicial para ti si algún día llegas a romperle el corazón -dicho eso, dio media vuelta y se marchó.

Ric cerró los ojos, dejando que los recuerdos afloraran: abrazando a Piper, besándola, haciéndole el amor...

-Martínez.

Abrió los ojos. Allí estaba, casi a los pies de su cama.

-Querida -sonrío.

-Siento que te dispararan otra vez -se le acercó. Tenía los ojos enrojecidos.

-Estoy bien -le tomó una mano-. Todo ha pasado.

Se humedeció los labios, con la mirada fija en sus manos entrelazadas.

-Quiero pedirte perdón por haberme enfadado tanto contigo cuando Lucas me dijo quién eras realmente. Debí haberte escuchado, debí haberte dado una oportunidad.

-Y yo debí habértelo dicho desde el principio -le apretó la mano.

-Nada de eso me importó cuando pensé que íbamos a morir -las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas-. Sólo entonces me di cuenta de lo estúpida que había sido al no anteponer mis sentimientos por ti a todo lo demás.

Ric soltó un profundo suspiro.

-No será fácil, Piper. Vivimos en mundos muy distintos.

-Podríamos ser flexibles. Adaptarnos cada uno a las necesidades del otro.

-¿No te importaría que me asignaran otro caso parecido al tuyo, y que arriesgara la vida por otra persona?

-Por supuesto que me importaría -repuso con tono suave-. Pero eso forma parte de lo que te hace ser el hombre que eres. Y no me gustaría que cambiaras

-

se encogió de hombros-. Yo misma asumo muchos riesgos. Buscaremos alguna solución.

Ric le lanzó una mirada todavía levemente escéptica.

-¿Y los niños? A mí me gustaría tenerlos.

La sonrisa de Piper se amplió.

-Yo estaba pensando en dos, de aquí a unos años.

-¿De verdad estás segura?

-En toda mi vida he estado más segura de algo -se inclinó para besarle en la frente-. Te quiero, Ric.

Tomándola de la barbilla, la miró fijamente a los ojos. Al fin lo había llamado Ric.

-Te quiero, Piper -susurró antes de acariciarle los labios con los suyos.

-¿Deberíamos lanzarnos de cabeza a esto o tomárnoslo con más tranquilidad?

-le preguntó ella, vacilante, apartándose para mirarlo una vez más.

-Pienso casarme contigo, Ryan, el mismo día que salga de este hospital, si no antes. No necesito más tiempo.

-Creo que eso podría arreglarse.

-Sólo una cosa más.

-¿Qué? -inquirió, tensa.

-¿Dónde vamos a vivir?

Piper esbozó una maliciosa sonrisa.

-Oh, estoy segura de que llegaremos a un amistoso acuerdo.

-Bien -pronunció contra sus labios-. Porque no pienso perderte de vista por mucho tiempo.

Epílogo

Victoria Colby miró las carpetas de expedientes que llenaban su escritorio.

No era ése un buen momento para dejar escapar a uno de sus mejores investigadores. Pero... ¿habría alguna vez un buen momento? Aun así, la Agencia Colby tenía una larga trayectoria de asistencia a la policía local en caso de necesidad. En aquel negocio resultaba vital mantener los contactos

adecuados. Con Ian todavía ausente con Nicole y su niña recién nacida, a Victoria no le quedaba más remedio que tomar la decisión sola. Alzó la mirada a los dos miembros de su plantilla, Alex Preston y Zach Ashton, que esperaban su

decisión al otro lado de la mesa.

-De acuerdo, Alex -pronunció finalmente Victoria-, les concederemos tres días. Con Ian de permiso y Martínez disfrutando de unas bien merecidas vacaciones con su nueva esposa, andamos demasiado justos de efectivos.

-Estoy de acuerdo -repuso Alex, tomando notas-. Creo que tres días bastarán para esbozar un buen perfil del asesino.

Entrenada en Quántico como agente especial del FBI, Alex era una experta

en analizar escenarios de crímenes: sobre todo porque poseía una especie de sexto sentido.

-Muy bien, entonces -afirmó Victoria-. Tres días. Y le recordarás al inspector de policía Cusack que está en deuda conmigo. Tan pronto como vuelvas a la oficina, quiero que te encargues del caso Jasna Bukovak.

-¿El de la chica desaparecida? -Alex buscó entre sus notas-. En Tennessee, ¿verdad?

-Ése mismo. Hay algo en ese caso que me inquieta -frunció el ceño-. Tengo la sensación de que se trata de algo más.

-Te mantendré informada de lo que encuentre -le aseguró Alex.

Victoria se volvió entonces hacia Zach, el principal asesor jurídico de la agencia y uno de los mejores abogados del país.

-¿Te pusiste en contacto con Judith, de la cadena de televisión WWIN?

-Sí -respondió, clavando en ella sus grandes ojos azules de mirada de niño-.

Se mostró encantada ante la perspectiva de quitarle a Piper Ryan a WYBN.

Quiere a los dos, a Piper y a su cámara, Jones. Forman un gran equipo.

Una sonrisa de inteligencia asomó a los labios de Victoria.

-Estoy segura de que a Judith le entusiasmará tener a una nueva estrella como Piper en su plantilla de informativos. Pero más entusiasmada estará ante la posibilidad de tener una cita contigo -arqueó una ceja-. ¿En tu casa o en la suya?

Zach esbozó una de sus devastadoras sonrisas.

-En la suya.

-Lo sabía. Martínez agradecerá tus esfuerzos para que su novia trabaje más cerca de nosotros.

-Dado que ya he tenido el placer de conocer a Piper... -se levantó, llevándose las manos a los bolsillo-... él no será el único en alegrarse.

Sonriendo ante aquella típica actuación de playboy, demasiado exagerada para ser sincera, Alex se levantó también.

-Si no hay nada más, te veré dentro de tres días.

Victoria asintió y los observó marcharse. Zach, siempre tan caballeroso, cedió el paso a su compañera. El caso de la chica Bukovak la inquietaba profundamente. Las familias del país solían alojar en sus casas a estudiantes extranjeros sin que hasta el momento se hubiera producido ningún problema. Esa

vez no. En esa ocasión había desaparecido una joven. Se había evaporado en el

aire.

-Señora Colby.

Alzó la mirada. Su secretaria Mildred estaba en la puerta.

-¿Sí, Mildred?

-Lucas Camp ha venido a verla.

-Gracias. Hazlo pasar.

Se levantó de su sillón, pero permaneció detrás de su escritorio. Conocía a

Lucas desde hacía más de veinte años. Eran amigos... casi familia. Pero durante el último par de años, se había sentido atraída por él a un nivel distinto. Suspiró.

Había pasado mucho tiempo desde que se fue James. Se sentía sola. Pero, sintiera lo que sintiera, no arriesgaría por nada del mundo la amistad que compartía por Lucas.

Lo vio entrar en su despacho, apoyándose más pesadamente de lo usual en su bastón, pero sonriente como siempre.

-Espero que no hayas hecho planes para comer -anunció con tono satisfecho.

-Ya sabes que siempre tengo un hueco para ti en mi agenda, Lucas. ¿Qué es lo que te ha atraído a Chicago?

Se apoyó en una esquina de la mesa, con las manos sobre el puño del bastón.

-Es una misión doble -explicó con un brillo de diversión en sus ojos grises-.

Se trata de un reclutamiento... y de una celebración.

-¿No estarás pensando en intentar reclutar a alguno de mis investigadores, verdad? -inquirió, desconfiada.

-No te preocupes, Victoria -se echó a reír-. Jamás me atrevería a tal cosa -

sacudió lentamente la cabeza-. Por cierto, ese Martínez que me prestaste es un buen fichaje. Un tipo extraordinario.

Victoria sonrió. Sabía que no le había resultado fácil llegar a esa conclusión.

Y mucho menos admitirla.

-Al parecer tu sobrina es de la misma opinión...

-Ya la he perdonado por eso -se encogió de hombros.

Victoria recordó de pronto la segunda parte de su misión.

-¿Y la celebración?

-Por orden expresa del presidente, mi pequeña organización ha recibido carta

blanca para efectuar misiones de investigación y rescate. A partir de ahora nadie estará por encima de nosotros.

-Apuesto a que tus antiguos colegas de la CIA estarán encantados -comentó, irónica.

-Y que lo digas -sonrió con expresión orgullosa.

Victoria rodeó el escritorio y se acercó a él.

-En ese caso, creo que deberíamos celebrarlo cuanto antes.

Lucas se apresuró a ofrecerle galantemente su brazo.

-No hay ninguna persona con quien desee más compartir este momento,

Victoria. Aquellas sinceras palabras la conmovieron profundamente.

-Gracias, Lucas. Eso significa mucho para mí.

Y decía la verdad.

Fin.

Document Outline

- [Algo privado](#)
 - [Argumento](#)
 - [Personajes](#)
 - [Acerca de la autora](#)
 - [Capítulo 1](#)
 - [Capítulo 2](#)
 - [Capítulo 3](#)
 - [Capítulo 4](#)
 - [Capítulo 5](#)
 - [Capítulo 6](#)
 - [Capítulo 7](#)
 - [Capítulo 8](#)
 - [Capítulo 9](#)
 - [Capítulo 10](#)
 - [Capítulo 11](#)
 - [Capítulo 12](#)
 - [Capítulo 13](#)
 - [Capítulo 14](#)
 - [Epílogo](#)